
El ÚLTIMO HIJO del INVIERNO
Gigi Saa

El ÚLTIMO HIJO del INVIERNO

Gigi Saa

Novela de Época, Romántica

INTRODUCCIÓN

Alberto Valdés Undurraga nace en el sur de Chile, una fría y desgarradora noche de invierno, sin saber que ese clima, marcaría también su destino emocional. El último de los hijos, en una familia distinguida por el lujo discreto, la fragilidad materna y los excesos de un padre fiestero; aprende demasiado pronto, que hay inviernos que no se miden por meses, sino por heridas.

Atraviesa en su infancia, la decadencia familiar y el abandono. La búsqueda de trabajo en la Fábrica Bellavista Tomé y Ferrocarriles, lo lleva a Santiago con añoranza, en donde guardaba un solo secreto latiendo en su pecho: el recuerdo de una mujer que lo amó, cuando todavía podía soñar.

Pero el destino lo hace madurar a golpes, obligándolo a convertirse en padre, resistir la pobreza, los cambios y, sobre todo, a esperar. Un hombre que años más tarde, con el corazón casi vencido, se atreve a emprender un viaje, que podría cambiar su historia para siempre.

Ambientada entre 1930 a 1980, El Último Hijo del Invierno, es una novela íntima, poderosa y profundamente humana que, a través de la historia de su protagonista, describe las transformaciones históricas de un Chile que ya no existe y que narra desde la mirada de un personaje común, imparcial y muy informado, cambios sociales, políticos y económicos, pero que sabe distinguir y valorar lo humano, por sobre cualquier ideología política o discurso.

Un relato que te hará transitar por la nostalgia, el amor, el desamor, la esperanza, la alegría y ese compañerismo, que nace solamente entre quienes, ha sobrevivido al desconsuelo del alma.

Autora: Gigi Saa

PROLOGO

Dicen que hay inviernos que pasan rápido, pero hay otros que se quedan viviendo dentro de uno, como un huésped silencioso, que no sabe marcharse. Esta es la historia de un niño que nació en el frío del invierno y que cuando creció, amó con una intensidad casi infantil. Un hombre que perdió demasiado pronto lo que necesitaba, sin embargo, continuó avanzando por los senderos de una vida, que nunca le ofreció abrigo.

Es una novela sobre la época en que todo cambiaba en Chile, cuando los trenes comenzaban a detenerse, los sueños se exiliaban en silencio y los amores solían quedarse en cartas perfumadas y dobladas dentro de los bolsillos.

Sin embargo, en el fondo esta no es precisamente la historia de un país, sino la de un corazón: el de Alberto Valdés Undurraga, quien además tuvo que resistir los embates de un país convulsionado, tratando de mantener la imparcialidad.

Quien quiera comprender esta historia, deberá aceptar que no siempre triunfan los más valientes, sino los que se atreven a esperar. Que el amor no muere con la ausencia, sino con el olvido, y que, a veces, hasta el más largo de los inviernos, terminará floreciendo, si uno tiene coraje de regresar donde comenzó todo.

En esta novela de época desde 1930 a 1980, comienza con el viaje de un joven, que tardó casi toda su vida en encontrar el camino de regreso y el amor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN
PROLOGO
CAPITULO I
- Donde Empieza el Recuerdo

CAPITULO II
- Su Educación

CAPITULO III
- Decadencia

CAPITULO IV
- Gregorio Emigra

CAPITULO V
- El matrimonio de Estela

CAPITULO VI
- Primer Encuentro

CAPITULO VII
- El Conflicto

CAPITULO VIII
- La Graduación y Sueños

CAPITULO IX
- Primer Viaje

CAPITULO X
- Penco con Amor

CAPITULO XI
- Su Llegada a Tomé
- Fabrica de Paños Bellavista-Tomé

CAPITULO XII

Inicios en la Fábrica Bellavista
CAPITULO XIII
Diversión y Descontrol
CAPITULO XIV
Camino a la Felicidad
CAPITULO XV
El Nacimiento de Alonso
CAPITULO XVI
La Desolación
CAPITULO XVII
La Capital de Chile
CAPITULO XVIII
La búsqueda Desesperada
CAPITULO XIX
El encuentro de Trabajo
CAPITULO XX
El Ingreso a Ferrocarriles, Inicio de Esperanza
CAPITULO XXI
Regreso a Tomé
CAPITULO XXII
Tiempos inmemorables
CAPITULO XXIII
Época de Cambios
CAPITULO XXIV
País que se Mueve
CAPITULO XXV
País Revuelto, Hijo que Florece
CAPITULO XXVI
Entre Ruido y Silencio

CAPITULO XXVII
El Día en que se Detuvo el País
CAPITULO XXVIII
Un Atisbo de Esperanza
CAPITULO XXIX
Cambios y un Ángel en el camino
CAPITULO XXX
La Gran Decisión
EPILOGO
Hacienda Esperanza, primavera en flor
BIOGRAFIA

CAPITULO I

Donde Empieza el Recuerdo

En un rincón olvidado del sur de Chile, entre campos frondosos y cielos cubiertos, en una casa amplia de techos altos, una noche fría de 1930, nace un pequeño destinado a sentirlo todo.

Mientras el invierno parecía no terminar y el viento soplaba con voz de anciano sabio, la partera llegó envuelta en un poncho grueso, con manos ásperas y mirada firme. Su madre de frágil salud, apenas tenía fuerzas, pero observaba con adoración profunda al recién nacido.

Al dar a luz, ella buscaba la admiración de su esposo, pero como en tantos momentos importantes de su vida, esta vez más que nunca, su ausencia volvió a notarse.

Él sería el tercero, el último de sus hijos. Gregorio el hijo mayor, correteaba por los pasillos jugando a ser adulto. Mientras que Estela, la hija del medio, observaba todo con madurez silenciosa y estaba más pendiente del clima que de los libros de cuentos. Presentía que su hermano recién nacido, no sería uno más; venía a ocupar un espacio que tendría que compartir.

Ester era una madre silenciosa, y dentro de las paredes de la casa, su presencia era retraída y discreta. Piel blanca, casi transparente, figura delgada, cabello largo, negro y ondeado. Sus ojos verdes grandes y silenciosos, guardaban una tristeza remota, tanto así que, desde niña la habían educado para obedecer. Pero también poseía una sabiduría juiciosa y aunque era conocedora de muchas cosas, a veces, prefería omitir.

Sin embargo, era en su voz donde residía la verdadera fortaleza. Contaba con una voz melodiosa y cálida, capaz de envolver a quienes la escuchaban. Su canto resonaba con una dulzura que parecía acariciar el alma, transformando incluso las duras tareas de

su casa y el cuidado de sus hijos, en momentos agradables y de íntima belleza.

Miraba a sus tres hijos con devoción y no pedía nada a cambio. Vivía para darlo todo sin hacer ruido.

Cuando el niño estaba por cumplir los 5 años, la casa había cambiado; en el aire se sentía algo pesado, los pasos eran más lentos, más cuidadosos. Su madre, apenas lograba levantarse y cada mañana lo llamaba con una sonrisa cansada. Estrechaba al pequeño con sus brazos cada vez más delgados, como ramas de invierno. Él no entendía esa fragilidad, pero la presentía. A esa edad no se conocen las palabras para verbalizar el dolor.

La enfermedad de Ester, arribó con sigilo, como llegan las cosas inevitables. Primero una tos suave, luego fiebre y después el silencio. La neumonía no tuvo compasión. La casa entera se contrajo en torno a una cama, que ya no abrigaba esperanzas. El niño la buscó día tras día hasta que dejó de llamarla.

En el pueblo algunos dijeron que era cosa del destino, pero lo que nadie podría adivinar que años atrás, en otro rincón del mundo, Alexander Fleming ya había descubierto la penicilina, pero aún no se producía masivamente. Entonces la cura que pudo haberla salvado, hubiese cambiado y esta historia tendría otro final.

Desde entonces, la infancia de Alberto se dobló de ausencias. Su madre se volvió una especie de susurro en diferentes lugares de la casa, una canción de cuna olvidada en los rincones, una manta vacía sobre la mecedora. Aunque nunca pudo recordar bien el tono de su voz, sentía que, sí la reconocería al escucharla en un sueño.

Después del fallecimiento de su madre, queda en manos de su abuela paterna, la dueña de casa. Viuda de don Juan de la Cruz, hombre que había hecho una fortuna bastante contundente con varias haciendas de animales, caballos y hortalizas, lo que hasta su muerte, permitió a toda la familia vivir con empleadas y trabajadores del campo, con bastante holgura.

La abuela, Doña Carolina, el "oso" le decían secretamente los empleados y sirvientes, debido a su contextura física, gruesa, alta, de manos grandes, carácter fuerte. Nadie le discutía una orden, los

sirvientes la respetaban y en casa todo giraba en torno a su voluntad.

Pero detrás de esa apariencia rígida, había una debilidad profunda: el apego ciego por su familia, en especial por su hijo único Guillermo o Willy : así lo llamaban de manera coloquial entre sus amigos y familia: era su orgullo, su niño eterno, a quien había consentido en todo. Ahora con su nuera ausente, volcó todo ese cariño a sus nietos, en especial al más pequeño, Alberto el más consentido de la familia.

Pasaron algunos años y Alberto, después de ir a la escuela, asistía casi diariamente al cine, la única entretención oficial del pueblo. Salía en compañía de sus amigos, algunos bastante mayores y compañeros de toda aventura. Él era quien invitaba y solía pagar las entradas. A cambio, todos hacían vista gorda a su actitud inmadura y regresiva, ya que Alberto había cumplido los 11 años y todavía no soltaba su biberón; lo hacía en forma privada y también en la oscuridad que le facilitaba la cinematografía.

La abuela decía: — Déjenlo tranquilo…ha pasado por mucho—. El niño se aferraba a su mamadera como un refugio emocional. No era un simple capricho, sino una resistencia desesperada a crecer, por miedo a enfrentarse a un mundo que todavía le quedaba grande. Tal como si ese pequeño acto infantil, pudiera retener parte del afecto, algo de lo perdido.

De modo que, en la pantalla grande, conoció los más famosos actores del séptimo arte. Disfrutaba desde pequeño viendo a Charles Chaplin, gran estrella del cine mudo; Los Tres Chiflados, no se perdía los estrenos de la época dorada del cine sonoro, actores y actrices famosas, que lo hacían soñar despierto con la música, el glamour y el drama de la época.

Sin embargo, no era lo único que hacía y en su tiempo de ociosidad, se dedicaba junto a sus amigos mayores a burlarse de otros chicos, ponerle chistosos sobrenombres y a hacer travesuras de alto calibre, después con consecuencias que su abuela Carolina le consentía y cubría inteligentemente.

Un día de esos, llegaron a la carnicería de don Eleuterio, un carnicero que para mantener alejadas las moscas, había improvisado

un sistema con un cable eléctrico conectado a la carne. En aquella época no existía la refrigeración y cada vez que necesitaba trabajar y cortar parte del destrozado animal, desconectaba el cable con mucho cuidado.

A modo de travesura y debido al supuesto aburrimiento, uno de ellos le buscaba conversación al carnicero, mientras otros volvieron a conectar el cable, justo cuando el hombre estaba manipulándola. Al instante una carga eléctrica lo sacudió y soltó un grito "cabros de porquería", mientras los jóvenes salieron corriendo a toda velocidad, riéndose y burlándose dejando atrás el caos que habían provocado, mientras el pobre viejo intentaba alcanzarlos.

En otra oportunidad, la supuesta travesura llegó a algo mucho más grave. Un vecino al que ellos detestaban porque les llamaba la atención por diferentes motivos y alguna vez, no les había devuelto la pelota con que jugaban, se acababa de comprar un auto nuevo. El hacendado había invertido, gran parte de su dinero y lo que significaba un gran esfuerzo. Un automóvil, era un verdadero lujo de la época y al que muy pocas personas podían acceder.

En una oportunidad se encontraron con el lujoso auto Cadillac, estacionado en un callejón del pueblo. Aprovechando la oscuridad de la tarde invernal, sacaron la tapa de la gasolina, recogieron mucha arena del suelo y llenaron el estanque de bencina hasta el tope. Al divisarlos una residente del lugar, se asustaron y emprendieron la huida a toda prisa. Más tarde se reían fervorosamente de la gran hazaña cometida.

Anselmo: —¡ Ja ja ja ahora que va a hacer el viejo sin su auto de lujo! Alberto: ¡Va tener que andar en bicicleta ja ja ja! ¡¡¡¡O a caballo!!!!

No obstante, don Benigno después de una breve investigación, se dirige a casa de Alberto para conversar con Carolina. Su abuela después de negar rotundamente la acción de su nieto, procede a cancelar la costosa y casi infructuosa reparación del automóvil.

CAPITULO II

Su Educación

El tiempo había hecho lo suyo y aquel niño, ya se había convertido en un adolescente que estudiaba en una muy buena escuela de pago que la permitía instruirse para su futuro. La educación en aquella época era un verdadero privilegio, todavía existía una gran brecha entre el campo y la ciudad y entre los varones y mujeres. Los colegios particulares eran principalmente religiosos, de una educación estricta, metódica y profundamente moralista. Se valoraba la disciplina y los alumnos debían usar correctamente sus uniformes, sentarse derechos y jamás interrumpir al maestro. Las reglas eran claras y los castigos comunes, como una regla o puntero que usaba el profesor sobre los nudillos de las manos, o quedarse de pie mirando la pared. Todo lo anterior, se veía como algo propio del aprendizaje.

Los maestros eran figuras de respeto absoluto, su sola presencia bastaba para que los alumnos silenciaran sus voces. Muchos eran hombres solteros o religiosos, serios, de escasa sonrisa, pero con un compromiso verdadero en enseñar y formar "hombres de bien".

Los contenidos eran memorísticos, se enseñaba la ortografía perfecta, conjugaciones verbales, dominio absoluto de las tablas de multiplicar. La Caligrafía era una asignatura y se escribía con pluma y tinta, lo que exigía precisión y cuidado.

Los alumnos se sentaban en bancos de madera (doble), compartidos con un tintero de loza incrustado en la esquina del pupitre. No había cuadernos bonitos con figuras y dibujos, ni lápices de colores. Los cuadernos eran de papel amarillento y se necesitaba mucho esfuerzo e imaginación.

En la década de los 40 la enseñanza del francés e inglés en Chile, tenía un carácter elitista y estaba reservada principalmente para los sectores acomodados de la sociedad. Estos idiomas no solo

representaban herramientas de comunicación, sino también símbolo de estatus y acceso a culturas consideradas avanzadas.

El francés, era el principal idioma extranjero de la época y aunque el inglés aún no tenía la misma presencia, el sistema educativo de aquellos años, ya comenzaba a darle importancia, debido al creciente poder político y económico de los países anglosajones. El inglés se enseñaba principalmente en Escuelas privadas. Alberto y todos sus compañeros ya dominaban ambos idiomas.

Desde los primeros días de colegio, ya todos sabían su nombre debido, y a su extrema delgadez y estatura baja le apodaban "el chico". La fisonomía promedio de los adolescentes de clase alta en Chile, gracias a una alimentación balanceada y acceso a servicios de salud, eran jóvenes que presentaban una apariencia física saludable, la obesidad era rara, pero Alberto se destacaba por una apariencia bordeando la desnutrición, debido a su problema alimentario que arrastraba desde pequeño. Eso le hizo ganarse el apodo de "el chico Beto". No obstante, lo que realmente lo distinguía, era su simpatía natural. Su rostro de facciones suaves ojos vivaces, siempre parecían esbozar una sonrisa, incluso en los momentos más serios y una capacidad innata de conectar con los demás. Su cordialidad propia y una picardía encantadora, lo hacía destacar en cualquier entorno y de desarmar incluso, al más severo de los profesores.

Seguramente debido a su soledad, había desarrollado una habilidad natural para entablar conversaciones y encontrar puntos en común con quienes lo rodeaban. Lo que le permitía forjar amistades con demasiada facilidad.

En el colegio era común verlo rodeado de compañeros atraídos por su risa contagiosa casi sarcástica. Su capacidad para conectar no sólo lo hacía relativamente popular, sino que también, le permitía influir en su entorno, creando un ambiente de camaradería y confianza.

Esta mezcla de simpatía, picardía y sarcasmo, no solo definía su carácter, sino que también le abría puertas y ganaba afecto de quienes lo conocían.

Los más amigos, entendían sus bromas como una forma de descargo de sus propias frustraciones, porque a pesar de ello, él sabía valorar la amistad fraternal y verdadera.

En su escuela además de estudiar, también se dedicaba a socializar y hacer travesuras, en colaboración con algunos de sus compañeros de clase. Justino era el más serio, se destacaba por su disciplina y buenas calificaciones. Entonces decidieron reírse un rato a costa de él

Pocos minutos antes que llegara el profesor a la sala de clase:

—Alberto (susurrando): ¿lo tienen? —

— Raúl (mostrando un frasquito) Aquí está—.

—Mateo: ¿de dónde lo sacaste? —

—Raúl :— Del canal de al lado—

— Alberto: —¡Bien, Así se hace amigo!—

— Mateo: —¿seguro que no va a echar a perder la tinta?—

—Alberto: — No. ¡Si será un ratito no más! —

Raúl pone con cuidado un pequeño sapo dentro del tintero de Justino entra el joven y como le gustaba destacar, quería adelantar las respuestas de la tarea que había dejado el profesor. Se sienta en su pupitre y abre el tintero, el sapito salta de inmediato y le cae en su propia mano.

—Justino (gritando)— AAAAAH Un sapo, un sapo, un sapooo — mientras corría aleteando con sus brazos y dando vueltas por toda la sala de clases.

Ante esta situación las risas fueron generales

—Alberto (muerto de la risa): — Oye ¡parece que el sapo quiere estudiar contigo… Ahí tienes un compañero… — (con risa burlona) — para que no estés tan solito jajaja—

—Raúl: —Seguro que también quiere ser el mejor en matemáticas ja ja ja— (todos los niños reían a carcajadas)

Justino seguía sacudiéndose y repentinamente, entra el profesor. Serio, con su libro bajo el brazo

—Profesor: —Pero… ¡por favor! ¿Qué escandalo es este?

—Justino: (gritando alteradamente) — ¡Metieron un sapo en mi tintero profesor! —

El profesor observa el tintero y mira a Alberto, Raúl y Mateo; quienes intentaban disimular su risa.

Profesor: —¡Alberto y tus amiguitos Raúl y Mateo…al rincón de pie y con los brazos en cruz!

— ¡Y ni se les ocurra reírse, porque ahí vamos a tomar otras medidas! — Alberto (en voz baja mientras caminaba): — valió la pena—

La educación no era perfecta, pero dejaría una huella importante en su vida futura.

CAPITULO III

Decadencia

Habían transcurrido algunos años y Alberto se había convertido en un adolescente, pero con la muerte de su abuela Carolina, sintió que se desmoronaba el pilar fundamental que lo unía a su niñez.

Ella fue quien lo cobijó cuando perdió a su madre, con apenas cinco años. Había sido esa voz dulce que espantaba sus pesadillas, el abrazo tibio que le enseñó a no temerle a la soledad. Ahora frente a su tumba comprendía, que no sólo se iba ella, sino también el niño que alguna vez fue: un pequeño muy travieso, que corría descalzo, sabiendo que al final del día, siempre habría un regazo esperando por él.

Con ella no sólo se fue la figura firme que lo había contenido, tanto en lo económico como emocional, sino que marcó el fin de una era. La vida le exigía crecer de golpe por segunda vez. Descubrió con dolor, que nada volvería a tener el mismo sabor de hogar.

Willy el padre de Alberto, había sido hijo único de una madre entrada en años, lo que ella consideró a modo de un milagro tardío. Nació cuando ya nadie lo esperaba y quizás por eso, fue criado como un tesoro frágil, más que un heredero fuerte.

Carolina lo había envuelto desde pequeño en una burbuja de ternura exagerada, de cuidados excesivos y de límites muy difusos. Nunca permitió que se le encomendara una tarea del campo, jamás lo mandó a cortar leña para las frías tardes de invierno, ni despertarlo al alba, para ordeñar las vacas. Era incomparable a muchos otros niños y jóvenes del pueblo. Su única obligación fueron sus estudios y al llegar a la adolescencia, Willy, tampoco tenía responsabilidades, volviéndose amigo del ocio, del espejo y de las risas.

Para él la vida era una especie de fiesta interminable y desde temprana edad, gustaba de las reuniones de piano del salón, del

vino servido en copas finas y rodearse de amigos que lo celebraran. Nunca se había interesado por la los fundos y la hacienda familiar, y por esa razón, ya había muy poca producción en ellos.

Fue así que, comenzó a dividir los terrenos, sin importar la historia de cada pedazo de tierra o el esfuerzo de sus padres. Cada dinero que recibía se le escapaba entre brindis y risas, en los clubes del pueblo o lugares vecinos.

El dinero se iba en fiestas, reuniones con amigos, propinas generosas para disimular su situación económica y placeres vacíos. Disminuían los trabajadores y empleados en la propiedad. No sólo se cosechaba poco, sino que también se estaba vendiendo algunos animales. Un lugar que había sido, alguna vez símbolo de prosperidad, tarde o temprano, se iba a llenar de silencio y abandono.

Los hijos mayores, al percatarse de esta situación, deciden hablar con Willy. Estaban esperando la oportunidad, que se dio en una cena. Mientras la última luz de la tarde entraba por la ventana del comedor, tiñendo de oro las paredes algo desgastadas por el tiempo, sobre la mesa de madera había un mantel blanco bordado por Carolina años atrás, los restos de la cena permanecían casi intactos. Gregorio y Elena, apenas habían probado bocado esa noche. Tras un tenso e inquieto silencio prolongado, Elena doblando una servilleta decidió hablar con voz suave:

—Papá, tenemos que hablar de lo que está pasando con la hacienda—.

Willy sumido en sus propios pensamientos, frunció el ceño y apenas levantó la mirada:

— Hablar… ¡No hay nada de qué hablar! — Arrastrando sus palabras con cansancio de resaca.

Gregorio juntó valor, y a pesar que sentía que su corazón le golpeaba el pecho, tomó la palabra:

—Perdone papá, pero…ya vendió otra parte del terreno— y continuó, con un susurro de preocupación:

—La parcela del río…era de la abuela! — Willy frunció los labios y subió sus hombros

—Esa tierra ya no producía nada… para qué conservarla—

— No es solo la tierra papa! —Replicó Estela, tratando de buscar los ojos de su padre.

—Nos preocupa que podría quedarse sin nada! El dinero se va acabando rápido… y usted no busca trabajo—.

Willy se levanta abruptamente de la mesa y agrega:

¿Trabajo? Negando con la cabeza:

He trabajado toda mi vida en esta tierra y ya estoy cansado—. ¿Qué más quieren? ¡Han tenido todo! comida, techo, una buena educación! —

Gregorio apretó sus puños debajo de la mesa, para darse valor y agrega:

—¿Por cuánto tiempo papá?— Cuando se acaben las ventas ¿qué haremos?

Ud. Ya vendió el campo del sur, la viña de la loma y…lo que recibió se esfumó—

—¡Basta, ustedes no entienden nada! ¿mis propios hijos me sermonean? ¡yo soy el padre aquí y yo decido que se hace o no! ¿Está claro? —

Estela sobresaltada por el alza de voz de su padre, agrega en tono tembloroso:

—No queremos faltarte el respeto papá, es sólo que nos da miedo…miedo de quedarnos sin nada.

Un pesado silencio cayó y Willy desvió su mirada hacia el ventanal. Un largo suspiro escapó de su pecho.

—Desde que murió mi madre Carolina – que en paz descanse – nada es igual. Esta casa…esta tierra…todo me la recuerda—.

Alberto quien estaba en un profundo silencio, sintió ardor en sus ojos y tragó saliva antes de hablar:

—A todos nos duele papá— Dijo el muchacho con sinceridad, en una voz apenas audible.

— ¿Pero venderlo casi todo papá, vender las tierras?… eso no la va a devolver—.

Willy cerró los ojos un momento y niega con la cabeza, hundido en su pena, y susurró:

— No, no entienden, la abuela Carolina era quien llevaba las riendas de todo; yo nunca fui bueno para esto. Cuando ella enfermó, me prometí que llevaría todo adelante (mientras le asomaba una lágrima rebelde en uno de sus ojos) pero… no pude… Me endeudé, las cosechas fallaron…Cada pedazo que vendo es para pagar lo que debo y tratar de seguir—

Gregorio y Estela se miraron con asombro; desconocían las deudas y dificultades, que su padre había estado cargando a solas.

Mientras Estela llevaba una de sus manos a la cara, en señal de asombro agrega:

— ¿Por qué no nos contaste papá? pudimos habernos organizado para ayudar—

Gregorio agrega: —yo buscaré un trabajo bueno en la capital y te podría ayudar con algún dinero—.

Estela asiste: —acabo de terminar mis estudios de maestra, también podría echarte una mano…—

Alberto interrumpe diciendo: — yo podría posponer mis estudios secundarios por un tiempo si hace falta y …si tenemos que trabajar la tierra, lo haré—.

Willy alzó la vista, sorprendido ante las palabras de sus hijos y conmovido negó rápidamente:

— ¡No Alberto ¡tu abuela soñaba con que tú también te licenciaras… igual que tus hermanos,

¡por ningún motivo! —

—Si papá, ella siempre me lo repetía, cuando me veía con los libros. (Secándose las lágrimas con una de sus mangas)

Willy, tomó la mano de Estela, que todavía lo abrazaba y se enderezó para recobrar fuerzas.

—¡No quiero que ninguno de mis hijos, sacrifique su futuro por mis errores! — dijo con voz entrecortada pero firme.

—Buscaré la forma de arreglar todo esto, gracias hijos y… perdónenme—

Nadie respondió con palabras, no hacía falta. Alberto apretó sus labios para contener un sollozo. Estela abrazó a su padre con ternura, mientras que Gregorio permaneció en silencio con sus ojos vidriosos.

La noche ya había caído por completo, la casa se envolvió de una penumbra tranquila y todos fueron a dormir.

CAPITULO IV

Gregorio Emigra

El reloj del tiempo avanzaba implacablemente desde esa noche. Alberto ya había cumplido 15 años, le faltaba sólo un par de temporadas para licenciarse. Estela quien ya estaba trabajando, había terminado de pagar la colegiatura de su hermano menor, y su padre, a pesar de las promesas, no había podido levantar la economía del hogar.

Su hermana, se daba cuenta perfectamente que todo se derrumbaba poco a poco, por lo que había buscado su propio rumbo y se había convertido en una esmerada maestra en una de las escuelas para niñas del pueblo.

Después de estudiar en un Colegio de Monjas, había ingresado a una Escuela Normal.

Las Escuelas Normalistas, era una institución de la época en que se formaban a jóvenes. Mayoritariamente mujeres, para instruir a docentes, y educar en colegios de educación primaria. En estas escuelas no solo enseñaban contenidos académicos, sino que inculcaban valores, disciplina y vocación pedagógica. Eran centros de educación integral, donde se preparaba a las futuras maestras del país, con un fuerte sentido de misión y compromiso social. Estela con su carácter más fuerte y decidido, había elegido servir desde las aulas, con una vocación nacida del ejemplo de mujeres comparables a su madre y su abuela.

Mientras que Gregorio, el mayor de los hermanos, también había terminado sus estudios años atrás, en el mismo prestigioso colegio que Alberto, preocupado por su futuro, planeaba irse a la capital. Buscaría sus metas y anhelos en distintas instituciones de la época. Estaba dispuesto a abrirse paso en un mundo que, aunque incierto, quería aprovechar sus conocimientos, para forjar su propio destino. Llevaba algún dinero para alquilar una pensión, mientras intentaba

usar sus contactos y compañeros de estudios para encontrar un empleo a su nivel social.

Alberto ya era un adolescente, pero desde mucho tiempo se había dado cuenta que, nada era igual, comenzó a notar un silencio profundo, sólo podía escuchar el viento entre los árboles, el zumbido de algunos insectos y cada día extrañaba mucho más a su abuela.

Su padre, aunque vivía con ellos, pocas veces se veía en casa, mantenía su estilo de vida, con las reiteradas ventas de los terrenos, animales y sirvientes escasos.

— Queda poca gente en el campo— murmuraba Alberto, mientras observaba los pocos caballos y animales que aún subsistían en esos enormes corrales.

Su hermana Estela, quien era la más cercana y quizás la única figura materna en ese momento para Alberto, trabajaba en la escuelita rural. Ya casi no comía en casa, ocupada entre clases reuniones y últimamente, en los preparativos de su boda. Se iba a casar con un hacendado de familia importante, uno de esos cuyas tierras, parecían no tener fin,

— ¿y te vas a ir a vivir allá? — preguntó Alberto en voz baja.

—Claro, es lógico ya es hora que haga mi propia vida… ¿Qué futuro tendría acá? —

— Fernando. Mi novio tiene todo arreglado — decía con una mezcla de ilusión y apuro mientras doblaba una ropa

—Al principio, nos iremos a vivir con su familia, pero es una casa muy grande, y con sirvientas… aunque sólo por un tiempo. En unos años más, mientras llegan los hijos, construiremos nuestra propia casa—

Estela esbozaba una sonrisa: —incluso me llevará a Valdivia de Luna de Miel— Pero te voy a escribir, te lo prometo hermanito—. Mientras lo abrazaba fuerte.

Así mismo, su hermano mayor Gregorio, estaba decidido y tenía todo arreglado para irse a la capital.

—Tendré que buscar trabajo—Tengo amigos que ya se han ido y están muy bien— agregó.

La semana siguiente todo amaneció revuelto en la casona. Se levantaron muy temprano porque Gregorio tomaría el primer tren

para irse a la Capital. Alberto fue el último en terminar de arreglarse:

Estela: —¡Alberto apúrate por favor!, ¿no sabes que los trenes no esperan a la gente?— Alberto: —¡Ya voyi mientras se arreglaba al cabello

Gregorio: ¡De prisa….hermano! ayúdame—.

Alberto tomó una vieja y pesada maleta, de cuero, color café oscuro, que más pesaba su estructura que el contenido interior, y salieron camino a la estación de trenes.

La estación olía a carbón húmedo y madera vieja. Bajo el alero del andén, la gente se apretujaba con bultos, canastos, maletas, y miradas ansiosas.

Pero Alberto no veía nada. Sólo tenía ojos para su hermano, de pie junto al tren con su chaqueta de Castilla y maleta de cuero café.

— ¿Seguro que no quieres que te acompañe al vagón? — preguntó Alberto, tragando saliva.

Gregorio dejó escapar una sonrisa, con una mezcla de ternura y prisa—no hermanito, quédate aquí no más, hay mucha gente, si subes te va resultar muy arriesgado bajarte—.

Alberto agachó su cabeza y apretó los labios, sentía una presión en su pecho que no lo dejaba respirar bien. Gregorio se inclinó un poco, puso sus dos manos sobre los hombros y lo miró a los ojos. Alberto al mirar a su hermano mayor, sintió que tenía la misma expresión que el retrato del living de la casa y de esas fotos viejas, que quedaban en la cómoda, esa mezcla de pena y fortaleza heredada de su madre. Sí, era sin duda la misma mirada.

— Hermano – agregó Gregorio —: tú eres el menor y te ha tocado más duro que a nosotros, pero te pido que seas fuerte. No temas al silencio ni a la casa vacía y si papá no está Estela te va a cuidar. Cuando termines tus estudios podrías ir tú también — Voy a escribirte—

El silbato del tren, cortó el aire de la respiración de Alberto, todos comenzaron a moverse, algunos corrían, otros gritaban nombres. Gregorio le dio el último apretón en el hombro y lo abrazó fuerte, en seguida abrazó a su hermana Estela y subió al vagón.

Alberto sentía una fascinación difícil de explicar por los trenes. No era sólo por su tamaño o por el ruido metálico, sino por todo lo que

representaba: la promesa de viaje, la ilusión de cambio, la posibilidad de que, al subirse a ese gigante metálico, lo llevaría a algún lugar, más allá del horizonte.

Al borde del terraplén, se quedó allí, con los ojos fijos en los vagones que parecían no terminar nunca, y dejando atrás una estela de humo, hollín y viento. Sentía que esa fuerza de acero rasgaba los campos y se llevaba también las historias de otras personas: obreros, viajeros, vendedores, muchachos que iban a la ciudad y no volvían, presentía que tampoco su hermano mayor.

Se quedó quieto casi petrificado, con el pecho ardiendo. Vio a su hermano despidiéndose sonriente desde la ventanilla, mientras el tren comenzaba a moverse, primero muy lento, luego cada vez más rápido, hasta que sólo quedó el humo en el aire y las voces del andén se iban desapareciendo, dejando una sensación de soledad.

Ahora sí lloró, porque Alberto comenzó a entender que a medida que crecía, poco a poco, tendría que seguir rompiendo lazos emocionales, los que tanto necesitaba.

CAPITULO V

El matrimonio de Estela

El matrimonio de su hermana Estela, llegó con una rapidez desconcertante. Parecía que apenas unos meses antes, se había ido su hermano Gregorio y ahora el contraste era demasiado brusco, daba la impresión de que alguien le hubiese cambiado la escena sin avisarle.

Los preparativos para la boda comenzaron con una intensidad que sacudió semejante a un viento nuevo. Estela estaba rodeada de telas, encajes y modistas.

Todo era blanco, marfil o dorado. Los preparativos del templo comenzaron muchas semanas antes y llegaron las hermanas de su madre, aunque vivían en pueblos lejanos, estaban ocupándose de los preparativos, de la única hija de su hermana fallecida.

La boda se celebró en la Iglesia del pueblo, una antigua construcción de adobe y madera, que crujía bajo el peso de los años, pero que aún conservaba la solemnidad de los santos.

La fiesta matrimonial se realizó en la Casona de Willy lleno de invitados. Sin duda era una boda aristocrática un gran acontecimiento majestuoso, en donde se reunieron las familias más prestigiosas de la región. Estos eventos no sólo celebran la unión de dos personas, sino que se reafirman alianzas sociales, prestigio y tradiciones.

El aire olía a jazmines frescos y buen vino tinto, bajo un cielo despejado a finales de primavera. La fiesta se celebró en los jardines de la antigua casona patronal, con balcones de madera tallada, columnas de piedra y grandes ventanales abiertos de par en par.

En la entrada principal, un enorme arco de flores blancas, daba la bienvenida a los invitados, que llegaban en coches negros, lujosos o en carruajes de dos caballos, que todavía se usaba en zonas rurales, conducidos por cocheros vestidos de manera pulcra y formal, todo

en negro, otros en gris oscuro, sombrero de copa baja y guantes blancos.

Las damas llevaban vestidos largos de seda o muselina, muy ajustados a la cintura y faldas amplias y algunas con detalles de encajes francés, heredado de madres o abuelas. Los colores predominantes eran pastel, celeste, rosa pálido, vainilla, aunque las más osadas, se atrevían con un burdeos o un azul medianoche. El cabello siempre recogido en peinados cuidadosamente ondulados, decorados con broches, peines de perlas o pequeñas flores frescas; los guantes cortos de encaje blanco y los sombreros con velo, eran casi obligatorios.

Los caballeros vestían trajes oscuros, camisa muy blanca, con chaleco y corbata de seda, con resabios de un tiempo en que todo debía lucir solemne. Caminaban con bastones ornamentales y hablaban en voz baja, midiendo las palabras. Los más ancianos hablaban del vino de la hacienda, de los tiempos del presidente Alessandri o de la Bolsa de Valparaíso.

Los garzones y empleadas, correctamente vestidos para la ocasión, ofrecían constantemente champaña importada y bandejas con empanaditas de mariscos, jamón glaseado, pasteles de hojarasca rellenos de queso y pequeñas porciones de pastel de nuez; mientras en el centro del salón una orquesta tocaba boleros, tangos y valses.

En seguida todos pasaron al comedor en donde una cantidad de mesas redondas perfectamente adornadas, tenían un pequeño letrero escrito con letras muy pulcra los nombres de los integrantes. Así se seguía el estricto protocolo de la época y con un jefe de mesa, quien era generalmente un integrante de la familia.

La música se mezclaba con el murmullo de conversaciones discretas y risas ensayadas. Mas tarde, las parejas bailaban y giraban con mucha gracia bajo las antiguas lámparas de lágrimas de cristal.

Los hijos e hijas de los invitados, en su mayoría adolescentes bien educados, rondaban por el borde de los salones. Las niñas jugaban a pequeñas damas y ya imitaban los gestos de sus madres,

mientras los varones se agrupaban en los corredores, a veces observándolas tímidamente o desafiándose entre bromas.

En el rincón del jardín, algunos conversaban discretamente de sus primeros enamoramientos y cortejos, mientras que otros, de sus planes de estudios superiores o herencias futuras.

Fue en medio de ese ambiente impecable en que Alberto sentía que todo era un sueño, y que sólo era una pesadilla lo de su padre, quien cada día perdía en secreto y lentamente su patrimonio.

Era primera vez que lo justificaba, ya que todo ese dinero gastado en la boda de su hermana, tendría que ver con más de alguna otra venta de terrenos. Pensaba que quizás sería la primera y última vez, que podría disfrutar de un momento de glamour comparable a éste.

Mariana, una de las chicas, bajaba por las escaleras. Su corazón sobresaltó, le pareció que los murmullos y la música habían dejado de sonar. Ella vestía un traje de gaza azul claro, tan suave que parecía flotar a cada paso, no llevaba joyas, salvo un pequeño camafeo al cuello, que resaltaba contra su piel morena clara. Su cabello color miel, caía en ondas sueltas, recogido apenas a un lado con una peineta nácar.

A diferencia de las otras jóvenes que miraban al suelo o se mostraban tiesas, ella caminaba con una mezcla de gracia y decisión, como si no temiera a ser observada. Cuando sus ojos se cruzaron con los de Alberto, sonrió apenas, no de modo coqueto, sino de quien conoce algo familiar en medio de ese bullicio. Luego se mezcló entre los demás invitados.

Alberto se quedó con su imagen grabada igual a un sello de fuego. Desde ese momento, el resto de la velada, la música, las risas, el brindis, le pareció un fondo distante. Mariana se convertía en el centro de su atención, una figura luminosa que rompía con la rigidez de los modales típicos aristocráticos y que traía consigo algo más profundo; la naturalidad.

Alberto la busca afanadamente entre la gente con la mirada hasta que logra encontrarla.

— Yo soy Alberto— dijo el, aunque sabía que no era necesario.

Mariana ladeó un poco la cabeza, con esa misma expresión curiosa, de cuando lo veía pasar a caballo desde lejos, por los caminos que bordeaban los campos vecinos.

— Lo sé —respondió Mariana con suavidad—Eres el hijo de don Willy. Te he visto muchas veces. Casi siempre cabalgando—.

— Y yo a ti— confesó Alberto sin ocultar la verdad—Desde hace años. Aunque nunca habíamos tenido la oportunidad de hablar—.

—Las situaciones a veces demoran, pero llegan —Dijo Mariana, insinuando que hablaba de algo más, que de esa noche.

La conversación fluía con naturalidad, ella no parecía engreída ni distante, al igual que las otras muchachas presentes. Tenía una mirada directa y penetrante que podía desarmar a cualquiera.

Por otro lado, Alberto se había convertido en un muchacho guapo. No era muy alto, algo delgado debido a las costumbres alimentarias de la infancia. Poseía unas facciones finas, piel blanca, cabello castaño, ojos muy oscuros, brillantes y levemente rasgados, de mirada intensa, labios muy cautivadores con un arco muy definido y simétrico, que sin duda era su gran atractivo, aunque obviamente él lo ignoraba.

Alberto con cierta frecuencia paseaba a caballo sobre Pimienta su yegua, la que había conocido a los 6 años, después de la muerte de su madre. Su abuela Carolina se la había regalado y al poco tiempo, y un Collie, Hércules, aunque ya estaba algo viejo, era el único que se esforzaba, para recibirlo con cariño y alegría todos los días.

—Te gustan los caballos— preguntó él, con genuino interés.

Mariana asistió con entusiasmo —¡Si me encantan! mi padre dice que parezco más un mozo de campo que una señorita. Me he criado entre potrillos, monturas y corrales—

—Entonces ya que a ambos nos gusta cabalgar, ¿te parece si salinos a trotar hasta el rio? — sonriendo Alberto, se da ánimo para no perder la oportunidad.

—Qué tal el próximo sábado? —hay un paso escondido entre sauces, que pocos conocen. Es tranquilo y a esta altura del año, el agua es cristalina, transparente—.

Mariana lo miró unos segundos, parecía medir la propuesta.

—¿Y tú vas mucho allí?— Preguntó

—No tanto, sólo cuando necesito estar lejos de todo. Aunque sea un rato—.

—Entonces… me encantaría ir. ¿Este sábado dijiste? —

— Sí, después del desayuno, puedo pasar por tu casa—

—Será un gusto, dijo ella con una sonrisa dulce y sincera—.

—¡Bien! nos vemos entonces—.

Se despide con una especie de reverencia y con sus manos atrás, luego caminó hacia el grupo de sus amigos. Respiró profundo, dejó escapar una sonrisa y pensó que por fin era la ocasión, se estaba atreviendo a hacer algo por él mismo. Era en especie de nudo en su garganta, postergado por años y que al fin encontraba su voz.

CAPITULO VI

Primer Encuentro

El sábado por la mañana despertó antes que cantaran los gallos, tampoco fue un ruido, ni la luz tímida que entraba por las rendijas de la ventana del dormitorio en la casona familiar. Era su expectación y ansiedad, que lo había acompañado durante toda la semana. Se quedó tendido un momento, mirando el techo de vigas oscuras tratando de ordenar sus pensamientos.

Se vistió sin ruido eligiendo su mejor camisa y un poncho liviano de lana fina, tejido por artesanas cerca de la cordillera. No quería parecer ostentoso, pero tampoco descuidado. Se detuvo frente al espejo y se pasó la mano por el cabello. Luego bajó al comedor donde su padre ya tomaba café leyendo un diario arrugado.

—Vas a salir temprano hoy? —preguntó Willy sin apartar la vista de la columna de política.

—Voy a dar una vuelta por los campos — respondió, lo más natural posible.

El padre movió su cabeza en señal de aprobación y con una especie de gruñido agregó: — ¿por qué tan perfumado para montar a caballo? — Con una sonrisa burlona.

—Para que la Pimienta no se me espante— dijo Alberto mientras se servía un trozo de pan amasado.

La mañana avanzó lenta, parecía que el reloj se hubiera puesto en su contra.

Poco después de las nueve de la mañana, ensilló a su yegua, le ató una pequeña alforja con una manta, por si se quedaran junto al río y tomó el camino que bordeaba los potreros.

Mientras cabalgaba, el sol se alzaba entre los eucaliptus dorando la tierra húmeda y los campos verdes, se abrían tal un manto interminable y a lo lejos, comparable a una aparición, se divisaba la casa de los Zañartu. Una casona amplia, con una interminable

entrada bordada de álamos y una fuente de piedra en medio del jardín.

Al llegar, desmontó con un gesto intranquilo y alzó la vista hacia el corredor. Entonces la vio.

Mariana ya lo esperaba de pie, con las riendas de su yegua blanca en la mano, vestida con pantalones de montar y una blusa clara que con la brisa del viento moldeaba su figura. Sonreía con algo de nerviosismo, quizás también estaba contando los días.

— Llegaste justo a tiempo— dijo mientras avanzaba directamente hacia Alberto.

—Temías que no viniera? —

—No, pero es bueno saber que todavía hay personas que cumplen su palabra — agregó en forma coqueta mirándolo de reojo.

Alberto la observó y supo sin necesidad de palabras, que ese sábado marcaría un antes y un después. No sólo era una salida a cabalgar, era algo que llevaba años en el silencio y en su corazón.

Entonces montaron y salieron juntos rumbo al río, bajo un cielo inmenso azul, en pausa, únicamente se escuchaba el sonido de las herraduras de los caballos, marcando el ritmo de un día maravilloso que recién comenzaba.

El camino al río serpenteaba entre colinas suaves, salpicadas de boldos y espinos en flor. Los caballos avanzaban a trote lento, sintiendo el ritmo compartido de los jinetes. No se hablaban mucho, no era necesario, ya que el sosiego del campo y el crujir de las ramas azotadas por el viento, decía más que cualquier palabra.

Al llegar a la ribera del río, Alberto detuvo su yegua y miró el agua. El río no era caudaloso, pero su curso era amplio y profundo en la parte central, y el sol del mediodía lo hacía brillar equiparable a un espejo ondulado. Por ambos lados los sauces y arrayanes se inclinaban sobre el agua tal que si quisieran beberla.

— Es aquí. Dijo él entusiasmado—aquí el río se ensancha, no hay piedras ni ramas traicioneras. Yo lo he cruzado junto a Gregorio cuando era chico.

— ¿Y ahora lo haces a caballo? —Preguntó Mariana.

—Sólo acompañado con quien vale la pena— Dijo él sin pensarlo y luego se sonrojó un poco. Mariana sólo sonrío pícaramente.

Ella desmontó primero, se sacó las botas y las ató a la montura de su yegua. Sin decir nada, dobló sus pantalones hasta las rodillas. Alberto hizo exactamente lo mismo y en pocos minutos ambos estaban montados otra vez, descalzos, sintiendo el frescor del río rozando sus pies.

—¿Lista para vivir esta experiencia?— preguntó él.

—Mariana lo sorprendió con su respuesta afirmando con su cabeza — ¡desde hace días! —

Entraron juntos lentamente. Al principio el agua subía sigilosamente, casi dudando en aceptarlos. Los caballos avanzaban con fuerza acostumbrados al paso, pero al llegar al centro del río y cuando el agua alcanzó sus lomos, se lanzaron a nadar.

Los cuerpos de los animales se elevaron y parecían flotar, moviéndose con fuerza, pero con una tranquilidad, suave casi imperceptible. Los jinetes flotaban con ellos. No era exactamente cabalgar, tampoco nadar, era una sensación de vuelo sobre el agua, salvaje e inexplicable.

Mariana suelta una carcajada, su cabello se había despeinado y mojado. El agua salpicaba en gotas brillantes sobre ambos rostros y por un instante, sólo por un instante, el mundo les pareció haberse detenido. Era una sensación tan maravillosa, única e indescriptible.

— Esto es una locura— gritó ella.

— Lo sé— afirmo Alberto— Esto es único. No tiene comparación —

Cuando llegaron a la orilla, ambas yeguas salieron empapadas y resoplando. Ambos jóvenes se bajaron y aún con sus ropas pegadas al cuerpo y el corazón latiendo con fuerza, se miraron profundamente, sin palabras. Ambos supieron que habían cruzado algo más que un río. Habían compartido un instante íntimo, incontrolable y libre.

Se sentaron a la orilla, sobre una roca tibia por el sol, con los pies bien mojados. Mariana cerró los ojos y dijo:

—¡Esto, nunca lo voy a olvidari—

Alberto la Miró. Su piel brillaba bajo la luz del sol y ella tenía una expresión de plenitud, que sólo daba una aventura similar a ésta.

Suspiró, no podía acercarse, menos tocarla, no aún. Lo importante ya estaba hecho, habían flotado juntos entre dos mundos, entre dos vidas nuevas, que habían nacido en el centro del río.

El viento comenzó a soplar, para llevarse el momento y anunciando el regreso a la realidad; el recuerdo había echado raíces.

Durante las semanas siguientes, Alberto y Mariana siguieron encontrándose con una regularidad que no pasaba inadvertida en los alrededores. Al menos una vez por semana, él pasaba por la casa de los Zañartu y ella salía a su encuentro con una sonrisa que ya no intentaba ocultar. A veces cabalgaban por los senderos entre huertos, otras, seguían la ribera del río sin cruzarlo y en ocasiones se detenían bajo un espino en flor, donde compartían un poco de agua, una fruta, la tranquilidad, o historias pasadas de su niñez. No necesitaban grandes gestos. La compañía bastaba. Nunca se tocaron, menos besaron. Se entendían sin apurarse, con una lentitud segura, de que sus sentimientos no necesitan demostrarlo de otra manera.

CAPITULO VII

El Conflicto

Esa noche Alberto no durmió. Algo había cambiado y no era precisamente para mejor.

Esa mañana de domingo, Mariana no salió al encuentro acordado. Alberto esperó a caballo cerca del portón. Los álamos altos crujían al viento, simulando viejas voces. Esperó más de lo que se consideraba prudente, hasta que se acerca una criada de la casona con un gesto reprimido, y le dice, que la señorita no iba a salir hoy. Alberto preguntó si se encontraba enferma y la criada afirmó:

— No, pero no me pregunte, porque no le puedo decir nada más — agregó.

Alberto palideció, no podía creer lo que estaba viviendo, el corazón parecía salir de su pecho. No entendía que estaba sucediendo, menos, lo que estaba sintiendo. Tampoco tenía a alguien, de verdadera confianza para contarlo.

A la semana siguiente, recién le llegó la razón, por boca de uno de los peones de su hacienda. Su esposa que trabajaba en casa de Mariana, le contó que sus padres estaban muy molestos, no por algo que ella hubiera hecho, sino porque se rumoreaba que Willy, estaba pasando por serios problemas económicos, murmuraciones de excesos, deudas y posibles hipotecas.

Por todo aquello, es que Estela, la hermana de Alberto, se había casado apresuradamente y se había ido a un pueblo distante, escapando del deterioro económico de su familia. Con toda esta situación, su hermano Gregorio, tampoco volvería, porque ya no habría nada por hacer en los campos de los Valdés-Undurraga.

Junto a todos estos acontecimientos, Alberto era nada más que un muchacho solo, heredero de una economía muy incierta y de un apellido, que cada vez pesaba menos y que para los Zañartu, aquello era al menos, inaceptable.

Una hija tan educada con profesoras privadas, que tocaba el piano y hablaba francés, no podría ser amiga, y menos emparejarse, con un joven de futuro incierto y apellido en declive. No importaba que fuera noble, educado y correcto. Eso no era suficiente.

El joven comenzó a apagarse sin que nadie lo notara del todo. Estaba en su último año de humanidades. Durante la mañana asistía a clases y por las tardes caminaba sin rumbo fijo entre los naranjos y los álamos viejos; no silbaba tal cual lo hacía últimamente. Ya no montaba su yegua Pimienta, con ese entusiasmo juvenil que antes parecía inagotable y sobre todo, ya nunca más esperaría frente al portón de la hacienda de los Zañartu.

Se había dado cuenta, que algo se había roto. Seguro que no por Mariana, ya que estaba convencido. de que ella lo amaba de verdad. No podía comprender, que todo esto estaba sucediendo, sólo por las diferencias económicas que existían entre ambos.

Con esa herida pasaba las noches lentas, largas y despiadadas. No podía conciliar el sueño, daba vueltas en la cama con el pecho oprimido, como si lo estuviesen apretando con ambas manos. Cuando por fin lograba dormir, el sueño lo abandonaba pronto, empujándolo de regreso la oscuridad y abría los ojos, empapado de sudor frío. Entonces lloraba solo. Lloraba hacia adentro en el silencio, para que nadie lo oyera. Apretaba la boca con la almohada y dejaba salir los sollozos despacio, temblando. No era sólo tristeza, era pérdida, impotencia, ternura sofocada y verdadera, de un adolescente sin culpa.

Así pasaban los días muy lentos y la comida que antes tomaba con gran apetito, ya no le pasaba por su garganta. Apenas probaba el pan, los platos regresaban casi intactos a la cocina. Las criadas rumoreaban entre sí, pero no le decían nada. Su padre Willy parecía no darse cuenta, con un mutismo de hombre endurecido, tampoco le preguntaba. Pensaba, que este muchacho siempre ha sido mañoso para comer.

Con el pasar de los días, Alberto es sorprendido por el mismo peón cuya esposa trabajaba en casa de Mariana. Le entrega un sobre de color amarillento, algo arrugado, que decía Alberto, manuscrito y en caligrafía fina. El empleado le dijo:

—Joven Alberto, tengo algo para usted que le va a poner contento—

Lo miró con sorpresa y toma con sus manos temblorosas ese sobre que le quemaba. Se fue a su habitación, rasgó el sobre. Dentro una hoja de papel perfumado, casi transparente, doblada con mucha delicadeza e impecable. La letra de Mariana era hermosa, clara y precisa.

Querido Alberto:

No soporto más este silencio, sin una explicación. Necesito contarte lo que realmente está sucediendo. Por favor, esta tarde, al caer el sol, nos encontramos en el río, por el mismo paso donde cabalgamos y nadamos juntos. Sólo deseo verte. Te estaré esperando. Si no vas, te entenderé,

Con todo mi cariño Mariana

Alberto leyó la carta una y otra vez, con los ojos empañados por la emoción. El corazón latía con furia, en semanas era primera vez que sentía una chispa de vida.

Sin perder tiempo se bañó y cambió su ropa. Esta no era una cita común era un trozo de esperanza, una oportunidad del destino. Ensilló a su yegua mientras le hablaba y acariciaba con ternura.

— Pimienta vamos a salir al río a ver a Mariana— El animal parecía entender a su amo y acercó su cabeza al cuello de Alberto, en una manifestación de cariño y consuelo. Su amo lo abrazó emocionado, sin saber si era por alegría o de pena.

La tarde se mostró con una luz dorada, el sol bajaba lentamente mientras cabalgaba hacia el río. Al llegar lo primero que vio fue la silueta del cabello de Mariana reflejándose en las claras aguas del río similar a un espejo. Al desmontar, Mariana le sonrió y rápidamente se acercó, lo abrazó fuertemente.

Él quedó atónito por unos segundos y en seguida, algo se liberó en su pecho y le pareció que todo esto era un sueño, un instante suspendido, ni el viento, ni el agua, ni los caballos, nada importaba, salvo ellos dos. Alberto sin pensarlo al sentir el calor de su mejilla tan cerca, rozó su cara, se inclinó y la besó con urgencia, con ganas

reprimidas durante tantas semanas y meses. Fue un beso tembloroso, en que los labios se rozaban y se apretaban, se buscaban con delicadeza y pasión.

Las manos se entrelazaron en un abrazo, pero diferente, de esos que los dejan sin aliento, mientras el río susurraba entre las rocas y parecía ser cómplice de ese encanto íntimo y humano.

Mariana soltó un suspiro sofocado. Se separaron un instante, respiraron con sus frentes juntas, el pelo de ella se enredaba en sus mejillas, parecía que el viento también quería tomar parte de ese momento. Entonces vino un beso más lento, más detenido, más cargado de pura verdad, de la certeza de dos jóvenes que se amaban profundamente.

— Gracias por este momento— dijo sonriente Mariana.

—Y tú por elegirme— respondió Alberto y luego la abrazó con delicadeza. No cruzaron palabra alguna. Regresaron a la orilla en silencio.

—No sé cuándo volveré— dijo con suavidad ella —pero apareceré… si aún quieres verme—. Alberto la miró con los ojos llenos de lágrimas retenidas y agregó:

—Siempre, siempre Mariana—.

Ella caminó hacia los álamos, montó su caballo en silencio. En seguida tomó las riendas comenzó a cabalgar lentamente, mirando fijamente a Alberto hasta que se volcó para tomar camino hacia su hacienda.

Después emprendió regreso Alberto. Todavía sentía el río murmurando en sus oídos. Aguella noche en el silencio de su habitación, tuvo la certeza de que ese beso en el río era pura verdad. Ahora sabía exactamente lo que su corazón quería y aunque fuera el último de sus recuerdos, sería también el más cierto, el más verdadero de todos.

Así comenzaron los encuentros secretos que los unía cada semana. Se veían en el río, en el bosque bajo el espino en flor. Se veían con frecuencia, cada vez más largo, más seguros, menos furtivos. Compartían tardes de lectura, risas, paseos a caballo, confidencias y promesas en voz baja. Su vínculo crecía sin freno, alimentado por gestos pequeños, el roce de sus manos, la mirada

prolongada, bailaban improvisadamente sobre la hierba fresca, intercambiaban sus galletas y tomaban agua fresca del río. Todo parecía parte de un refugio construido por ambos.

Pero las acciones clandestinas, no pueden durar para siempre. Al principio los padres no creyeron, lo atribuyeron a chismes de los campesinos. Finalmente, una carta con letra de Mariana, acordando un encuentro, fue descubierta semi escondida en su habitación.

El escándalo se gestó en silencio, sus padres al verla lo supieron; no necesitaban más pruebas y esa misma tarde organizaron una reunión en la biblioteca de la mansión, para conversar con Mariana.

Ya todos congregados en la biblioteca, con estantes enormes que a través de los finos cristales opalines, se podía distinguir una serie de colecciones clásicas de la Literatura Universal: la Divina Comedia, El Quijote de la Mancha, Los Miserables, obras completas de Shakespeare, etc. No obstante, ninguno de aquellos famosos podría importarle a Mariana, porque en ese momento, ella sabía que había faltado a sus padres.

Su madre Doña Elvira, dando un paso y acercándose dijo:

— He encontrado esto doblado en el tocador de tu habitación y… no es ningún poema ni un encargo escolar— ¿qué me puedes decir de esto? —

Don Vicente, su padre apagando suavemente un Habano perfumado, agregó:

—Habla de citas en el río con ese muchacho, tardes juntas, promesas. ¡Esto es inaceptable!, una desobediencia deliberada—

Doña Elvira: —he intentado no creerlo, pero está ahí; escrito por tu propia letra— Lanzando la carta sobre una mesa, que estaba en el centro de la biblioteca.

Don Vicente (con voz baja pero firme):

—Desde hoy, los encuentros están prohibidos y serás castigada si persistes ¿Te queda claro? Doña Elvira (mirando de frente con dureza):

— No toleraremos más mentiras ni escapadas. Vives en esta casa, estás a nuestro cuidado y debes adherirte a nuestras órdenes, hasta el día que te cases y tengas tu propio hogar—

Don Vicente (interrumpe bruscamente):

—Si no demuestras que esto se ha terminado… entiendes esto, (levantando su mano indicando con su dedo índice) ¡nada de montar y salir de paseos, ni caminatas al río! — No saldrás más sola. Tu madre te acompañará a todos lados—.

Mariana escuchaba casi sin pestañar. Trataba de disimular su dolor y vergüenza de haber defraudado a sus padres. Solo atinó a decir:

— Está bien papá. Entiendo—.

Rápidamente se fue a su habitación a llorar desconsoladamente, con el corazón tragando una pena que le rasgaba por dentro, tan profundo que ya no podía respirar con normalidad. No podía dejar de pensar en aquellos encuentros furtivos, los roces, sus besos, su aroma, los caballos en el río y ellos flotando en esas aguas cristalinas, la voz de Alberto, una voz armoniosa varonil a pesar de su juventud.

No podía comprender lo que le sucedía; quizás necesitaba más tiempo para entender, que estaba profundamente enamorada.

Sabía que debía acatar la orden de sus padres, pero su corazón se negaba. Su vida era un laberinto imposible; obedecer significaba renunciar a la única persona que la contenía, que la comprendía de verdad, para ella este dolor, era peor que cualquier castigo.

Miraba nuevamente la carta que nunca llegaría a Alberto y las lágrimas le caían en silencio. No era una pérdida, era una fractura en su vida, que quizás no podría sanar. Aunque el amor le había dado un instante de alegría, ahora se sentía sumergida en una tristeza que no sabía hasta cuándo podría durar.

CAPITULO VIII

La Graduación y Sueños

Ya era 1947 y el salón de actos del Liceo de Varones, rebosaba de solemnidad. Alberto, al igual que sus hermanos, había llegado el momento su graduación, de sexto humanidades.

Las columnas vestidas con cortinas tricolores y un retrato imponente del recién asumido presidente Gabriel González Videla, destacaban el fondo del escenario. Al costado brillaba un piano de cola que guardaba un silencio momentáneo. En el ambiente se respiraba orgullo, pero también nostalgia. Afuera el sol de fines de diciembre resplandecía adornando los árboles y la pequeña plazoleta

Alberto estaba en primera fila junto a sus compañeros, todos llevaban puesto su uniforme completo, agentes de una imagen de pulcritud y orden. Alberto lucía con orgullo una camisa blanca almidonada y una corbata gris, que su hermana Elena le había planchado con esmero y pulcritud, Un blazer azul marino y pantalón gris, zapatos negros relucientes y calcetines oscuros. Cabello corto, bien peinado con la partidura muy bien marcada. No se permitían estilos alternativos.

En el público su padre Willy destacaba con su postura arrogante y su flamante terno gris perla, mientras sostenía un elegante sombrero entre sus manos. Elena, sobria y distinguida, sonreía con orgullo. Gregorio su hermano mayor, había llegado de Santiago esa misma semana, no podía quedarse mucho porque estaba en plena postulación a la Escuela de Investigaciones y tendría que volver al día siguiente.

En la misma fila estaban las hermanas de su madre fallecida, sus tías Rita y Ana, desde las ciudades de Penco y Magallanes respectivamente. Ambas vestidas de lino claro y pequeños sombreros, quienes hablaban en voz baja y emocionadas. Pero la presencia que más sorprendió a Alberto, fue la de Alejandra, prima

de su padre y madrina de bautizo, quien había viajado desde Valparaíso, tras una larga ausencia.

— No podía perdérmelo hijito, tu madre estaría tan orgullosa— le susurró al abrazarlo antes del acto y Alberto bajó la mirada, conteniendo la emoción.

El rector inició la ceremonia con un discurso solemne, hablando del futuro, del deber, de la patria. Mencionó la educación como una herramienta moral. Luego un alumno recitó unos versos de Gabriela Mistral. La música vino después, otro de los alumnos tocó el piano una breve pieza de Chopin. Finalmente se comienza a llamar a los alumnos uno a uno.

Cuando mencionan su nombre completo Alberto Ignacio Valdés Undurraga, se hizo un silencio respetoso y caminó con paso firme al escenario, recibió el diploma y estrechó la mano del rector. Al girarse hacia el público no busco a su padre ni ninguno de sus familiares, anhelaba en lo más íntimo de su corazón que Mariana estuviera entre ellos. No escuchó los aplausos, porque sus sentidos estaban bloqueados por una tristeza secreta e interior, que le entrecortaba la respiración. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando comenzaron a abrazarlo para felicitarlo. pero cuando se acercó su hermana Elena que lo miró con cariño y pareció adivinar.

—La extrañas… verdad? — Alberto rompió en llanto, sollozaba abrazado fuertemente a su hermana. Todos creyeron que era por emoción del momento.

Las celebraciones de graduación, según las costumbres de la época se celebraban en la intimidad de la familia. La hacienda había sido adornada con esmero en medio de un ambiente que demostraba orgullo y categoría. Era una importante celebración para el menor de los hermanos y todos los presentes, sabían que no era cualquier ocasión.

El almuerzo fue servido en el comedor grande, aquel de techos altos, lámparas de lágrimas de cristal y retratos antiguos colgados como testigos silenciosos del linaje familiar. Las tías Rita y Ana se sentaron erguidas en las sillas con respaldo de madera tallada y género aterciopelado. Traían consigo pequeños obsequios envueltos en papel cremoso, comentando lo grande y maduro que estaba el

"niño de la casa" y poniéndose al día en todas las novedades familiares.

Gregorio el hermano mayor alzó su copa de vino al comenzar el almuerzo y con voz firme pero emocionada, dedicó unas palabras breves a Alberto, recordando a su difunta madre y de lo orgullosa que ella se hubiera sentido del "niño de la casa" y todos brindaron a su salud.

El menú fue sobrio pero refinado; consomé de ave, ensalada tibia con betarragas y nueces, asado de cordero con papas al perejil y como postre una torta de bizcocho rellena de mermelada casera y crema, con la palabra "Alberto".

Los amigos más cercanos de su padre, antiguos hacendados, fueron invitados también, los que brindaban constantemente, contando anécdotas relacionadas con Willy.

Después de almuerzo se abrió el piano del salón en donde uno de los amigos interpretó un tango de Carlos Gardel. Una de sus tías, se sentó al piano para interpretar valses argentinos y la tía Rita se atrevió a cantar "Granada" acompañada en el piano, por su otra tía, Ana.

Algunos se animaron a bailar en el salón rodeados de maceteros de loza y fierro forjado con helechos, ficus y hermosas begonias, que daban un toque de alegría y frescura al lugar.

Su madrina de bautizo Alejandra y prima de su madre, hablaba de Valparaíso, invitó a Alberto.

— Es un puerto, un hermoso lugar— le dijo.

— ¡Tienes que ir en algún momento y antes que yo me muera eh!

Alberto le pregunta: — madrina, ¿cómo es Valparaíso? Tu estás tan orgullosa del lugar donde vives.

— Valparaíso no es sólo una ciudad, ahijado— le dijo con entusiasmo la madrina, —Es el puerto más importante de América del Sur—

Continuo su relato: —Allá llegan barcos de todas las banderas del mundo, trayendo mercancías, historias y acentos tan distintos, que uno se siente en el ombligo del planeta. Desde los cerros, las casas

parecen desparramadas, como confites de colores, y en el puerto mismo, el movimiento no cesa jamás.

Hay muchos ascensores que suben y bajan, rechinando hasta y desde los miradores, donde se ve la bahía repleta de buques. Dicen que, quien conoce Valparaíso, ya ha visto el mundo sin salir de Chile — agregó.

Ah y no te cuento como es la bohemia, mmm, es intensa, diversa y cosmopolita: Marineros extranjeros, estudiantes, poetas, cantoras populares, músicos norteamericanos de color y artistas chilenos, que se mezclan en clubes nocturnos, bares elegantes y de mala muerte, salones de tango, mujeres de la vida, ¡en fin!. Hay de todo.

Pero lo que más disfruto, es que en algunas calles y en la Plaza Echaurren, hierven hasta el amanecer al ritmo del jazz, los boleros, tangos, valses y cuecas porteñas. Además, entre copas, humo y risas, hay muchos personajes excéntricos, leyendas y una creatividad desbordante; le dicen "el puerto de los poetas". La noche porteña es sinónimo de libertad, excesos y magia.

—Por eso quiero que vayas para que descubras que allá, entre el mar y los cerros, hay otro mundo, otro futuro—.

Alberto habría cada vez más sus ojos, y sonreía fascinado con aquella descripción tan viva.

—Si algún día me atrevo a ir tan lejos, sería con usted madrina, pero por ahora, me quedo soñando con todo lo que me ha contado.

Después que abrió sus regalos, bajó y salió un momento al corredor. Miró los campos que los rodeaban, la casa, el horizonte recortado de álamos en el cielo gris claro del sur. Sintió que se despedía de su infancia y aunque le dolía reconocer su soledad entre tanta gente, también sabía que ese día marcaría el inicio de un cambio, una nueva forma de ver la vida y un nuevo camino.

CAPITULO IX

Primer Viaje

Alberto comenzó a notar como los cimientos de la holgada vida que conocía hasta ahora, se quebrantaban. Los problemas económicos que antes parecían rumores lejanos en las conversaciones de adultos, ahora reventaban como frutos pasados de maduro. Su padre Willy tenía desde hace muchos años, hipotecada la hacienda, con la esperanza de un repunte económico, que nunca llegó. Quedaban muy pocos terrenos por vender, sólo tierras más al norte, llenas de espinos y escasez de agua.

Habían pasado dos años desde su graduación y la realidad se venía con dureza, no podía seguir esperando, tenía que emigrar. Sin embargo, había algo que le dolía mucho más. No podía olvidar a Mariana. La llevaba cono una astilla en el alma, clavada en un rincón silencioso de su corazón. No habían vuelto a hablar desde aquel castigo impuesto por los padres de ella.

Un día por azar o destino, se vieron en el emporio de don Pancho. Ella estaba acompañada de su madre, se veía hermosa, vestida con sobriedad, más mujer que niña. Se cruzaron apenas un instante. No hubo palabras, ni siquiera un gesto, pero sus miradas se entrelazaron, como se tocan dos manos limpias en la penumbra, con ternura de verdad, con ese amor mudo que no necesita expresarse más. Fueron dos segundos, pero le bastaron para removerle el alma entera.

La noticia de su partida se esparció despacio, al igual que esas brisas, que no hacer ruido, pero mueven los álamos. No muchos entendieron la urgencia. Para el resto de la gente, Alberto se iba por un tiempo a probar suerte, como lo hacían tanto jóvenes de la época.

Esa última tarde, cruzó el pueblo a paso lento y fue encontrándose con los de siempre, los amigos de la infancia, los de las bromas pesadas de la adolescencia y los secretos en los zarzales.

Recordaba que en aquellos años Raúl que siempre llevaba una resortera en un bolsillo, Víctor, que había soñado con ser marino y Anselmo, su vecino y mejor amigo de toda la vida, con quien había compartido veranos enteros, disfrutaba trepando nogales.

— ¿Y te vas nomás? —preguntó Anselmo, con un nudo en la voz disfrazado de risa.

— Si, hay que probar suerte— respondió Alberto, bajando la mirada.

Se abrazaron fuerte, con golpes en la espalda y un silencio que decía más que cualquier chiste. No era una despedida cualquiera; era la primera vez que alguno de ellos se iba de verdad.

Al llegar a la casa, lo esperaban en el corredor los empleados de toda la vida. Doña Matilde, la cocinera, Rosendo el capataz; hasta el viejo Teodoro que limpiaba el fogón quien alguna vez le enseñó a domar cabritos. Todos le desearon suerte con sonrisas sinceras. Ellos ignoraban lo de la hipoteca y ventas tristes de su patrón.

Al llegar la noche, la casa dormía en silencio, sólo se oía el canto lejano de un grillo y el crujido suave de la madera de los techos. Alberto salió despacio, con el abrigo sobre los hombros, caminó entre los árboles del patio trasero y cruzó el huerto hasta llegar al corral. Allí estaba ella, su yegua, dormitando bajo el alero. Al sentir sus pasos, levantó la cabeza y relinchó muy bajo, moviéndola de arriba abajo. Alberto la acarició sin decir palabra al principio, sintiendo como el calor de su lomo, se mezclaba con la fría brisa de la noche.

—Mañana me voy Pimienta — murmuró, como si le hablara a una persona. La yegua lo miró con esos ojos oscuros y pacientes, que parecían entenderlo todo y apoyó el hocico sobre su pecho, suave, confiada y sin miedo, relinchó nuevamente.

—No quería que amaneciera sin despedirme. Fuiste mi amiga más fiel, mi compañera, mi cómplice—

Alberto le rozó el entrecejo de su yegua con sus labios, justo en una manchita blanca en forma de estrella. Pimienta, soltó un resoplo tibio, como si suspirara con él.

—No te van a faltar cuidados hasta que te vayas, yo te encargué a Rosendo, pero yo te voy a extrañar todos los días.

Permanecieron así un largo rato, en un abrazo callado bajo la luna. Cuando se separaron, él le dio un pedazo de pan, que había guardado en uno de sus bolsillos. Ella lo comió despacio como si quisiera alargar el tiempo y entendiera que era un gesto de despedida.

Alberto se alejó sin mirar atrás o no tendría fuerzas para partir al amanecer. Sentía que ya era demasiado para sus escasos años: su madre, su abuela, sus hermanos, su yegua y sobre todo Mariana. Estaba completamente solo. Esa noche como muchas otras no durmió, sollozando en su almohada.

Al día siguiente se levantó muy temprano. Antes de desayunar, su padre se le acercó y le dijo con una mezcla de dureza y ternura: —Haz lo que puedas…pero no olvides quién eres— dijo mientras estrechaba su mano con firmeza. Su padre no era de palabras fáciles, pero Alberto notó que los ojos de su padre, estaban más húmedos de lo normal.

—El capataz te llevará a la estación, porque yo tengo una reunión muy importante en el Banco—. Alberto no dijo nada; solo asintió y lo abrazó con respeto y cariño contenido.

Al día siguiente, antes de marcharse pasó por el galpón donde dormía Hércules, su viejo perro, ya totalmente ciego. Comenzó a mover su cola cuando sintió sus pasos, con la que levantaba una estela de polvo al golpearla con el suelo.

—Viejo Hércules— murmuró Alberto, arrodillándose junto a él. El perro ladeó su cabeza sacando la lengua intentando lengüetear a su amo, quizás su instinto le daba a entender, que sería la última vez que estarían juntos.

— No te preocupes, voy a estar bien— Te voy a extrañar toda mi vida—

El perro emitió un sonido más triste que dulce. Alberto apoyó su rostro contra la de él y acariciaba su lomo canoso, y podía percibir ese característico olor a perrito campesino, mezcla de tierra húmeda y sol tibio, que se quedaron prendidos en su pelaje. Entonces se levantó. No dijo adiós, porque a veces el corazón, solo sabe despedirse en el silencio.

Tomó su bolso y caminó hacia el portón con paso firme. No sabía que, al cruzarlo, el mundo sería otro.

Alberto llegó a la estación de trenes con el corazón golpeando fuerte en el pecho. iba solo aunque a unos pasos, lo seguía el capataz de la hacienda, que lo había acompañado en silencio durante el camino.

Era temprano, pero la bruma baja y el color a la tierra parecía envolverlo todo en una despedida melancólica. La estación estaba casi vacía, salvo un par de hombres que fumaban junto a unos sacos de grano y el ruido intermitente de un telégrafo, que resonaba como un corazón lejano.

Apenas puso los pies sobre el andén, sintió una mezcla difícil de describir; una parte de él temblaba de miedo a lo desconocido, pero otra se aferraba a la curiosidad, porque a pesar de la tristeza de irse, los trenes era su fijación. Desde niño había soñado con ello. Cada máquina, cada silbido, cada columna de humo le parecía una promesa.

Pero esta vez no era un juego ni fantasía. Esta vez viajaría en tren por primera vez y dejar atrás una vida entera. Miró los rieles con los ojos empañados y sintió que su alma se estiraba en un lazo tenso, entre lo que dejaba y lo que se venía. No sabía si lo recibirían con los brazos abiertos o con esa cortesía distante, que se le tiene a los que llegan por obligación. ¿Cuál sería su destino?

¿Tendría amigos? ¿Podría encontrar un trabajo y hacerse un hombre?

Mientras la estación comenzaba a llenarse de gente y ruidos, respiró hondo, lo único que tenía claro es que no volvería. No pronto. Quizás pasarían muchos años antes que sus pasos, lo llevaran de regreso a ese andén.

Por fin se escuchó a lo lejos el silbido del tren. No dio ni un paso atrás. Cerró los puños, apretó sus labios y se preparó. Miró el tren para encontrar el vagón de primera clase. Había llegado la hora y estaba listo para irse. Le extiende su mano derecha al capataz, quien lo mira con algo de melancolía.

— Gracias Rosendo por todo. Adiós

— Hasta pronto don Alberto. Suerte—.

Alberto sin mirar atrás sube al vagón, mientras el inspector de estación hacía sonar su característico silbato de partida.

CAPITULO X

Penco con Amor

Alberto viajaba sentado junto a la ventana de un vagón de primera clase. El suave vaivén del tren y el golpeteo rítmico de las ruedas sobre los rieles, le producían una sensación de libertad desconocida. Nunca había viajado tan lejos sin compañía de alguien, pero no se sentía solo porque su mente iba llena de imágenes, como sería la ciudad, sus primos a quienes no veía desde mucho tiempo, quizás han cambiado… ¡y el mar!

Mientras el tren serpenteaba hacia el norte bordeando el litoral del Bío-Bío, soñaba con aquel encuentro. Se imaginaba una casa grande con olor a pan caliente, tal vez conversaciones animadas en el comedor. El mundo estaba cambiando, pero Penco aún conservaba ese aire costero y laborioso que tanto había escuchado.

En aquellos años Penco era una pequeña ciudad industrial en crecimiento, famosa por su industria papelera y una reconocida cervecera desde fines del siglo XIX. Llamada cerveza Edner, una de las más importantes del sur de Chile, lo que había generado empleo y cierto desarrollo económico.

Por otra parte, la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones (CMPC), ya tenía instalaciones en la zona. Estas dos fábricas, atrajeron a muchas familias trabajadoras, empleados administrativos, técnicos y supervisores, lo que configuraba una clase media acomodada y respetada.

La familia de la tía Rita, pertenecía a este segmento, no eran ricos, pero vivían con cierta holgura. El padre de la familia, había tenido un cargo de Jefatura en una de esas empresas y la tía Rita, viuda joven, mantenía las costumbres con modales estrictos, pero afectuosos, cuidando profundamente a su familia.

El tren silbó con fuerza al llegar a la pequeña estación de Penco. Era de una estructura modesta de madera, con techumbre de zinc y un andén que olía a carbón y eucaliptus. El sol del mediodía se

colaba entre las nubes costeras y la brisa húmeda llegaba desde el mar. Alberto bajó del vagón con su maleta de cuero en la mano y el corazón latiendo con fuerza.

Recorrió con la mirada entre los rostros que esperaban pasajeros y entonces la vio: la tía Rita elegante. erguida, vestida con una falda azul marino y un sombrero. Saludaba con un pañuelo blanco y un poco más lejos, estaban sus tres primos. La tía fue la primera en llegar hacia él.

—¡Alberto! Exclamó abrazándolo con naturalidad — ¡Qué grande estas! Él se sonrojó, mientras la tía Rita se acercaba con los brazos abiertos.

—Querido. Estás igualito a tu madre cuando tenía tu edad— dijo con cierta nostalgia.

Su primo Rolando se acercó dándole una pequeña palmadita en la espalda. En seguida Gastón lo miró y le extendió su mano derecha para saludarlo. Más atrás estaba la pequeña Anita, tan solo de 8 años, con sus trenzas color miel gruesas que le caían por la espalda, ojos vivaces oscuros. Lo saludó desde una breve distancia con una sonrisa. Alberto se sintió acogido con aquel recibimiento, quizás ya no estaría solo y en ese pueblo desconocido para él, comenzaría una nueva etapa de su vida.

Mientras el tren se alejaba dejando atrás la estación. Alberto lo observó como soltando su pasado, con la esperanza de mejores tiempos para él. Lo único que nunca dejaría atrás sería a Mariana.

Al llegar a casa descubrió que compartiría dormitorio con uno de sus primos. Rolando; delgado, pero más alto y poco más fornido que Alberto, cabello oscuro y ondeado, piel blanca, ojos cafés claro y de pocas palabras, pero amable y un par de años mayor que su primo recién llegado.

Gastón, 14 años, cara redonda, piel clara, cabello crespo, ojos verdes y brillantes que parecían sonreír constantemente. Contextura gruesa y al contrario de su hermano, hablaba y hacía comentarios, mayoritariamente desafortunados.

En la mesa se conversaba poco, pero el ambiente era tranquilo y agradable. Había en la casa una sola empleada que cocinaba y

cumplía con los quehaceres hogareños. Alberto esa noche durmió con un cansancio esperanzador.

Llegando el domingo como era costumbre, las familias salían a pasear por la plaza principal. La banda municipal tocaba un vals desde una pérgola central y los niños corrían de un lado a otro. Las bancas de fierro forjado y madera, estaban ocupadas por señoras con abanicos, caballeros leyendo el diario, ancianas con chal y jóvenes conversando tímidamente. Alberto caminaba al lado de su tía, mientras sus primos iban más adelante, comiendo dulces de almendras.

La plaza de Penco, tenía un aire de calma y eternidad. Los faroles y jardines bien cuidados, daban un aire señorial al lugar. Alberto contemplaba detalladamente la plaza: Jardines simétricos adornados con rosales, ligustrinas recortadas y pensamientos en flor; faroles altos, también de fierro fundido, daban un aire solemne que, por las noches bajo su luz amarillenta, la plaza parecía detener el tiempo. Alrededor de la plaza, casonas públicas y unas pocas viviendas con balcones; todas de fachada de madera clara y algunas con tejuelas. En aquellos años la plaza era más que un punto geográfico: era un lugar donde se tejía la vida cotidiana, con sus rumores, primeras citas amorosas y despedidas discretas.

Pasaban rápidamente las semanas, era pleno verano de 1949 y para Alberto resultaba el más entretenido de su corta vida. Sus primos de vacaciones tenían autorización para divertirse, lo que también disfrutaba él: tardes en la playa, paseos por la plaza y por supuesto salidas al cine, pasatiempo preferido de Alberto.

El cine estaba en el centro del pueblo, un edificio de fachada simple, pero con grandes letreros que anunciaban la cartelera del día. Alberto caminaba junto a sus primos por las veredas de piedra. Rolando como siempre serio y pensativo, mientras que Gastón bromeaba burlándose del por qué su hermana menor no pudo ir. Según la clasificación, esa película era “no aptas para menores”, aunque muchos adolescentes de pueblos pequeños, igual lograban entrar, sin mayores dificultades.

Llegando al lugar entre murmullos de la gente bien vestida, se podía percibir el aroma de calugas de leche que vendía una señora

en la entrada y justo en frente un gran letrero: ”Hoy La Diosa Arrodillada, por María Felix y Arturo de Córdova”. La película era un verdadero “boom” de la época, porque trataba temas audaces como pasión, deseo, infidelidad y escándalo.

Pasaron algunos meses y la amistad de los primos parecía afianzarse cada día más. El hecho de compartir la habitación con su primo Rolando, le había dado la confianza para tomar un tema que en esa época nadie hablaba abiertamente.

La sexualidad era un terreno envuelto en silencios, prejuicios y códigos no escritos. Aun así la vida le abría paso a los jóvenes, que sentían en sus cuerpos el despertar del deseo y entre bailes apretados, salidas y besos fugases, cartas perfumadas, comenzaban a explorar en lo desconocido. No había educación sexual formal y lo poco que sabían lo aprendían en conversaciones entre amigos, leyendas de barrios o publicaciones escondidas en cajones de los mayores.

Por otra parte, las muchachas llevaban sobre sus hombros el peso de la honra familiar. Se entregaban sólo cuando parecía amor verdadero o en un momento de vulnerabilidad, que muchas veces no comprendían del todo lo que esto implicaba. Algunas lo vivían con culpa, otras con ternura y muy pocas con la fuerza de desafiar lo impuesto por la sociedad.

Todo ocurría en secreto en el campo, entre árboles protectores, en dormitorios prestados por algún amigo o amiga cómplice, o al final de una fiesta cuando el mundo parecía dormido. Después, un silencio tempestuoso y cada uno volvía a su vida cotidiana como si nada hubiese pasado, aunque por dentro, ya eran otros. Era una época donde la sexualidad se despertaba entre temores y prejuicios, pero también con una intensidad que solo da lo prohibido.

Ya había llegado el otoño, en Penco el aire olía a algas secas que descansan sobre la arena y a hojas caídas, con un aroma terroso dulce y melancólico. Aquella noche Alberto y Rolando asistieron a una fiesta en casa de unos conocidos, había mucha gente desconocida para ellos y fue allí donde se encontraron con Rosalía y Margarita. Nada muy formal, empanadas, chicha y risas.

La música salía de una radio grande un lujo para ese tiempo. Su estructura de madera oscura brillaba bajo la luz cálida de las ampolletas que colgaban del techo. La música a veces levemente saturada y otras tan nítida como si los músicos estuvieran allí mismo, llenaban la casa de valses antiguos y melodías de la época.

Los jóvenes compartían con las chicas, conversaban, se reían, probaban la chicha dulce y dejaban que el ritmo del vals marcara pausadamente el corazón de la fiesta. Repentinamente Rolando invitó a bailar a Rosalía, quien aceptó de inmediato. Él atentamente le ofreció su brazo como un caballero de antaño.

Margarita miró a Alberto quien, aunque un poco nervioso hizo una leve reverencia, como lo había aprendido en las películas mexicanas. Bailaron lento sin hablar solo sintiendo el vaivén suave de la música. A lo lejos el mar murmuraba como un eco constante y desde la cocina llegaban aromas de sopaipillas recién hechas. Aquella no fue una fiesta ruidosa ni desbordada, fue una noche de risas bajitas, de tímidos acercamientos y miradas que decían mucho más que los labios Rosalía y Margarita eran amigas inseparables desde la infancia. Vivían en el mismo barrio costero, compartían secretos y pasiones. Esa noche brillaban bajo la luna, presentían que algo especial estaba por suceder. Ambas ya habían comentado lo guapos que eran los chicos. Eran mayores que los muchachos, tres y cuatro años respectivamente y eso le daba una fascinación a Rolando y descolocaba a Alberto.

Al terminar la reunión, Rolando con su tono galante y sonrisa segura, se ofreció a acompañarlas a casa. Era tarde, pero la noche, aunque estaba clara y el aire algo fresco, no impedía caminar. Con la excusa de ver el mar iluminado por la luna, se desviaron hacia la playa y el oleaje manso y rítmico, parecía acompañar los pasos nerviosos de esos cuatro jóvenes. Se sentaron cerca de unos botes guardados en la orilla, donde la arena conservaba aún algo de calor del día. Para protegerse del frío otoñal. Los besos y caricias comenzaron de manera natural como si hubieran sido esperaros desde hacía tiempo. Rosalía, segura y entregada, apartó a Rolando a tirones de sus amigos, y lo llevó a un lugar un poco más privado y alejado. Ya se habían besado en otras ocasiones, pero esta vez

parecía guiarlo más allá de una caricia. Él apasionado sin apuro marcó el ritmo, dando lugar a lo inevitable.

Alberto en cambio, se quedó unos instantes, inmóvil sentía su corazón retumbándole en el pecho. Margarita lo miró y apenas le rozó la mejilla con los labios. Esa ternura lo tranquilizó y se dejaron llevar, abrazados entre las sombras, protegidos por los botes, el ruido del mar y la noche. No hubo grandes palabras, ni promesas. Sólo susurros, manos temblorosas y una intensidad que quemaba desde adentro. Fue algo breve y un poco torpe, pero lleno de emoción. Su primera vez, una experiencia sexual, que no se olvida. La luna testigo silente, siguió brillando sobre el mar. El murmullo de las olas se mezclaba con la inocencia que se iba y con la vida que paso a paso, comenzaba a cambiar.

El invierno y la primavera habían llegado vertiginosamente y pese a lo bien que lo pasaba en ese lugar, Alberto había comenzado a inquietarse. Ya no se sentía tan cómodo en casa de su tía. Iba a cumplirse casi un año desde su llegada y aunque ella lo trataba como un hijo más, sabía que su presencia implicaba gastos. No eran cosas que ella reclamaba, pero él lo notaba y eso le pesaba.

Había recorrido ya todas las industrias del pueblo. También a una maderera y una empresa de embotellados, donde le dijeron que por ahora no contratarían a nadie más. En cada lugar encontraba la misma respuesta:" Ya no hay cupo muchacho".

A medida que pasaban los días, la frustración se instalaba como una piedra en el pecho. Ver su primo Rolando avanzar con sus estudios de contabilidad, ocupado con sus futuras metas y que una vez terminara se iba a ingresar a uno de los Bancos importantes de Concepción y a su hermano Gregorio había entrado a la Escuela de Investigaciones de Chile, pero él también estaba buscando su destino sin ayuda ninguna, sin contactos, ni recomendaciones.

En aquella época para conseguir un buen trabajo, además de los estudios y eficiencia, era fundamental tener el máximo de recomendaciones, de algún personaje público importante.

CAPITULO XI

Su Llegada a Tomé

Fue en medio de esa sensación de estancamiento, cuando escuchó hablar de Tomé y sus fábricas de telas. Un puerto, aunque más pequeño que Penco en ese tiempo, podría necesitar manos jóvenes. Ya estaba dispuesto a recibir cualquier tipo de trabajo, incluso de obrero, para lo que no necesariamente servirían sus afanados estudios previos. No podía seguir esperando, era momento de partir nuevamente.

Al bajarse del tren en la estación de Tomé, sintió algo parecido al vértigo, una especie de estremecimiento interior. Frente a él el puerto bullía de movimiento, carros cargados de sacos, mujeres con pañuelos en la cabeza vendiendo en canastos, obreros caminando en fila y niños jugando.

El aire tenía otro peso, cargado de sal marina y hollín. A lo lejos, las chimeneas de la fábrica Bellavista se alzaban como torres de otro mundo. El humo se elevaba lento, constante, como si respirara. Era primera vez que veía una industria de tal tamaño. Sintió una mezcla de asombro y respeto.

Mientras caminaba por las calles de Tomé lleno de hermosos y empinados cerros, con su maleta de cuero gastado y con su abrigo en la mano, pensaba que no podía evitar sentir ese vacío silencioso que llevaba adentro, desde niño. Estaba solo en una ciudad desconocida, sin nadie que lo esperara, sin una voz familiar.

Pensó en su madre, que a veces la recordaba como un susurro y otras veces, como una presencia viva, porque eso le daba más fuerza para resistir: ¿Qué hubiera sucedido si ella estuviera viva? Se respondía que habría tenido la contención que tanto había necesitado, durante toda su existencia. ¿Hubiera sido otro su destino? ¿Estaría ahora en otra situación económica, sin la necesidad punzante de buscar un lugar al cual pertenecer?

Sus hermanos habían alcanzado a tener una madre presente, aunque fue por poco tiempo, pero a él, le había tocado crecer con la ausencia, con la pérdida, con esa sensación de llegar tarde a todo.

Se decía con un nudo en la garganta – si no hubiera sido el último, su vida tendría otra historia—. Era como si por haber llegado al final, se hubieran acabado los brazos que protegen, las manos que abrigan y las palabras que guían. En el fondo, más que un trabajo, más que independencia, lo que Alberto necesitaba, aunque no lo sabía, era "propiedad".

Entre todo este torbellino de pensamientos, una imagen volvía una y otra vez, una brisa persistente: Mariana, su risa su dulzura y la manera que lo miraba. ¿Estaría pensando en él ahora? ¿Lo echaría de menos? No lo sabía, pero ese pensamiento fue suficiente para que una sombra de melancolía se infiltrara entre la brisa marina del puerto.

Apretó el paso. No podía dejarse caer. Tenía que seguir.

La brisa marina seguía soplando con firmeza cuando Alberto, aún con la maleta en mano, dobló por una calle que bordeaba el costado de la fábrica Bellavista. El humo seguía brotando de las altas chimeneas y el murmullo metálico de los telares se colaba por las ventanas abiertas. Estaba por cruzar, cuando vio a otro joven, apenas mayor que él, observaba el edificio con la misma mezcla de admiración y ansiedad.

— ¿también buscas trabajo? — le preguntó Alberto sin pensarlo demasiado. El muchacho giró la cabeza y asintió con una sonrisa cansada. Tenía la piel tostada por el sol, el cabello oscuro y unos ojos vivos que delataban esfuerzo y esperanza.

—vengo de Coelemu— respondió.

—Me dijeron que aquí siempre hay trabajo. ¿Y tú?

—De Penco— dijo Alberto, estirando la mano con cortesía, — Me llamo Alberto, —Rubén— respondió el otro muchacho. Estrechándole la mano con fuerza— ¡Ojalá tengamos suerte!

Alberto como tantas otras veces, supo entablar conversación con naturalidad. Sus modales, su tono educado y la forma pausada en que hablaba, resultado de sus años de estudios, le hacían fácil de conectar con la gente. A Rubén le agradó de inmediato, en pocos

minutos caminaban juntos, comentando qué sabían hacer o al menos que creían saber, sobre los trabajos en la fábrica. Al llegar a la entrada principal, se acercaron a una caseta de control donde anotaba en una libreta raída.

—¿Hay vacantes Señor? — Preguntó Alberto ansiosamente.

El hombre lo miró de arriba abajo, con los ojos acostumbrados a medir intenciones.

—Hoy no. Pero mañana temprano puede que haya algo, en bodega de carga, lleguen ante de la siete y traigan ropa gruesa, porque el trabajo no es liviano. Les advirtió—

Agradecieron la información y se alejaron despacio resignados, pero aún con algo de ánimo. Mientras caminaban sin dirección Rubén le comenta todo lo que sabía de la Fábrica.

—Mira mi abuelo y mi papá han trabajado en esta fábrica, es una de las fábricas textiles grandes de por acá. Funciona con dos turnos uno en la mañana y otro en la tarde, después de las 4, pero a veces cuando hay mucha pega, hay turnos también de noche—

El siguiente paso era resolver lo inmediato: encontrar donde dormir.

Caminaron algunas cuadras empedradas y húmedas, hasta dar con una pensión sencilla de fachada azul desvelada. Un cartel de madera colgada torcido que decía "Pensión ", Al golpear la puerta y una mujer robusta de rostro amable, los recibió con una mirada desconfiada, pero no hostil.

— Me queda una sola pieza con dos camas, es pequeña, pero tiene cobijas limpias. Si pagan la noche, pueden quedarse—

Se miraron, no tenían mucho dinero y no sabían hasta cuando se iban a quedar, pero entre ambos, lo podrían hacer rendir. Esa noche en una habitación de paredes gruesas, con una lámpara de parafina encendida y el murmullo del mar, Alberto se acostó mirando el techo. Suspiró profundamente para minorar la ansiedad de la llegada del día siguiente.

Fabrica de Paños Bellavista-Tomé

La fábrica se alzaba como una especie de ciudad, dentro de otra. Formada de enormes galpones de ladrillos, altas chimeneas y un sonido constante de las máquinas.

En ese entonces, Chile todavía vivía la influencia de la Revolución Industrial, fenómeno iniciado en Europa, durante el siglo XVIII. El puerto de Tomé tenía en ese entonces cerca de 20.000 habitantes y aproximadamente el 46% trabajaba en actividades industriales, junto con otras plantas como la FIAP y la Oveja. En la época de los 40 a 50 llegó a producir 89.000 metros de paños por año, con 1.320 telares, 145 cardas y más de 500 otras máquinas.

En esa época el personal se dividía claramente en Obreros manuales: quienes hacían carga, descarga, hilandería y manejo de maquinaria textil.

Empleados administrativos: hacían el trabajo de contabilidad, jefes, administración y supervisores.

Las mujeres en la fábrica mayoritariamente realizaban tareas textiles, en la industria del algodón nacional. Sus labores incluían preparación de "Husos", que eran una especie de varillas metálicas, que permitían ovillar manualmente los hilos. Cada "Huso" giraba a gran velocidad, tomando las fibras de lana o algodón, transformándolas en hilo fino, continuo y resistente.

La Fábrica de Paños Bellavista-Tomé había nacido bajo esa lógica. Fundada a fines del siglo XIX por empresarios chilenos, y más tarde con la participación de capital extranjero, se convirtió en un emblema del desarrollo industrial de la zona. Aprovechando la cercanía al río y al mar, la fábrica funcionaba con energía hidráulica en sus inicios, y más tarde con energía a vapor. Se especializaba en la producción de paños de lana que eran muy valorados por su calidad. Los obreros usaban uniformes simples y trabajaban en amplios salones llenos de ruido, entre telares mecánicos, montañas de lana y el olor característico de los tintes.

Su origen fue en el año 1865 por el empresario Guillermo Délano Ferguson, quien instaló telares en un antiguo molino de Bellavista,

para producir sacos agrícolas y paños finos, utilizando lana de ovejas patagónicas. El Sr. Délano era un visionario que aprovechó la fuerza hidráulica del estero que cruzaba el pueblo para instalar sus primeros telares. En esos años Chile apenas despertaba a la industrialización y Bellavista fue pionera. Al principio se fabricaban sacos de yute y paños gruesos para el campo, pero pronto llegaron las máquinas de lana fina las importaciones desde Europa y los primeros contratos estatales.

En 1879 durante la Guerra del Pacífico la Fábrica abasteció de uniformes al Ejército Chileno. Ya entonces los obreros trabajaban por turnos extensos, algunos desde las cinco de la mañana, hasta entrada la noche. En esa época fue comprada por Augusto Kaiser, un industrial de origen alemán, que modernizó las instalaciones y duplicó la producción.

Más tarde, a fines del siglo XIX, pasó a manos de Carlos Werner, otro empresario de raíces europeas. Bajo su mando la Fábrica se transformó en una especie de Ciudad Obrera: se construyeron viviendas para los trabajadores, una Iglesia, un gimnasio, escuela entre otras construcciones. Todo giraba en torno a la Fábrica, que marcaba los horarios, las campanas y la vida entera del pueblo.

El inicio de la decadencia comienza entre 1950 a 1960. Tras décadas de fuerte crecimiento, pasado los años 50 el mercado interno pasó a saturarse, las fábricas de telas en Chile, no lograban vender al ritmo de los años dorados. La incapacidad para competir internacionalmente comenzaba a corroer lento pero seguro. El carácter monopólico debilitó su posición, junto con el inicio a una mayor apertura comercial en Chile.

El 1960, la fábrica enfrentó huelgas y resistencias internas a la modernización y reducción de costos, lo que tensó relaciones entre trabajadores y la administración.

Muchos años después por el año en 1970 el gobierno de turno de Salvador Allende nacionalizó la fábrica, siendo la primera expropiación de la Unidad Popular, buscando convertirla en una Cooperativa Obrera, sin embargo, la escasez de recursos disponibles y falta de experiencia administrativa, profundizaron la crisis financiera.

Tras el golpe militar de 1973 , el gobierno de Augusto Pinochet implementó un modelo económico neoliberal, que redujo fuertemente los aranceles y abrió ,el país al comercio exterior. Esto permitió que los productos textiles extranjeros, entre otros, ingresaran a muy bajo costo, sin regulaciones ni protecciones para la industria chilena. Bellavista con una estructura más cara, antigua y métodos menos automatizados, no podía competir ni en precio ni volumen

Sin embargo, hubo intentos por recuperarla. En 1982 la fábrica se fusionó con Paños Oveja, pero la inminente quiebra llegó el año 2008.

El año 2010 el empresario Juan Carlos Sabat, adquiere la planta, reactivando actividades muy reducidas, lo que tampoco tuvo buen término.

Finalmente, el año 2017, los edificios fueron declarados Monumento Histórico, reconociendo su valor arquitectónico e industrial.

CAPITULO XII

Inicios en la Fábrica Bellavista

La mañana aún estaba fresca cuando Alberto y Rubén, se acercaron por segunda vez a la entrada de la Fábrica de Paños Bellavista Tomé. Desde lejos las chimeneas escupían columnas de humo, como si respiraran de las entrañas mismas del puerto.

Una fila de hombres con gorros y botas gastadas, esperaban en silencio. Era justamente un lunes, día en que a veces se habrían vacantes para bodega, carga y lavado. Mientras esperaban para hablar con el capataz, Alberto no podía dejar de mirar el edificio. Había algo imponente en esa arquitectura que lo impresionaba, ladrillos rojos, ventanas grandes y altas que parecían llevar un siglo de historias atrapadas.

La brisa helada del puerto acunaba la espera de los jóvenes frente a la modesta caseta del capataz: —Díganme los nombres completos, estudios, trabajos anteriores y entréguenme los papeles — dijo con voz algo golpeadora.

Después de un rato de revisar todos los documentos llamó a Rubén y añadió pausadamente:

—usted Rubén Cabrera, oficios manuales, carga, descarga y movimiento. Va a trabajar de obrero, así que mañana a la seis, venga a la bodega

— Rubén murmuró —Gracias — en voz alta, para que lo escuchara su compañero desde afuera.

Después entró Alberto, pulcramente peinado con los ojos brillando aún por la novedad—Bueno usted tiene estudios hasta sexto humanidades…así que se sumará a la administración, tendrá firma y manejo de piezas. Será empleado. Preséntese mañana a las siete—.

Al salir compartieron una mirada que lo decía todo: uno había sido reconocido por su fuerza y el otro por su instrucción. Así como

lo decretaban los artículos del Código de 1931, sus roles habían quedado oficialmente diferenciados.

Al caer la tarde recorrieron juntos las calles de Tomé y finalmente volvieron a la Pensión, ansiando la llegada del mañana,

El silbato de la fábrica sonó a la seis en punto, rasgando el aire húmedo. En ese instante, la ciudad parecía despertarse de golpe. Hombres y mujeres salían de sus casas, apurando los pasos y cada uno con sus boldos con ropa de cambio, su gorro y sus abrigos algo ajados por el tiempo.

Rubén fue uno de los primeros en cruzar el portón de madera pesada. Lo llevaron directo a la bodega de carga, donde ya se movían carretillas y fardos de lana. No había mucho tiempo para hablar. Un supervisor gritaba órdenes a los muchachos que se movían perfectamente como piezas de un tablero. Era duro, pero era trabajo. Rubén con la frente sudada sonreía porque había entrado a trabajar.

Alberto trabajaba en una oficina administrativa, en un ambiente laboral agradable y acorde a la realidad social de la época. Estaba en el segundo piso de uno de los edificios laterales de la fábrica. Las ventanas altas, de marco metálico, dejaban entrar la luz de la mañana y el rumor constante de máquinas que abajo jamás se detenían. La oficina tenía pisos de madera encerada, escritorios pesados con cajones hondos, tinteros y bandejas con papeles ordenados. El clima laboral era amable y respetuoso. Cada empleado cumplía su función con seriedad.

Alberto era valorado por su buena ortografía, por su vocabulario y forma de expresarse. A pesar de no tener una especialidad, sus años de humanidades, le daban una ventaja en los escritos, en la redacción de informes, en la cortesía con que trataba al resto de los trabajadores, sin hacer distinción social. Su principal tarea era revisar hojas de entrada y salida de materiales, llevar libros de control de producción, redactar caras a proveedores y ordenar facturas con sello y fecha.

A veces cuando el tiempo se lo permitía, salía al balcón a tomar un poco de aire fresco y marino. Desde ahí veía los patios de secado, los carros cargados con lana, las filas de mujeres saliendo

del área de hilado, con las manos aún tibias por el roce de las máquinas. Alberto disfrutaba su trabajo a pesar del dolor que cargaba por dentro. Allí encontraba cierta calma, algo de sentido a su vida y un refugio a todas sus pérdidas.

Gustaba mucho de ir a la plaza de Tomé: La plaza consistía en una explanada cuadrada, con pasillos de adoquín o pista de tierra compactada, que convergían en el centro. Estaba dotada de una fuente de hierro forjado. La Fontana de los Tritones, labrada en estilo europeo y colocada hacia 1890. Siempre bordeada de frondosos tilos y naranjos que protegían con su sombra a parejas de enamorados, niños jugando y ancianos descansando. Disponía de bancas de madera y hierro fundido a lo largo, creando espacios de conversación y esparcimiento.

Circundada por edificios importantes como la Municipalidad y la antigua Iglesia Parroquial, reconstruida tras el terremoto de 1939, la plaza tenía un aire único y propio de centro cívico y social. Le gustaba caminar por aquella plaza al caer la tarde y disfrutar del murmullo del agua que caía de la caracola marina que sostenía la figura de cada Tritón (mitad hombre, mitad pez).

Alberto, Rubén y algunos amigos, se reunían bajo los árboles para conversar, reír y a veces improvisar canciones con una guitarra de cuerdas gastadas. Alberto al igual que su madre había heredado una hermosa voz, lo que atraía más amigos, también algunas admiradoras y cada día se iba haciendo más popular. El aparentemente lo pasaba bien, pero en realidad, nada ni nadie lo deslumbraba; `su corazón estaba totalmente ocupado por amor y tomó la decisión de escribirle una carta.

Tomé, 27 de Febrero, 1950

Querida Mariana:

Han pasado algunos meses desde que llegué a Tomé y no te imaginas cuánto me hubiese gustado, que vieras este hermoso lugar junto a mí.

Estoy bien. Entré a trabajar en la Fábrica Bellavista como empleado en la oficina. Es un lugar enorme, lleno de historia y gente buena. He conocido personas sencillas, honestas, trabajadoras. Me

hacen bien, pero no puedo dejar de sentir el dolor de no poder volver a verte.

Comparto una pensión con un muchacho que ya es como un hermano: Rubén. Él también trabaja en la fábrica.

Pienso en ti todos los días y si te soy sincero, hay momentos en que te echo tanto de menos que me duele el corazón.

Sólo quería que supieras que estoy bien y que te sigo queriendo cada día más. Espero me respondas lo más pronto posible, para saber cómo estás y cómo te sientes.

Con todo el amor del mundo Alberto.

Dobló la carta con cuidado, como si al hacerlo abrazara sus palabras. La metió en un sobre con dirección clara, caminó hasta el correo y la introdujo en el buzón, suspirando con el corazón esperanzado de una respuesta.

No sabía, ni podía imaginar que, lamentablemente esa carta nunca llegaría a manos de su amada. Que los controles familiares o el destino cruel, la interceptaría y que la única respuesta que recibiría sería un rotundo y adolorido infortunio.

El silencio de Mariana no fue de inmediato. Primero vino la espera; esa espera casi tonta y dulce que se retiene con esperanza. Cada día al salir del trabajo, Alberto se iba a dar una vuelta por el correo, como si fuera parte de una rutina obligada. Miraba a la empleada detrás del mesón, quien ya le respondía con una sonrisa casi culpable: — no hay carta para usted—

Así pasaron los días, semanas y meses y eso que al principio le parecía un error o un olvido, fue creciendo por dentro como una sombra, fría y cruel, hasta volverse una certeza: la carta no tendría respuesta.

Desde entonces algo dentro de él se rompió, no con escándalos ni gritos, sino que quebró su paz, ese silencio que parece romper las cosas cuando no hay nadie que te escuche.

CAPITULO XIII

Diversión y Descontrol

Alberto comenzó a salir más seguido con sus compañeros y amigos. Al principio eran sólo unas cervezas, a las que llamaban "Pilsen", primero después del trabajo, luego los fines de semana en las "bodegas": unos lugares humildes y comunitarios donde se vendían los vinos de la región. No tenían barras ni asientos sofisticados, pero sí ofrecían la perfecta excusa para reunirse y frecuentar el consumo de alcohol.

Pero en Lirquén, Puerto aledaño a Tomé, era su refugio de diversión. Este puerto aún mantenía su carácter definitivamente minero. La explotación del carbón era su actividad principal en esos años. Además, funcionaba una estación ferroviaria con campamentos y locomotoras, conectando a la industria y la costa. La Fábrica de Vidrios Lirquén S.A., fundada en 1933, seguía funcionando dando empleo a poblaciones cercanas.

En aquella época estaba en un importante proceso de transición, el muelle todavía no había alcanzado su auge, pero pocos años después sería ampliado, para permitir atraque directo de buques.

Existía un barrio muy conocido por la bohemia, las noches hacían días y era el centro de todo tipo de entretención y casi única de la zona. Nacido del comercio marítimo y la pesca, con humildes comerciantes y ventas de productos del mar, surgidos frente al puerto y la línea férrea. A raíz de esta concentración de pescadores y la actividad ferroviaria costera, nació posteriormente lo que se llamaba "Barrio Chino" en la calle Balmaceda. Un conjunto de callejuelas con marisquerías, administradas principalmente por dueñas de casa y esposas de pescadores, ofreciendo empanadas, mariscos frescos y tortillas de rescoldo. Ya mostraba los rastros de lo que más tarde se convertiría, en un espacio gastronómico tradicional y familiar, con un polo turístico y consolidado.

Las calles estrechas de tierra y piedrecilla, iluminada por faroles naranjos, el vino corría con facilidad. El ambiente vibraba entre risas, olor a mariscos, y humo de tabaco. Las mesas de madera tosca, sostenía los vasos que se golpeaban entre sí con el ritmo constante de los pasos y la música.

Se encontraban otros lugares, más bien clandestinos, muy frecuentados por marineros y hombres solteros que no buscaban solamente comer, sino también rumba y posiblemente compañía de mujeres en un ambiente poco formal. Muchas veces todo esto se mezclaba con desorden nocturnos y con apuestas menores.

Las "bodegas , que también operaban en Tomé, espacios precarios, sin asientos ni mesones, donde servían los vinos en cañas, traídas en pipas enormes, de las viñas regionales.

En la región y sus alrededores, eran famosas sus Viñas rústicas, por sus vinos de calidad notable, y por las cepas tradicionales como "País" y "moscatel", muy apreciadas, y que en las crónicas de la época, valoraban mucho por su sabor áspero y natural.

También existían en otros sitios en todos los pueblos costeros, los que llamaban "Fuentes de Soda", con un mesón, lleno de banquillos donde los visitantes bebían todo tipo de licores, tipo choperías improvisadas.

Parecía que todo el mundo estaba de fiesta, pero no para Alberto. Rubén hablaba con entusiasmo sobre un partido de fútbol, Pedro, se reía con la boca llena y alguien desde otra mesa gritaba su nombre como si fueran hermanos de toda la vida. Pero Alberto respondió con un gesto vago, casi automático. Dentro de él se agitaba un dolor indescriptible, una tristeza sin nombre que había acrecentado desde que dejó la carta en el buzón y nunca llegó respuesta. Lo que más dolía era no saber nada, un portazo sin explicación, una herida abierta pero que nadie la ve.

Alberto seguía trabajando cumpliendo lo justo y necesario, mientras la vida le ofrecía distracciones que él no dudaba en aceptar: copas, mujeres, amigos y apuestas cada vez más elevadas. Las noches parecían no tener fin, y él se dejaba arrastrar por ese torbellino de euforia que lo alejaba, aunque sea por un rato, del peso de sus propios silencios.

Algunos fines de semana hacía el intento por cambiar de aire y visitaba a su tía en Penco. Allá era ambiente distinto, compartía y conversaba con sus primos, un lugar más sereno y familiar, donde lo pasaba bien, incluso con cierta nostalgia de infancia.

Pero era sólo eso, un respiro breve. Pronto lo llamaba el desorden, excesos y bullicio al que se había acostumbrado.

Fue en una de conversaciones informales en donde llega un campesino al que le llamaban el "Cuenta cuentos", porque siempre estaba relatando historias y nunca se sabía si eran ciertas o sólo fantasía. En esa oportunidad, entre copas y copas, dijo: —¿Se saben la historia del asesinato de la Fábrica?—

Todos rieron, incluso Rubén que lo conocía hace años, le dijo:

—¿Ya vas a comenzar con tus cuentos.?— ¡Por eso nadie te cree, siempre lo mismo!. Alberto le preguntó:

—Amigo, ¿de qué habla? —

El hombrecito agregó: —se trata de un asesinato que hubo en la fábrica Bellavista, la misma donde ustedes trabajan. ¡Nadie me cree, pero es la pura verdad!

Alberto sintió mucha curiosidad: —¡ya, cuente entonces, si dice que es verdad.¬— El hombre comenzó a relatar:

—Hace muchos años atrás, cerca de 1940 por ahí; había un obrero que tenía muchos problemas con su jefe. Discutían a "grito pelao" y a cada rato. El obrero sentía que lo trataba muy mal, con desprecio, que lo explotaba y comenzó a juntar y crecer el rencor poco a poco. Una mañana decidió ponerle fin a esa situación. Esperó pacientemente el momento preciso.

Resulta que, al medio día era el momento en que los trabajadores salían como cada jornada. A esa misma hora un tren pasaba todos los días, con su característico alboroto de gente, carros y silbidos. Al parecer el jefe se había quedado un par de minutos más, momento de ruido y soledad que aprovechó, y se abalanzó sobre él con toda su furia… dándole certeras cuchilladas, que lo dejaron tendido y sin vida. Rápidamente, sin mirar atrás, el obrero limpió sus manos, cogió su chaqueta y alcanzó el tren que iba partiendo a sur.

Rubén preguntó: Ya, ¿y qué se supone que pasó con él?

—Se esfumó, —agregó: —como si nunca hubiese existido. La policía lo buscó y, algunos conocidos que tenía también. Los familiares del muerto, reclamaron justicia, pero jamás se le halló un rastro. Como una sombra huyó, con el silbido del tren del medio día —.

Pedro, uno de los hombres que también estaba con ellos y escuchando el relato, reventó en carcajadas:

—ja ja ja, seguro que sí. Este hombre siempre inventa historias, por algo de dicen en "cuenta cuentos", ja ja. Ya nadie le cree.

Alberto quedó perplejo con la historia, pero rápidamente reaccionó ante las risas de todos sus compañeros de diversión.

Ya habían transcurrido tres años desde ese cambio de vida y las consecuencias comenzaron a notarse. La pensión donde vivía ya no le acomodaba a la dueña debido a la falta de cumplimiento a los horarios y el estado de embriaguez en que llegaba. Rubén mucho más controlado, ya había encontrado una novia y se había ido de la pensión.

Estaba otra vez solo. Fue entonces cuando decidió escribirle una carta a su padre, con la débil esperanza de reencontrar algún vínculo.

La respuesta no tardó tanto, Se enteró así de lo inevitable. Su padre lo había perdido todo: las tierras, la comodidad, el prestigio… todo se había desvanecido como humo de cigarros. Ahora vivía con una mujer extranjera a quien todos llamaban "la gringa", una buena mujer que, pese a la precariedad lo había recibido en su humilde casa y vivían juntos.

CAPITULO XIV

Camino a la Felicidad

Alberto dejó la pensión en la que había vivido durante casi cuatro años, no fue fácil porque a pesar de todo ese lugar la había dado cierta estabilidad en medio de todos sus caos. Pero el desorden, las llegadas fuera de horario, de tantas fiestas y copas, creó roces inevitables con otros inquilinos y la dueña de la pensión.

Un compañero de trabajo le habló de unas piezas individuales y separadas que se arrendaban en un barrio de Cerro Alegre, una casa de madera, amplia, bien cuidada y con grandes ventanales hacia el mar, que pertenecía a un caballero no muy sociable, pero buena persona porque hecho muchas cosas importantes por la gente más necesitada del barrio. Aquel dato llegó como una luz a Alberto y fue a ver el lugar sin pensarlo demasiado, aceptó.

La casa tenía alma familiar, con corredores largos y un jardín lateral lleno de hortensias y rosas de todos colores, con un silencio y una limpieza casi exagerada, le hizo recordar su propio hogar ya perdido.

El arriendo lo tomó con pensión, es decir con almuerzo incluido, ya que la señora de la casa, doña Carmen, cocinaba como los dioses. Los aromas salían desde temprano por las ventanas: pan amasado, cazuelas humeantes, porotos con riendas y postres dulces, que le hacían evocar su infancia.

Los almuerzos se servían de acuerdo a los turnos de la fábrica; a veces en el enorme y cómodo comedor de la casa y otras veces en las típicas viandas enlozadas, que por lo general dueñas de casas o unos muchachos delgados y ágiles, bajaban corriendo por los cerros con esas viandas muy calientes, atentos siempre al silbato de la fábrica indicando el inicio de la hora de colación.

Fue en esa misma casa donde Alberto conoció a Cristina, la hija del medio de los tres retoños de don Andrés y Sra. Carmen. Las

otras hermanas se llamaban Ruth y Ana. Ruth estaba de novia con un marino que trabajaba en Talcahuano y estaba pronta a irse. Mientras que Ana la menor era todavía una adolescente de 12 años. Las tres hermanas eran muy hermosas. De piel y ojos claros, delgadas y altas de acuerdo a la edad.

Desde el primer momento quedó encandilado con la belleza de Cristina, un cabello largo, rubio, ondulado, de facciones finas, relativamente alta y delgada. Una muchacha con un aire distinguido, serena, una sonrisa que no apuraba y unos ojos celestes que parecían saber más de lo que decía.

Las miradas comenzaron a cruzarse, luego vinieron las intenciones, los saludos más largos, las eternas conversaciones en la cocina o en el jardín, los dulces que él le traía con mucho esmero. Cristina, aunque más reservada, no le era indiferente, le respondía con una tímida complicidad, que se fue transformando en ternura.

Comenzaron las invitaciones: Pasear por la plaza del pueblo, en donde saludaban a los conocidos del barrio y se sentaban en un banco, siempre en lugares visibles o a una fuente de soda del centro o salones de té donde se podía invitar a una señorita a un helado o un refresco. Paseos a la playa o mirador de Bellavista con el mar como escenario de muchas confidencias. Pero la actividad preferida, era ir al cine de Tomé.

El teatro o cine de Tomé, en aquella época, era un importante espacio público llamado Teatro Municipal, que servía como cine y cultura local. Ofrecía películas nacionales y extranjeras principalmente mexicanas. Operaba como un espacio central para la comunidad tomecina.

Su estructura era típica de teatro de provincia: una platea con butacas de madera tapizadas y de asientos que se plegaban hacia adelante y hacia atrás, con un piso levemente inclinado, para asegurar una buena vista. Las paredes interiores eras lisas y el piso era de tablas de madera brillante.

La proyección se hacía desde una sala del segundo piso, equipada con una máquina original de cine y con un sistema de rieles para desplegar manualmente la pantalla y las oscuras cortinas que la cubrían. Las ventanas apuntaban hacia un patio externo o

calle lateral. Tenía vidrios altos que se cerraban para mantener la oscuridad durante las funciones.

Sobre la platea se elevaba una galería o balcón reducido y accesible por una escalera lateral. Era ideal para quienes buscaban un asiento más económico sobre todo cuando iban familias completas o simplemente preferían estar más alejados del escenario o el proyector. Se proyectaban películas mexicanas con estrellas como María Félix y Pedro Infante.

Ingresaron al teatro con los boletos en la mano. En la entrada, un enorme letrero que indicaba: ”Hoy “Un día de vida”. Era un melodrama de la época de oro del cine mexicano, estrenado en Latinoamérica. Alberto y Cristina, estaban muy bien vestidos, como mucha gente en el pueblo, que acostumbraba a vestirse con trajes del buen género, de las fábricas locales.

Cristina con un sencillo pero hermoso vestido de estampado floral y Alerto con un traje gris y corbata clara. Ambos eran muy bien parecidos y hacían una linda pareja. El murmullo de la gente llenaba el espacio iluminado por una lámpara central, el aire olía a partículas de polvo antiguo, humo de carbón y una mezcla de perfumes dulces y mentolados.

El cine encendió su máquina en el segundo piso y la gran cortina, se desplegó sobre el escenario. El telón blanco, apareció entre las sombras. Al comenzar la película Cristina apoyó su cabeza en el hombro de Alberto, y él la abrazó con ternura. Cuando apareció en la pantalla, una mujer llorando en silencio mientras sostiene una carta, Cristina exhaló un profundo suspiro, Alberto le acarició la mano.

En ese momento entendieron que no sólo estaban viendo una historia en pantalla, sino que se veían reflejados: frágiles y esperanzados, mirando un mundo que aún quería derramar belleza sobre ellos.

Y así fue como el cine se convirtió en una de sus distracciones preferidas. Disfrutaban de películas de Cantinflas, Laurel y Hardy (el gordo y el flaco), Abbott y Costello y sobre todo algunas películas que aún se exhibían de Charles Chaplin.

Pero lo que más les divertía, era cuando se cortaba la película desde el cinematógrafo. Inmediatamente, los hombres de la galería comenzaban a silbar y gritar: —¡ Ehh cojooi¡ — dale cojo, apúrate cojoi, yap cojo devuelve la platai

En realidad, el operador de proyección no era precisamente cojo, sólo se trataba de una costumbre popular. Se cuenta que cuando comenzó el cine en Chile por el año 1896 en el Teatro Unión Central de Santiago, se proyectaban películas de los Lumiere, con una llegada del tren y la salida de los obreros de una fábrica. El popular proyectista de esa época era cojo y casi siempre se le cortaban las películas. De pronto el público comenzó a gritarle de esa forma, hasta que se volvió un hábito popular y chistoso. Esto se esparció por todo Chile y no importaba donde ni cuando, pero siempre le gritaban "cojo", lo que Cristina y Alberto disfrutaban de buena gana.

Al año, ya nadie se sorprendió cuando anunciaron su compromiso. No fue una decisión impetuosa pero sí inevitable. La Sra. Carmen y don Andrés, no estaban del todo contentos. Quizás esperaban otro destino para su hija, uno menos incierto, menos ligado a un joven forastero, pero lo aceptaron. Alberto era un joven respetuoso y de buen apellido, aunque no tenía fortuna, poseía modales y educación que en esa época era poco común.

Los preparativos de la boda comenzaron con la sencillez de la época. Como gesto de buena voluntad, don Andrés les ofreció una de las habitaciones, para que una vez casados, se instalaran allí. Era amplia y un pequeño balcón que daba hacia el cerro y hacia el mar.

El matrimonio se celebró en la misma casona de los padres de Cristina, con una mesa larga, bien servida en el comedor principal, pero si con mucho gusto y elegancia. En la entrada principal, recibía a los invitados una rama de eucalipto con rosas pequeñas de color rosado suave. El salón principal tipo galería larga, adornos en jarrones o floreros grandes con claveles y jazmines.

Las mesas cubiertas de manteles color marfil, con unos encajes bordados hechos finamente a mano. Las sillas cubiertas de telas claras con lazos de satén. La loza brillaba, blanca con bordes dorados y con motivos florales de pequeñas violetas. El cubierto se veía esplendoroso. Las copas eran algunas de cristal y otras de vidrio

tallado con formas delgadas y elegantes: de vino tinto, otra de vino blanco, de champaña, que tenía una forma más pulida, copas de agua que eran vasos de vidrio tallado y de licor que eran más pequeñas y gruesas.

No fueron muchos los invitados, unos pocos amigos y familiares, pero la mesa rebosaba de comida casera, vinos finos de la zona y dulces que la Sra. Carmen preparó con esmero. La comida, fue la típica para esos eventos: entrada: ensalada rusa, plato principal: carne al jugo con arroz o papas doradas, postre y la torta de matrimonio de dos pisos, hecha de biscocho con manjar, nuez y merengue, y arriba un adorno de una pareja de matrimonio. Café o té para los mayores.

Las bebidas: vino tinto, vino blanco, ponche de duraznos, cerveza y gaseosas como Bilz, Pap y Orange Crush. La música sonaba suave de boleros de Lucho Gatica, Los Panchos y en momentos no faltaba quien tocaba la guitarra. Más tarde bailaron Vals y algunas cuecas.

Todo tenía un aire íntimo y cálido, algo simple pero elegante, como eran las cosas cuando se hacían de corazón. Para Alberto fue una alegría honda, ver llegar después de tantos años a su hermana Elena junto a su esposo Fernando, desde el sur y a su hermano Gregorio con su esposa Eliana, a quien no conocía. Hacía más de seis años que no los veía. El reencuentro fue emotivo con abrazos largos, palabras contenidas y una nostalgia en los ojos. Habían crecido juntos pero el destino les había apartado tanto. Ese día entre brindis y risas, Alberto sintió que la vida le regalaba una pausa, un respiro. Como si por fin, algo en su interior encontraba un poco de paz.

Los primeros meses de matrimonio fueron dulces, luminosos como una larga estación de primavera. Alberto y Cristina, parecían hecho el uno para el otro. Se buscaban, se reían por cualquier cosa, compartían las rutinas del hogar, ayudaban a la Sra. Carmen en las compras y otros quehaceres.

Desayunaban junto al pequeño balcón, salían a pasear, en las tardes por la playa, jugaban dando vueltas la tornamesa que estaba frente a la playa, que era una especie de línea con ruedas, para dar vueltas el sentido de las máquinas del ferrocarril. Conversaban

largamente antes de ir a dormir a los pies de un bracero y un mate al que agregaban "malicia"; una pequeñísima cantidad de agua ardiente y esa habitación cedida por don Andrés, era como su mundo propio.

CAPITULO XV

El Nacimiento de Alonso

Fue cuando Cristina en una mañana, anunció que esperaba un bebé, para que la felicidad alcanzara su punto más alto. Su alegría fue sublime, un temblor de emociones para Alberto y para todos los rincones de la casa. Cristina emocionada no podía hablar, Alberto casi incrédulo la abrazaba y la levantaba en sus brazos, como si no quisiera soltarla jamás.

— ¿De verdad? — le dijo con los ojos llorosos y la voz temblorosa — ¿De verdad vamos a tener un hijo? —

Por primera vez desde niño, Alberto sintió que el destino le devolvía algo. Que después de tanta soledad, tenía una esposa, la compañera que tanto había anhelado.

Don Andrés recibió la noticia con serenidad, pero en el fondo estaba emocionado. La señora Carmen, se desbordó en cuidados y atenciones hacia su hija. La casa entera parecía haberse cubierto de una luz nueva.

Cristina comenzó a preparar todo con delicadeza meses y semanas antes de la fecha esperada. Alberto cada tarde bajaba con Cristina a ver y buscar lo que faltara para la llegada del bebé.

Compraron primero un moisés de mimbre, con cortinas de batista y un lazo amarillo en la cabecera.

Tres mantas de lana y una puntilla, tejidas a mano por su abuela.

Paquetes de pañales de género marca "Bambino". Porque eran los mejores y más suaves.

Un día se fueron directamente a una tienda de ropa para niños en Concepción y Cristina eligió con cuidado los primeros conjuntos: camisita de algodón con cuellito bordado, baberos y trajecitos completos de algodón llamados "piluchitos," un par de zapatitos blancos de cuero tipo badana.

En una canasta sobre la cómoda del dormitorio un jabón hipoalergénico, aceite de almendras dulces, talco y colonia sin alcohol. Él había encargado una cuna de madera a un carpintero del barrio, pero le pidió que esperara hasta saber el nombre, para que lo tallara en el respaldo. Mientras la habitación fue pintada de un color crema claro, con cortinas nuevas que Cristina cosió en la máquina de coser "Singer" de su madre. En el rincón sobre una repisa, puso una pequeña imagen del Niño Dios, que le regaló su hermana Ruth.

Cristina, aunque cada vez más redonda, irradiaba calma y alegría. Él la cuidaba con esmero, la llenaba de atenciones, caricias y palabras dulces que le salían del alma. Algunos días le llevaba un ramito de flores o atenderle con algún antojo que salía a buscar entre cerros y panaderías.

Así una tibia noche de abril, fue a nacer su hijo. El aire olía a sal y eucaliptus. Cristina con su vientre tenso y labios apretados, fue llevada a un policlínico en Bellavista, una construcción sencilla pero firme y bien cuidada, pintada de color blanco con techos altos y ventanas que dejaban pasar la luz cuando llegaba el alba. Ésta había sido habilitada por la administración de la fábrica Bellavista-Tomé, para atender a las esposas de los empleados, con una pequeña, pero muy buena sala de partos, una enfermera de voz suave y una matrona que ya conocía bien a Cristina.

Alberto la acompañó hasta la entrada, no podía pasar más allá, se quedó afuera, nervioso caminando de aquí para allá, se fumó uno y otro cigarrillo, hasta que una enfermera sale a avisarle que vuelva un par de horas más, porque todavía no había suficiente dilatación.

Se devolvió a hacia la casa. Todos le preguntaron: — ¿nació, que fue? ¿Hombre o mujer? Toda esta situación lo ponía más nervioso aún y se acordó que en un baúl tenía una botella de vino, que le había sobrado de una junta con sus compañeros. Al salir nuevamente, la guardó entre su abrigo y bajó directamente a la playa.

Justo en frente se encontró con unos carros de carga estacionados en el segundo o tercer carril de las líneas ferroviarias. Ante la incertidumbre, de no saber cuántos viajes iba a realizar, que escondió la botella, en algún recoveco de uno de los carros y

continuó caminando. Al llegar al policlínico, presintió que algo había cambiado

La enfermera le dijo lo típico: —Felicitaciones, es padre de un hermoso hombrecito—

Por un instante, el murmullo de las enfermeras desapareció, incluso el mar, tan cercano, pareció guardar silencio. Le autorizaron unos minutos para entrar y ahí estaba Cristina, pálida pero hermosa, cansada pero feliz. En brazos y envuelto en una manta celeste, dormía su hijo. Se acercó y lo tocó con manos temblorosas. La piel del niño era caliente, frágil y suave.

Era una alegría demasiado grande, para caber un su cuerpo y dijo:

—No sé cómo hacer, para ser un papá, pero voy a aprender—.

Cristina sonrió, cerró los ojos y apoyó su cabeza en la almohada, se notaba muy cansada. Pronto llegó otra enfermera y exclamó:

—Ya caballero, tiene que irse porque ya es tarde y la madre y su hijito tienen que descansar— Alberto concedió con su cabeza y se retiró del lugar.

Las calles estaban vacías, era la una de la madrugada. Ni un alma, ni un perro siquiera, y la mañana avanzaba callada, fría envuelta en una niebla suave sobre Tomé. Sólo se escuchaba el murmullo del mar y el crujido de la gravilla bajo sus zapatos. De repente entre la niebla ya casi al llegar al sector de los vagones, vio una figura de un hombre que le sonreía.

Al acercarse se dio cuenta quien era. No lo podía creer, era Anselmo, un amigo de la infancia, el mismo de las tardes de volantines, de las travesuras al carnicero y al auto y todas esas bromas pesadas que se les ocurría en medio del aburrimiento. Vestía como siempre con un abrigo oscuro y esa sonrisa viva que no había cambiado con los años.

—Anselmoi ¿Qué haces aquí a esta hora?

—Vine a visitar a un amigo— dijo escogiéndose de hombros, como quitándole importancia. Se abrazaron fuertemente.

— Alberto dijo: —mira, estoy solo pero estoy feliz de haberme encontrado contigo, porque me ha pasado lo mejor que le puede

suceder a un hombre, ¡fui papá, sí, de un hermoso niño, que se llamará Alonso! —

Anselmo respondió: — ¿En serio? ¡qué maravilla hombre, esto hay que celebrarlo!

Entonces, Alberto recordó la botella de vino escondida en el vagón. Juntos se sentaron en la playa y bebieron compartiéndola como dos hermanos. Recordaron la infancia, el pueblo, las travesuras, muchas veces desatinadas, los problemas que a veces habían causado. Se reían y disfrutaban reviviendo el pasado. Brindaron y brindaron hasta finalizar el vino, por el pasado, por el presente y por el nacimiento de Alonso. Alberto estaba tan eufórico, que no le hizo más preguntas, y él tampoco intentó detallar su estadía en Tomé.

Hacía frío y ya estaba amaneciendo. Se despidieron con otro enorme y más fuerte de los abrazos y Anselmo se perdió entre la neblina matinal, sin mirar atrás.

Cuando llegó a casa, extasiado de una felicidad que no podía describir. La familia que estaba esperando noticias, se emocionaron y se abrazaron mutuamente.

Cuando dieron de alta a Cristina, la fue a buscar y Alberto lo cargó entre sus brazos, como si sostuviera un futuro entero. No podía hablar, sólo miraba a su hijo y observaba con más amor que nunca a su mujer. Ella había cumplido ese milagro para él. Le había regalado un hijo, le había obsequiado lo que él había perdido, una verdadera familia.

Mientras en la fábrica el ambiente se volvía incierto, con rumores inquietantes, menos producción debido a las nuevas políticas económicas, productos importados y el aumento de la competencia con maquinarias más modernas. Vendría nuevamente una reducción de personal. Pero la personalidad de Alberto era, trabajar tranquilamente sin involucrarse en situaciones conflictivas.

Pasaron algunos meses y un día se cruzó casualmente, con un conocido desde su infancia, y que venía de Traiguén, justamente a comprar telas. Tuvo una conversación casual y Don Octavio, le contó algo que no podía creer. Anselmo Ahumada, su amigo, el mismo que había estado con él la noche del nacimiento de su hijo, sólo unos

días atrás, había fallecido hacía más de dos años. Alberto no respondió; sintió escalofríos, no por miedo, era otra cosa. Comprendió entonces que esa noche su amigo, lo había venido a acompañar, para estar con él desde el más allá. Justamente, cuando más lo necesitaba, como en la infancia, como siempre.

Los primeros años junto a Cristina y Alonso fueron sin duda, los más felices en la vida de Alberto. Vivían con cierta sencillez, pero nada faltaba en casa. El hogar rebosaba de risas, amor y ternura. Cada gesto cotidiano se convertía en un verdadero rito: la comida compartida, los paseos de domingo, las canciones de cuna que Cristina y su abuela Carmen cantaban al niño. Alberto miraba a su esposa como si no pudiera creer tanta dicha.

Quería a su hijo con un amor hondo y puro. Lo cuidaba con dedicación, lo llevaba en brazos por las calles del barrio orgulloso, como si quisiera mostrarle al mundo que por fin tenía algo suyo. Pero lo que más llamaba la atención de quienes lo conocían— y lo que incluso más de alguna broma o envidia causaba— era la adoración que sentía por su "Cristin", como él le llamaba coloquialmente. Mencionaba su nombre, con una suavidad que lo delataba.

La miraba con una mezcla de respeto, deseo y gratitud, como si no pudiera creer que esa dulce mujer, serena y hermosa, lo hubiera elegido a él. Cada cosa que ella hacía, tejer, servir el té, hablar bajito, era para él una verdadera escena sagrada. Le bastaba oír sus pasos, para que se iluminara su rostro. Verdaderamente la idolatraba, con un amor que iba más allá del tiempo y las costumbres de la época. Aunque Alonso era el centro de su ternura, Cristina era el corazón de su vida.

Los días en casa transcurrían en armonía, especialmente, cuando aparecía en escena Alonso, la alegría del hogar, también adorado por sus abuelos maternos. Cristina se ocupaba de la casa con delicadeza, le gustaba cocinar, coser, tejer para él y para Alonso, que ya empezaba a balbucear sus primeras palabras. La señora Carmen y don Andrés, aunque un poco reservados al comienzo, no pudieron rendirse al encanto de su hermoso nieto.

Por las tardes, si el clima lo permitía, salían los tres a caminar por las calles empedradas del cerro, o a la costanera bordeado la playa, o a la hermosa plaza de Tomé. Cristina empujaba el cochecito, Alberto cargaba una bolsita con frutas y pancitos recién comprados. La gente que pasaba iban atentos a los rulitos dorados de Alonso brillando al sol. Los vecinos los saludaban con respeto y una sonrisa amable. Se veían tan felices.

Algunas noches cuando la casa guardaba silencio, Alberto se quedaba un rato despierto, sólo para ver dormir a su esposa, contemplándola con un amor casi inusual. A veces, tomaba una de sus manos y pensaba en todo lo que había sucedido para llegar a ese instante: la muerte de su madre, la dureza de su infancia frustrada, la situación de menoscabo con Mariana, los años solitarios y hasta recordó con tristeza a Pimienta y a Hércules, los que consideraba también una dolorosa pérdida. Sin embargo, ahí estaba con su mujer al lado, su hijo durmiendo y la certeza de que por fin era feliz.

Nada parecía interrumpir esa paz. Ni siquiera las dificultades laborales que se iban asomando de vez en cuando. Mientras estuviera con su mujer, todo era posible. No necesitaba más que eso: la risa de Cristina, los ojos de su hijo y ese calor de hogar que habían construido con amor y esperanza

Así han pasado tres años de felicidad plena. Alonso crecía sano y alegre cada día parecía una nueva bendición. Alberto seguía trabajando, aunque las cosas en la fábrica no eran estables y el sindicato estaba en conflicto con la administración, pero el calor de hogar, lo mantenía firme. Cristina seguía siendo el centro de su vida, la mujer a la que Alberto seguía admirando, con la misma devoción del primer día.

CAPITULO XVI

La Desolación

Pero poco a poco una luz comenzó a apagarse. Cristina comenzó a quejarse de dolores abdominales. Al principio leves, que ella disimulaba con una sonrisa y una frase: —Debe ser algo que comí, ya se me va a pasar, me voy a tomar una agüita de yerbas naturales—.

Pero los dolores a poco andar, se volvieron más fuertes e intensos. Ya no estaba durmiendo bien, se ponía de costado, de frente y hubo días que no podía levantarse y su rosto se mostraba contraído del dolor.

Toda la familia preocupada, en especial Alberto quien la llevó a varios doctores. En aquella época existían pocos especialistas y los adelantos médicos o quizás no eran suficientes, como para saber las razones de su dolencia, pero le hicieron exámenes, análisis y radiografías. Nadie supo decir con certeza que tenía. Los diagnósticos eran vagos y las respuestas esquivas.

—podría ser algo digestivo… o nervioso— decían. Mientras tanto Cristina seguía adelgazando y sus hermosos ojos antes vivos, empezaron a mostrar un brillo distinto, una sombra, que Alberto no quería ver.

La casa seguía en pie, Alonso cuidado más por su abuela que por su madre, correteaba como siempre, pero algo invisible comenzaba a instalarse entre ellos, un silencio diferente, un miedo que no tenía nombre.

Pasaron los meses y Alberto se convirtió su sombra fiel. La cuidaba con una entrega inusual, casi devota. Fueron de médico en médico, vieron tratamientos, infusiones, rezos y cuidados, pero nada lograba frenar ese deterioro lento y cruel.

La enfermedad avanzaba como un río oscuro y aunque nadie se atrevía a nombrarla, todos habían deducido que era ese mal, del que pocos volvían. Estuvo bastante grave en el hospital más cercano,

pero al mejorar un poco, los médicos conversaron con la familia, para que ella se fuera a descansar en casa.

Alberto seguía con sus cuidados: la bañaba con delicadeza, la vestía con sus manos temblorosas de pena y cuando el aire marino parecía tibio, la alzaba en sus brazos y la llevaba a ese pequeño balcón, donde habían compartido tanta felicidad, para que sintiera la brisa marina en el rostro.

— La sientes amor, es la brisa, el mar sigue aquí, como siempre—

Ella lo miraba en silencio con una ternura de quien ama incluso en el adiós. A su lado, sin entender el por qué su madre ya no lo tomaba en brazos, el pequeño Alonso jugaba con conchitas y piedritas de colores.

Siguieron pasando los días y meses y ella simplemente no mejoraba. Todos en casa sus hermanas y padres sabían interiormente lo que iba a suceder. Alberto era el único que se negaba rotundamente.

—No, ella se va a mejorar, yo sé que sí. De a poquito, pero se recuperará— decía ante la triste mirada de los demás.

Una madrugada, cuando la casa dormía y el mar callaba, Cristina simplemente dejó de respirar. Alberto estaba allí, como muchas noches sin dormir, sentado junto a su cama, con su mano entre las suyas. Fue sólo un suspiro profundo y tranquilo, que se apagó como la última llama de una vela.

Alberto al darse cuenta dio un grito desgarrador— Noooooooo Noooooooo Mi Cristinita no.iiii—

Acudieron rápidamente sus suegros y sucumbieron ante esa escena, en llanto insostenible. Así comenzó otro largo invierno para Alberto

El dolor de Alberto era indescriptible, era una herida abierta que volvía a sangrar y sangrar, que le cruzaba el pecho entero. Había perdido a Cristina, su gran amor, su compañera, con la que se había proyectado por toda la vida y la madre de su hijo.

Todo lo que hasta ahora en la casa era cálido, ahora estaba cubierto por una bruma gris. Cada rincón le recordaba algo: la risa de ella en la cocina, su suave perfume que aún flotaba entre las sábanas, las peinetas de su largo pelo rubio en el velador. Lo peor

de todo el silencio, ese silencio insoportable que ni el murmullo del mar, lograba suavizar. Todo hablaba de Cristina, y todo dolía.

Alonso con apenas tres años no comprendía la magnitud de la ausencia de su madre. Preguntaba por ella con la inocencia de los niños, con su carita de esperanza, que se lograba divisar debajo de sus rulos color oro:

— ¿Mamá está durmiendo todavía?—

Su padre, muchas veces no podía responder, sólo lo abrazaba contra su pecho. Era lo único que lo mantenía de pie.

Una semana después del apesadumbrado velorio, ocurrió otra situación que vendría a marcar profundamente el destino, ya abrumado de Alberto. Lo sospechado desde algún tiempo llegó.

La administración de la fábrica, debido a las constantes bajas de producción y quizás molesta, con las últimas negociaciones con el sindicato, decidió hacer una importante reducción de personal, en la que estaba incluido él. Al salir, se quedó parado frente a la puerta de la oficina, con la carta de despido temblando entre los dedos.

Esa tarde regresó a casa sin decir lo ocurrido. Después de cenar se acercó a la cuna de Alonso. Lo observó por momentos: sus labios entreabiertos, sus rizos despeinados, aferrado a un osito de felpa. Se arrodilló junto a la cuna y golpeó el suelo con los puños una y otra vez y susurraba:

—¿por qué, por qué? —

Fue ahí cuando el niño despertó algo sobresaltado. —papito— dijo.

Alberto lo levantó entre sus brazos y lo apretó fuerte, muy fuerte, con un abrazo desesperado entre sollozos, ahogado.

Fue entonces que entendió: — No puedo seguir viviendo aquí.

La decisión no había sido rápida, pero fue brutal y lo estaba pensando desde que su amada había fallecido. Simplemente no podía más. Sin Cristina la vida ya no tenía sentido. Todo lo que amaba lo perdía: su madre, su abuela, Mariana y ahora a su esposa No estaba listo para otra pérdida. Volvió a abrazar fuertemente a Alonso, lo dejó en su cuna, esperó que se durmiera y le dijo:

—Adiós hijo mío, vas a estar bien, perdóname, pero no puedo más—

Esa misma noche preparó su vieja maleta de cuero, con la que había llegado unos años atrás a Tomé. Esa vieja maleta, testigo de sus sueños, de sus inicios, de su trabajo, del amor. La maleta, se iba vacía igual que él.

La mañana siguiente, sin que nadie lo viera, salió de la casa, para no volver nunca más. Se fue caminando despacio sin mirar atrás y con el alma hecha trizas. Sus pasos lo llevaron a la estación trenes. Se sentó en el banco de madera a esperar próximo tren, mientras los recuerdos lo aplastaban como piedras sobre el pecho.

Subió al vagón y el mundo comenzó a alejarse, no importaba el destino. Recordó el mar, la plaza, las calles húmedas de Tomé, el pequeño balcón donde alzaba a Cristina para que disfrutara de la brisa marina y las sirenas de los barcos en el muelle. Todo iba quedando atrás, un destino incierto, sin ningún lugar y sin ninguna promesa.

Se ubicó junto a la ventana, apoyó la frente en el vidro frío y lloró. El llanto era verdadero y corría por sus mejillas, mudo, de adulto, sin gritos, pero tan profundo, que parecía arrancarle la respiración. Las lágrimas bajaban solas, trazando surcos de sal, sobre un rostro endurecido por el dolor, mientras el tren avanzaba.

CAPITULO XVII

La Capital de Chile

Después de llegar a la ciudad de Concepción, en esa misma estación, subió al siguiente tren que parecía esperarlo, un trasbordo que lo llevaría a Santiago, la Capital de Chile.

El tren avanzaba como si supiera que cada kilómetro, lo alejaría de su pasado. A su llegada, descendió del tren con pasos lentos, mirando alrededor, sin buscar a nadie en particular: nadie sabía y nadie lo esperaba. Al llegar a la Estación Central, notó que el aire capitalino era mas denso, la gente no se miraba, no saludada, corría y él no estaba acostumbrado a ello. Había llegado a la ciudad para empezar de nuevo, pero no sabía por dónde comenzar, cuando todo lo que amaba había quedado atrás.

Apenas cruzó la salida de la Estación se sintió abrumado, Santiago era otra cosa, otra velocidad, otros ruidos y otro aire. Estas calles eran muy distintas a las de sus pueblos. Aquí el suelo no era de tierra ni de ripio, sino de adoquines y losetas de piedra gastadas. Algunas avenidas ya estaban siendo pavimentadas con asfalto oscuro y liso, especialmente la Almeda, que se extendía ancha y recta, la columna vertebral de la ciudad.

Como buen lector de libros y periódicos, poseía una cultura poco usual para la época y, observaba detalladamente, recordaba y relacionaba con todo lo que veían sus ojos. En tiempos coloniales esta avenida se conocía como la "Cañada" y a lo largo del siglo XIX, fue hermoseada con árboles, canales y paseos peatonales. Apreciaba que todavía, año 1955, conservaba una identidad con largas hileras de álamos y olmos por ambos lados del bandejón central. Estos árboles eran parte esencial del paisaje urbano, proporcionando sombra y frescura. Le impresionó el murmullo de las hojas provocadas por el viento, en contraste con el ruido de los tranvías y el movimiento de la ciudad.

Las calles hervían de actividades, los tranvías rechinaban al doblar por sus rieles, brillando como cintas de acero bajo el sol. Algunos trolebuses eléctricos, avanzaban silenciosos, parecidos a insectos verdes, con sus varillas extendidas hacia los cables. Algunos autos circulaban en fila, no muchos, pero lo suficiente para levantar un humo espeso que le irritaba sus ojos. La mayoría eran Chevrolet, Ford o Dodge, de líneas redondeadas y en colores opacos como negro, plomo, verde oscuro y burdeos.

El pavimento caliente y la luz del medio día, se reflejaba en su rostro y las veredas estaban llenas de gente. Las mujeres caminaban con paso firme con faldas tipo tubo, hasta la pantorrilla, chaquetas muy entalladas, sombreros pequeños, guantes y peinados altos. Algunas llevaban carteras colgando de su antebrazo y otras empujaban cochecitos de niños. Los hombres en su mayoría con trajes y corbata, sombrero y zapatos muy lustrados. Parecían siempre ir a algún lugar importante. Los más humildes llevaban chaquetas de tela gruesa o chalecos tejidos a mano, que dejaba ver un cuello de camisa almidonado.

Veía que ciudad era una mezcla de modernidad y pasado, en un equilibrio que parecía a punto de romperse. Las vitrinas de las tiendas eran otro mundo: trajes, radios, máquinas de escribir, relojes. En las esquinas, pequeños pregoneros, que vendían periódicos doblados, gritando las portadas a viva voz, llenando el ambiente: " ¡Ultimas noticias! ¡Aumenta el costo de la vida!

¡Crisis del salitre!"

Los edificios eran altos, al menos para quien venía de provincia por primera vez, como él. De dos y tres pisos, con balcones de fierro forjado, techos de tejas o terrazas planas. En pleno centro, observaba algunas construcciones más modernas de cemento y vidro, que comenzaban a asomar entre fachadas coloniales y murales con afiches políticos o carteles de teatro.

Pero lo que más le llamó la atención eran los tranvías. Estos carritos recorrían las principales calles, como si fueran los verdaderos dueños de la ciudad. De color verde oscuro, con líneas crema o beige en los bordes. Eran largos y angostos, con ventanillas amplias y persianas de madera o cortinas. Se desplazaban sobre

rieles incrustados en las calles. Al avanzar hacían un traquetero metálico, rítmico y constante. El sonido de su paso se mezclaba con el campanilleo, que emitían para advertir su llegada: itilín – tilín!. Tenía puertas corredizas y un cobrador caminaba entre los asientos, recogiendo el dinero, con una caja metálica colgada al pecho.

A veces se subían cantores populares o vendedores de maní tostado. En las horas punta, iban repletos, con hombres colgados de los pasamanos exteriores, con los sombreros ladeados que ya se volaban y con maletines entre sus rodillas. En su interior, los asientos eran de madera barnizada, puestos en dos filas enfrentadas. No eran cómodos, pero resistían el paso del tiempo.

Imaginaba que en invierno, se sentiría el viento colarse por las rendijas de las ventanas y que en verano, el calor quedaría atrapado, probablemente con una mezcla de olores a ropa, comida y humanidad.

Había una especie de respeto natural hacia el tranvía. Todos sabían sus rutas, sus paraderos, sus horarios. Iban a barrios como San Pablo, San Diego, Ñuñoa, Recoleta, Parque Cousiño: así que, para Alberto que apenas podía orientarse en una ciudad tan viva, esos rieles le parecieron un mapa seguro al que aferrarse. Verlos moverse con tanta precisión, cruzando calles, le hacía sentir que el menos esto, seguía un orden, aunque aún estaba completamente perdido en la ciudad.

Junto a su eterna compañera, su maleta, comenzó a caminar por las calles del barrio Estación. No sabía dónde ir, pero lo que sí sabía es que su hermano trabajaba en la Policía de Investigaciones. Luego lo buscaría porque por ahora necesitaba un lugar donde dormir. Tenía algo de dinero, le habían pagado una indemnización por los años de trabajo en la fábrica, pero quería ser cauto, ya que no sabía cuánto tiempo iba a estar en esa situación.

Pasó por varias casas con letreros colgados en las ventanas o rejas:" Pensión por día, o mes", "Piezas para caballeros solos". Algunas se veían dignas, otras no tanto. Finalmente se decidió a entrar a una casa, y una señora viuda de acento fuerte y ojos desconfiados, le preguntó de todo y finalmente le pidió el carnet de identidad. Le cedió una pieza para caballeros solos en el segundo

piso, con cama de fierro y ventana a la calle y compartiría el baño con tres más.

Pagó una semana y se sentó al borde de la cama. Miró la habitación: una mesa pequeña que podía servir también de velador, una silla coja, un crucifijo sobre la pared. Por el momento le bastaba, hasta encontrar a su hermano Gregorio. Mañana iría a la Escuela de Investigaciones para solicitar información.

La Escuela de Investigaciones de Chile, estaba ubicada en la calle General Mackenna, una institución moderna y estricta. Su formación combinaba lo teórico con lo práctico y quienes ingresaban, normalmente jóvenes, con educación completa y buena conducta, pasaban por un riguroso proceso de selección.

Gregorio, como todos los aspirantes a detective, había recibido instrucción de derecho penal, procedimientos judiciales, dactiloscopía, criminalística, fórmulas de interrogatorio, redacción de informes y ética profesional.

Su hermano, al que tanto admiraba, se había entrenado en defensa personal, uso de armas de fuego y técnicas de seguimiento. Disciplina, casi como un régimen militar, con horarios estrictos, formación matinal, riguroso control de asistencia y conducta. Gregorio había sido uno de los mejores egresados de su promoción en el año 1945. Ser detective no era un oficio cualquiera, era símbolo de respeto y autoridad.

A diez años de entrar a la institución, ya destacado, le habían asignado un cargo que le permitía una vida relativamente holgada. Se había casado con la hija de un jefe superior de Investigaciones.

Alberto tenía la esperanza que le diera albergue por un tiempo, mientras encontraba trabajo. Al día siguiente, apenas clareó, se levantó decidido. Preguntó cómo llegar a la Escuela de Investigaciones y con las indicaciones anotadas en un papel arrugado, tomó un tranvía hasta el centro de la ciudad.

Subió al carro con cierto temor, era su primer viaje y había escuchado muchas veces y soñado alguna vez conocerlos y vivir esa experiencia. Pagó al cobrador que llevaba colgada su caja de metal, con compartimentos para las monedas y se ubicó junto a la ventana en un asiento de madera pulida, que crujía al moverse.

El tranvía avanzó con el típico traqueteo rítmico y cada cuce con otro carro, le provocaba un pequeño temblor, le parecía que la ciudad hablaba a través de los rieles. Por la ventana observaba todo: mujeres con sombreros, niños con bolsones de cuero, hombres leyendo el diario con el ceño fruncido. A medida que avanzaban, una brisa fría le acariciaba el rostro, lo que disfrutó por unos minutos.

Comenzó a recordar que habían pasado años desde la última vez que vio a su hermano. Fue el día de su matrimonio con Cristina, en Tomé. Desde entonces sólo algunas cartas sueltas y saludos esporádicos, nunca una conversación profunda que él tanto necesitaba.

Al llegar, mostró su cédula de identidad y lo hicieron esperar. En la recepción un joven funcionario con corbata apretada y le dijo con amabilidad formal— El Detective Gregorio Valdés Undurraga, está trabajando en la Brigada de Robos, pero hoy debería estar acá en la sede principal. Déjeme ver…— Alberto no podía creer lo que escuchaba había llegado en el momento justo.

Veinte minutos después, lo vio aparecer en el fondo del pasillo. Gregorio caminaba con paso firme, serio como si aún no lo conociera. Pero al acercarse sus ojos se suavizaron y sonrió de inmediato al verlo:

—Alberto, hermano—. Un gran apretón de manos y un breve abrazo, sincero, de esos que sostienen más que apretar.

Caminaron juntos por el corredor para llevarlo lentamente hacia una oficina de visitas.

— Supe lo de Cristina, lo lamento tanto, no pude ir a sus funerales. También, del nacimiento de tu hijo. ¿Alonso, cierto? ¡Debe estar grande ya! —

Alberto guardó silencio, no podía hablar y después de un profundo respiro dijo:

—Lo dejé con sus abuelos, yo no podía traerlo conmigo, y no sé qué hacer con él—. Gregorio le puso una mano en el hombro:

Bueno todo va a pasar hermano, la vida a veces es dura y ¿ahora dónde estás?

—Estoy en una pensión cerca de Estación Central—

—Ah que bien— y ¿Qué piensas hacer acá en Santiago? —

—Bueno, vengo a buscar trabajo. En lo que sea para empezar porque el dinero no me va a durar mucho tiempo—

Alberto estaba esperando un ofrecimiento de su hermano. Para él parecía lógico; que lo invitara a su casa. Esta no era una conversación cualquiera, era un grito ahogado de ayuda.

Después de conversar casi una hora, Alberto aprovechando unos segundos de silencio, se armó de valor para preguntar:

—Hermano mira… estaba pensando si tú, siempre que sea posible, me recibas en tu casa— No puedo seguir en una pensión porque no sé cuánto tiempo demoraré en encontrar un trabajo—.

Gregorio, levantó su cabeza sorprendido y por un momento permaneció callado. No era una mala persona, pero quizás le costaba entender a su hermano, aunque eran de la misma familia, pertenecían a mundos tan diferentes. Esa petición lo había tomado por sorpresa. Volvió a rascarse la cabeza, incómodo y dijo:

— Mira, te voy a ser muy honesto— yo vivo muy bien, cómodo y tranquilo, pero no es mi casa— Alberto lo miró tratando de no transparentar su pena y desilusión.

Gregorio continuó:

—Vivo con mi suegro en la comuna de Ñuñoa. Es un barrio residencial, bien ordenado. Él tiene una casa grande y nos instalamos ahí con mi señora, porque él además es viudo y Eliana no quiere dejarlo solo. Pero te prometo que voy hablar con mi suegro y mi esposa, para ver que se puede hacer—

Alberto bajó la mirada: —haz lo que tengas que hacer, no te preocupes, si se puede si no ya veré.

— Insinuó con esfuerzo una sonrisa y agregó:

—Menos mal que tengo pagada una semana en la pensión, de verdad, no quiero incomodarte—.

Gregorio lo miró con una mezcla de alivio y culpa. Se levantó y miró su reloj. Entonces Alberto se puso de pie y agregó:

— Bueno hermano— estirando su mano derecha. Gregorio le dio un abrazo golpeteando su espalda, y caminaron de regreso a la entrada. Alberto recuperó su Cédula de Identidad y salió del lugar.

Mientras caminaba tenía una sensación algo extraña. No era rabia era otra cosa, algo más hondo, más triste. Había llegado con la

esperanza callada pero firme de que su hermano lo recibiría feliz y con los brazos abiertos. Se habían criado juntos y lo conocía desde niño. Pero la vida, una vez más le mostraba que para él, nada era fácil. No culpaba a Gregorio, pero para su hermano todo había sido mucho más simple: tenía una carrera exitosa, formó una familia, vivía cómodo con normas claras y afectos tranquilos.

Él en cambio venía deshecho, con tristeza colgando sobre sus hombros y con una historia que nadie querría cargar. No sabía, pero mientras caminaba por esas frías y anchas calles de Santiago, sintió que una parte de él se hacía más dura. Algo de sus heridas volvieron a abrirse. No hallaba que hacer con su vida.

Antes de regresar a la pensión, pensó que no podía volver tan pronto a esa pieza fría con olor a encierro. Su cuerpo pedía descanso y se sentía como apaleado por dentro y por fuera.

Tomó un tranvía y al pasar por el Cerro Santa Lucía se bajó del carro. Siempre le había llamado la atención y tenía ganas de conocerlo personalmente.

Le fascinaba esa colina levantada en medio de la ciudad, con sus muros de piedra, barandas antiguas y un torreón, que parecía sacado de un cuento viejo. Entró despacio, subiendo las escaleras de piedra, a paso lento, de quien no tiene apuro ni destino.

A cada peldaño, la ciudad quedaba más abajo, y al llegar a una de las terrazas se detuvo. El aire era distinto, corría con suavidad entre los árboles, las hojas susurraban y desde lo alto se escuchaba cada vez menos el ruido.

En sus lecturas, sabía que estaba ubicado en el corazón de Santiago entre Alameda y la calle Merced, y tenía una altura aproximada de 69 metros y una superficie cerca de 65.000 metros cuadrados. Había sido conocido por los pueblos originaros con el nombre de Huelén, pero Pedro de Valdivia en el año 1541, lo había rebautizado con el nombre Santa Lucía. Pero en 1872-1875, Benjamín Vicuña Mackenna lo transformó completamente y el cerro, que hasta entonces era sólo un sitio árido y sucio, desde esa fecha se había transformado en un pulmón verde, bordeado por césped, árboles con una mezcla de vegetación nativa y ornamental, con palmas chilenas, álamos, olmos, pinos y cipreses.

Los caminos principales, eran acompañados por hortensias, azaleas, camelias, lavandas, pensamientos entre otras flores y sobretodo hierbas y enredaderas que cuelgan de sus muros y glorietas. Alberto se sentó en uno de sus banquillos, de fierro forjado, con patas curvas, apoyabrazos estilizados y respaldos ornamentados. Podía observar escaleras de piedras y zonas con ladrillos coloniales. Se encontró con una construcción mezclada entre dos estilos, el neogótico y romántico. Sabía que arqueológicamente el cerro poseía restos de fortificaciones.

Subió con paso lento entre los senderos curvos, las escalinatas de piedra y los jardines silenciosos hasta llegar al Torreón, una torre pequeña, antigua, de piedra amarillenta, con detalles neogóticos. Desde abajo le había parecido un castillo en miniatura. Escaló los peldaños del caracol, con una mezcla de fatiga.

Al llegar arriba se encontró con la vista abierta de Santiago, la ciudad entera se desplegaba ante sus ojos. Apoyó sus manos en la baranda de fierro. El viento le dio de frente, cerró sus ojos y respiró. Olía a tierra mojada y desde ciertos rincones el perfume ligero de las azaleas, las hortensias y lavandas, cargadas de rocío que, soltaban un aroma dulce y seco a la vez.

Pero al girar hacia la ciudad, el aire traía otras cosas como el humo metálico, mezcla de grasa, polvo y electricidad de los tranvías y si respiraba hacia el oriente, era posible percibir el perfume de alguna mujer elegante.

Era conocido por todos, que desde el siglo XIX existía un cañón militar instalado en el cerro que disparaba a las 12 en punto del día, como un horario oficial. El cañón se encontraba cerca del Castillo Hidalgo, en una parte alta del cerro. Una costumbre heredada de la tradición europea, y que se usada en muchas ciudades del mundo.

El disparo fue fuerte, lo estremeció y sonó en gran parte del centro de la ciudad. La gente aprovechaba de ajustar sus relojes con ese estruendo. Este servicio era administrado por personal del ejército y más tarde por la armada.

Por un momento desde allí arriba, su vida le pareció un poco más liviana. Más contenible, el dolor seguía, pero algo más soportable. Pensó en Cristina, en Alonso, en su madre, su desventurada infancia

y todo lo que había dejado atrás. Allí en lo alto de ese torreón se sintió un poco más fuerte. Bajó despacio con los ojos húmedos y el alma más liviana.

CAPITULO XVIII

La búsqueda Desesperada

Alberto seguía viviendo en la pensión alquilada y cada vez que regresaba, desde la ventana, veía como la ciudad se apagaba, y de a poco, se iban encendiendo los faroles como estrellas urbanas. Cerraba las cortinas con suavidad y se quedaba en silencio, sin saber qué hacer. —Por donde comenzar—, no tenía una red de apoyo, ni conocidos. Se quitó los zapatos y se estiró sobre la cama. Entonces sin buscarlo llegaron ellos: primero la risa suave de Cristina, que nacía desde sus ojos. La recordaba tan cercana, casi viva. Esto le provocaba un gran dolor. Luego pensó en Alonso, en su carita dormida sobre el regazo de su madre.

Los días siguientes despertó temprano, la claridad entraba por la rendija de la cortina. El decaimiento por tantas desventuras juntas, le pasaba la cuenta, pero no podía seguir esperando, tenía que moverse.

Todos los días bajaba a la calle y caminaba hasta la esquina donde un niño gritaba sus diarios. Compraba El Mercurio. El papel aún olía a tinta fresca y el crujido al desplegarlo, le recordaba su juventud: Los días en que soñaba con tener un empleo respetable, con vestir bien y tener una familia. Pero nada de eso se había cumplido. Se sentaba en una banca de una plaza cercana, con el diario abierto sobre sus piernas y se iba directo a los avisos de trabajo.

"Se necesita auxiliar de oficina", Maestro de Panadería", Empleado con experiencia en bodegas".

Nada parecía hecho para él, pero no importaba, estaba dispuesto a hacer lo que fuera. Subrayaba con lápiz los avisos y se iba a recorrer las calles de Santiago, de norte a sur, de poniente a oriente.

Golpeaba puertas con esperanza y desconsuelo y éstas se le cerraban con excusas repetidas:

—"Se necesita experiencia", se necesita persona con fuerza", "Este trabajo no es para usted, tiene demasiados estudios "—

Era cierto, su estampa tampoco lo ayudaba mucho. Era delgado, no muy alto, hombros estrechos para la época, vestía con sobriedad y cuidaba su forma de hablar y no encajaba con la imagen del trabajador rudo que buscaban en las bodegas, o talleres. Su educación, aunque no lo proclamara, se notaba de inmediato.

El país y en particular la ciudad comenzaba a endurecerse con los cambios políticos y económicos. Había asumido como presidente Carlos Ibáñez del Campo, tres años atrás, reelegido en su segundo mandato. Era una figura autoritaria, con fuerte respaldo popular. Chile vivía una crisis económica con inflación alta. El país dependía de las exportaciones de cobre y salitre Ya en ese año 1955, la industria salitrera estaba demasiado debilitada y sostenida en parte, sólo por el Estado para evitar el evidente colapso social.

Las salitreras habían comenzado a surgir en el norte de Chile a mediados del siglo XIX, cuando se descubrió el salitre natural extraído del desierto. Era un valioso fertilizante y componente para explosivos. Durante décadas impulsaron la economía nacional y atrajeron a miles de trabajadores, creando verdaderas ciudades en medio del desierto.

Pero hoy estaba en plena decadencia. Todo había cambiado con la invención del nitrato sintético en Europa. A partir de los años 30 la demanda internacional comenzó a caer y muchas oficinas salitreras cerraron. Para 1955 ya no quedaba mucho del esplendor de esa época. Lo que alguna vez fue símbolo de riqueza y modernidad, se transformó en ruinas y silencio, empujando a muchas familias a emigrar al centro y sur del país a buscar nuevas oportunidades.

La invención del Nitrato artificial, por parte de los alemanes, la demanda por precio de nuestro salitre natural había caído fuertemente. La clase media y media baja, sufría los embates de la falta de oportunidades y la inflación prolongada.

Después de este análisis mental, Alberto recordó algo más, una clase que le había impactado durante su vida de estudiante, algo terrible ocurrido en una llamada Escuela Santa María. En la ciudad nortina Iquique, muchos años atrás en 1907, una enorme conmoción

producto de una horrenda tragedia. La gente divulgaba una noticia que no llegó de golpe, sino como una herida que se abría poco a poco.

Al principio eran nada más que murmullos entre ferroviarios y obreros del puerto. No había radio, ni fotografías, sólo palabras que pasaban de boca en boca. Los diarios lo mencionaron sin rostros ni detalles y lo bautizaron como "La Matanza de Santa María".

Fue durante el gobierno de Pedro Montt., que el ejército fue ordenado a abrir fuego contra miles de trabajadores del salitre y sus familias, que estaban en huelga pacífica y refugiados en una Escuela, llamada Santa María. Esa desgracia, le había impactado desde niño.

Habían pasado unos días y cuando Alberto, otra vez comenzaba a perder todas sus fuerzas, llegó una persona a la pensión, con una nota para don Alberto Valdés, enviado por su hermano, desde investigaciones. Lo citaba a la oficina porque había conseguido una habitación en casa de su suegro. Alberto acudió muy temprano a las oficinas de la institución.

Después de saludarse con un abrazo, Gregorio respondió:

— Bueno hermano, tú sabes la situación, así que con Eliana te hemos desocupado una pieza de guardar, no es muy cómoda pero como se supone que sería temporal, te va a servir para ahorrar mientras encuentras algo—.

Alberto se alegró y pensó, con tantas salidas de búsqueda, había bajado considerablemente sus reservas económicas.

— No te preocupes, trataré que sea un tiempo prudente. Espero encontrar pronto un trabajo. Gracias hermano—

Gregorio agregó: —no es nada, —vamos de inmediato para presentarte a mi suegro y mi hijo. Tu ya conoces a mi esposa Eliana —.

Llegaron a una casa en la comuna de Ñuñoa, en un barrio residencial, hermoso lleno de plantas y árboles finos, césped en las calles. El aire era distinto, no era de humo denso, ni de polvo que levantaban los autos en las avenidas principales de la ciudad. Olía a flores y árboles húmedos, casas bien cuidadas, jardines rebosantes de buganvilias, jazmines y rosales.

La casa estaba en una esquina. Alta, de fachada de color blanco, con ventanales amplios. Alberto se detuvo un momento y suspiró antes de entrar. Después de saludar, almorzaron juntos, entonces Eliana procedió a mostrarle su habitación:

—Es una pieza chica, eso sí—Vas a dormir acá— dijo mientras abría una puerta al fondo del patio—

Era una pieza pequeña, donde guardaban cosas en desuso. El polvo todavía flotaba en el aire tibio por la luz que se colaba por una única ventana alta. Le habían puesto una cama angosta, con un colchón gastado, una frazada gris y una silla de madera. La habitación estaba incluso más atrás de la pieza de la empleada que trabajaba puertas adentro. Era en realidad el último rincón de la casa y aún conservaba un olor húmedo terroso.

No se acostó, guardó su pequeña maleta bajo la cama, sacudió el colchón y se sentó en silencio. Sentía una mezcla de vergüenza y gratitud.

No era un hogar, pero era un lugar donde dormir. Por hoy no iba a salir a deambular por las calles, iba a descansar. Mañana seguiría buscando.

Los días se volvieron semanas y las semanas, meses. Alberto seguía postulando a cualquier trabajo, con la misma determinación, pero en nada parecía encajar. Santiago era inmenso, grande y para él lo único útil, es que ya conocía muy bien la ciudad.

Gregorio casi no estaba en casa, su trabajo era muy demandante y absorbente. Llegaba muy tarde y apenas tenían la oportunidad de cruzar un par de frases a la semana. Alberto, para no incomodar salía al amanecer y regresaba de noche.

Muchas veces sin saber dónde ir, caminaba por los barrios nuevos, visitaba ferias, preguntando por algún trabajo, aunque fuera por el día. En ocasiones comía una sola vez y en la casa cuando lo invitaban a almorzar, simplemente mentía con una sonrisa: — Ya comí. Muchas gracias—.

El padre de Eliana, lo observaba desde el otro lado del comedor, como evaluando cada uno de sus movimientos. No decía nada, pero sus ojos hablaban por él. Alberto con su gran sensibilidad, lo notaba

de inmediato, por eso evitaba los espacios comunes y sobre todo, los horarios compartidos.

Lavaba su ropa a mano en silencio, en el lavadero del patio, procurando no dejar huellas. Comenzó a sentirse una sombra dentro de aquella casa. Si necesitaba planchar lo hacía a escondidas. La empleada casi no le dirigía la palabra, tampoco le ofrecía ayuda, pasaba por su lado como si no existiera. Alberto sospechó de inmediato que tenía órdenes de no atenderlo, y aunque le dolía lo aceptaba sin decir nada.

Una mañana, sentado en la banca de una plaza, lo invadió la angustia. Pensó en su hijo en Tomé, en los abuelos, en todo lo que había dejado atrás. Se preguntaba: — ¿Cómo voy a sobrevivir en una ciudad tan grande y tan ciega de detalles? Pero a pesar de todo no se rendía, porque algo en su interior, una luz tenue le recordaba que no podía darse por vencido, tenía que resistir, tenía que encontrar su lugar, aunque fuera en el rincón más inesperado.

Una tarde mientras había ido por un aviso que necesitaba "administrativo", en la enorme y larga fila de hombres esperando ser entrevistados, escucha una voz que lo saca de sus pensamientos:

—¡Alberto, Alberto Valdés ¡ ¿Eres tú? Era Manuel Sepúlveda, un ex compañero de estudios de toda la vida, de esos que se recuerdan por su risa franca y compañerismo. Se abrazaron con fuerza, sorprendidos de encontrarse en medio del ruido de la ciudad.

Hablaron largo. Manuel también había ido por el aviso de trabajo. Se pusieron al día entre cafés y memorias. Ambos estaban sin trabajo, pero con la esperanza viva, aferrados a lo poco que les quedaba: el ingenio, la educación y el deseo de seguir adelante.

Entre todo lo que hablaron le contó que Mariana, se había casado con un aristocrático hacendado más al sur de Chile y que se dedicaban a producir leche. Que los padres la habían ennoviado con él, porque su familia era muy conocida por su padre. Alberto sintió un pequeño escalofrío y recordó cuánto la había amado.

Él no sabía amar, porque lo hacía con todo su ser. Las dos mujeres que había amado, las había adorado y estaba seguro que a ninguna de ellas, iba a olvidar. Mariana, su amor primero, imposible, que le había abierto el pecho como una tormenta. Con ella conoció

la urgencia del deseo, la ilusión de lo eterno, la certeza ingenua de que el amor podía contra todo. Aunque había sido breve, pero intenso. Un amor que dolió más, porque nunca fue.

Luego pensó en Cistina, su esposa tan distinta, ella no llegó como un fuego, sino como un abrigo. Fue ternura, hogar, mirada que comprendía sin preguntar. Con ella aprendió que el amor también es cuidado, rutina compartida y silencios que no pesan. Fue un amor vivido, tocado y respirado día a día. Ambas dejaron huella: Mariana en la nostalgia y Cristina en la memoria. No las podía comparar, porque eran amores distintos, pero ambos, verdaderos.

Manuel le comentó que vivía con su esposa y sus dos pequeñas hijas, en la zona poniente de Santiago, en una sencilla casa, pero cómoda, que él mismo había construido con esfuerzo, ladrillo a ladrillo.

Alberto le había contado su incomodidad en casa de su hermano Gregorio, cuando Manuel lo interrumpió:

—Mira no es gran cosa — le dijo con honestidad— pero hay espacio. Si quieres, ven a vivir con nosotros, hasta que consigas algo —¡No vas a molestar te lo digo de corazón! —

Alberto se emocionó, no quería ser una carga, pero el ambiente mudo en la casa de su hermano, se volvía cada vez más áspero. Sentía que ya no era solo incomodidad, era una humillación silenciosa. Le dio la dirección y le dijo que podía llegar cuando él lo decidiera.

Así fue como el sábado siguiente, avisó a su hermano que había encontrado un lugar para vivir. No indicó grandes detalles, tampoco se lo pidieron. Dio las gracias y toda la familia despidiéndose, ya que se iba el día de mañana. Todos sonreían amablemente, como si en el fondo, se alegraran de cumplir una dura misión, para quedar con sus conciencias tranquilas.

La madrugada siguiente, tomó su compañera de infortunios, la vieja maleta de cuero y se fue a casa de su amigo Manuel.

Llegó al hogar de su amigo a media mañana. Era una vivienda de ladrillos sin pintar de un solo piso, con rejas bajas y un jardín descuidado, donde crecían unos rosales viejos y un limonero torcido.

Tenía dos dormitorios pequeños y uno matrimonial un poco más grande, un solo baño y una cocina más o menos grande.

La esposa de Manuel, llamada Irma, lo recibió con amabilidad. Sin disfrazar la sencillez, le habían preparado una pieza con una cama de madera y un velador improvisado. Las niñas una de 6 y otra de 4 años lo miraban con curiosidad desde el umbral de la puerta, hasta que él les sonrió, entonces rieron y corrieron a saludarlo. Esa noche después de cenar pan amasado con té, Alberto sintió después de tanto tiempo, un poco de paz. Este no era su hogar, pero podría ser lo más parecido a lo que hubiera querido. No era un lugar hostil, era un sitio donde podía respirar sin miedo y lo más importante; estaba con alguien que lo conocía, que no lo miraba con sospecha, ni lástima, sino como un hermano.

Irma por su parte era una mujer de carácter firme, pero con dulzura, que se notaba en los gestos cotidianos. Trabajaba como secretaria en un Ministerio del Estado, un cargo que había conseguido con esfuerzo y que sabía desempeñado con precisión y respeto desde muchos años. Tenía educación, buena memoria y una forma elegante de hablar que se imponía sin levantar la voz. Era respetada por todos sus jefes y bien remunerada, algo no tan común para una mujer de esa época. Pero ella no gustaba de hablar de eso. Lo más importante para ella era su familia y una casa en paz.

No escatimaba en nada. Si había pan, era para todos. Si había sopa, era espesa, sabrosa y abundante. Alberto no tardó en notar que su amigo y en especial Irma, tenían una generosidad que no necesitaba palabras. Atendía con la misma naturalidad a su esposo, sus hijas y a Alberto.

Las niñas, dos pequeñas vivaces y dulces, lo buscaban desde el primer día. Alberto les contaba cuentos, les ataba los zapatos, les lavaba la carita antes de almorzar y les ayudaba con sus dibujos.

Prontamente entre los tres adultos, formaron una pequeña comunidad, cada uno aportaba con lo que tenía. Alberto seguía buscando trabajo y se turnaba cuando Manuel tenía que salir o llevar a alguna de sus hijas al médico.

A Irma no le incomodaba su presencia, ella aportaba con el dinero, pero ellos cuidaban sus dos pequeñas, ya que era demasiado

costoso tener una niñera. Alberto limpiaba la casa, barría el patio, regaba las plantas, iba a hacer las compras y ayudaba con el cuidado de las niñas. Manuel cocinaba muy bien y las pequeñas estaban felices y bien cuidadas.

Estaba contento de vivir allí porque más allá de un techo y un plato de comida, había algo sagrado que esa familia le devolvió: La dignidad de sentirse útil y bienvenido. Ahora sólo salía a buscar trabajos acordes a su educación, ya sabía que de otra forma no iba a resultar.

Una tarde, mientras fregaban loza juntos, Manuel comentaba:

— Todo sube, menos los sueldos. Este país se está yendo al carajo.

Alberto no respondió, pero en las calles, podía darse cuenta que en las ferias ya nadie hablaba de política, sino de las alzas de precios. El malestar se respiraba por todos lados, en los paraderos, en las miradas cansadas de hombres que, como ellos, salían a buscar trabajo día a día sin encontrar nada. En esa casa Irma sostenía todo con entereza admirable. Una noche mientas cenaban en la cocina, Irma dejó la taza en la mesa con un suspiro leve, apenas audible:

—Hoy despidieron a dos personas más en el Ministerio, ya van como quince— Manuel alzó la vista y Alberto detuvo el movimiento de la cuchara en el aire.

—No dieron razones claras, eran excelentes funcionarios—.

Se hizo un breve silencio mientras las niñas jugaban con unas muñecas de trapo, ajenas a todo problema.

La inflación descontrolada hacia 1955, había llegado a niveles históricos, alrededor de 80-90% anual. Lo que no solo provocaba descontentos por aumento del costo de la vida, sino también escasez de productos básicos, lo que estaba generando innumerables protestas y huelgas: La gente protestaba por la devaluación del peso chileno, una fuerte crítica al gobierno por no cumplir sus promesas de estabilidad. Mientras que el presidente Ibáñez, ya mayor y con problemas de salud, no intentó reelegirse y entregó su poder en 1958, cuando fue elegido Jorge Alessandri.

Alberto comentaba con Manuel del difícil escenario que les había tocado para buscar trabajo, pero Manuel lo tranquilizaba:

— Hay que tener Fe amigo, esto no puede seguir siempre igual. Tiene que cambiar—. Así continuaban pasando los días y meses, pero cada vez, las pocas ofertas de trabajo eran más escasas para Alberto y Manuel. Mientras tanto, aportaban cocinando, limpiando, tratando de economizar lo máximo y cuidando esmeradamente a las niñas.

Alberto estaba enseñando a escribir a la niña mayor, además les leía unos cuentos que conseguía en la biblioteca pública y que disfrutaban escuchar. El cuento más solicitado por ellas, era el "Patito Feo "de Hans Christian Andersen, muy popular en Chile en el siglo XX. Una historia de un patito que fue rechazado por ser diferente, pero el crecer se convierte en un cisne hermoso. Es un relato que enseña sobre la superación, la identidad, la autoestima y la aceptación a las diferencias. Alberto sabía la importancia del interés por la lectura en los niños y que bueno que ellas también disfrutaban de su compañía.

Irma seguía trabajando y agradecía la tranquilidad con que lo hacía, y se había dado cuenta que la presencia de Alberto, lejos de perjudicar, habían avanzado mucho en la crianza y buenos hábitos de sus pequeñas hijas.

Su marido era muy bueno y cariñoso con ella y sus hijas, pero carecía de la paciencia de enseñar. Respecto al tema de falta de trabajo de ellos, conocía la realidad y sabía concretamente que se venía peor.

CAPITULO XIX

El encuentro de Trabajo

Era mediodía templado de otoño, Santiago se vestía de hojas secas, anunciando levemente la llegada del invierno. El viento apenas despeinaba los sombreros de los hombres y mujeres que recorrían la ciudad. Alberto salió a comprar algo de mercadería al lugar acostumbrado, en una pequeña bodega de abarrotes, en la esquina de la calle San Pablo, donde solía abastecerse también de sus cigarrillos y alguna gaseosa para el almuerzo.

El dueño, un hombre regordete y cordial lo recibió con una sonrisa:

—¡Alberto! ¡Justo estaba pensando en usted hombre! ¿Cómo ha estado, cómo va la vida?

— Como un tren don Vicente, a ratos andando y a ratos detenido — respondió con una media sonrisa.

—Así es. Oiga, ¿y sigue sin trabajo? —

—Sí. Lamentablemente, amigo.

Don Vicente bajó la voz y se inclinó levemente sobre el mesón:

—Pues mire lo que le voy a decir…justo esta mañana, vino un cliente, un tal señor Rivas, que trabaja en la empresa de Ferrocarriles. Me contó que estaban necesitando personal administrativo. Parece que hubo varias jubilaciones y están algo cortos de administrativos—

—¿Ferrocarriles?— repitió Alberto con los ojos encendidos por una chispa de esperanza—¿Está seguro?

—¡Claro que si hombrei hasta me dijo que si yo conocía a alguien serio, responsable, que supiera leer y escribir bien, que se presente en las oficinas de la Imprenta, cerca de la calle Alameda, cerca de la Estación central.

—¡Uff don Vicente, es lo que yo he estado esperando por casi tres años ¡ Ya sé dónde es. Muchas gracias. Le debo una—.

—¡No me debe nada hombre.! Uno tiene que darse la mano es estos tiempos, que están re complicados ¡poh!—

Alberto después de comprar, salió rápidamente. En el camino estaba tratando de asimilar lo sucedido. Comenzó a soñar con la fijación que siempre había tenido por los trenes.

Recordó su infancia, con sus amigos jugando con los trenes de madera, el vagón rojo que la faltaba una rueda. Antes que la vida se quebrara, jugaba horas con rieles imaginarios que trazaban en la tierra. Armaban estaciones con cajas vacías, saludaban con la mano a personajes imaginarios que bajaban en cada parada. :"¡Pasajeros al tren!—, gritaban, imitando la voz ronca del jefe de estación. Para él, el tren no era un simple medio de transporte, era un misterio, una promesa, una creatura viva.

Al día siguiente, bien temprano, se vistió con su mejor camisa blanca y el pantalón gris que Cristina había comprado para él, antes de enfermar. Se peinó con esmero, lustró sus zapatos y guardó con cuidado el currículum que había escrito, con muy buena letra y ortografía la noche anterior, en una hoja blanca, que se había conseguido con don Vicente.

Subió a una "liebre", hasta el centro de la ciudad, que era otro medio de transporte, parecido a un bus, pero más pequeño y que siempre iba repleto de gente. Por ese barrio donde vivían, no transitaban los tranvías.

Al llegar al lugar, caminó hasta la dirección indicada: Francisco Borja número 84. Precisamente estaba a un costado de la Estación Central. La fachada de la Imprenta de Ferrocarriles del Estado, imponía respeto, con sus muros de ladrillos firmes pintados de color blanco y un gran portón de fierro, por donde entraban y salían, obreros y empleados. Desde adentro, se escuchaban máquinas de escribir y otros sonidos no identificables para él.

Se acercó a un mesón de entrada y observó que decía "secretaría" en un letrero de madera oscura con letras plateadas, que parecían de metal. Tomó ánimo y le preguntó al empleado:

Buenos días. Vengo porque me enteré que necesitan administrativos —

El recepcionista era un hombre mayor, con chaleco y anteojos, con un cordel oscuro colgando del cuello y que lo miró por encima de sus lentes:

—¿Administrativo, dice? Eso lo ve el departamento de personal, no es aquí. Debe ir a la Estación Mapocho, segundo piso al fondo, ala norte. Ahí está la oficina del Jefe de Personal, de la Sección Imprenta—

—Alberto respira y se atrevió a preguntar: — Cómo se llama él?—

—Pida hablar con don Mario Ortega—

— Muchas gracias, señor— dijo Alberto, ocultando la decepción de no ser atendido de inmediato.

Al salir del lugar, repentinamente llamó su atención algo muy extraño. Una animita ocupaba un tramo bastante considerable del muro, muy oscurecido por el humo de innumerables velas, en el que estaban cientos de placas metálicas con mensajes de agradecimiento por "favores concedidos". Se detuvo un momento para averiguar de qué se trataba. Esperó a una señora que estaba instalando unas velas encendidas y se acercó.

— ¿Señora… ¿Disculpe, de qué se trata esto? Pasa que yo soy de provincia y la verdad no tengo idea de esto. ¿Es un santo o algo así?

La señora era alta y flaquita, usaba un velo color café en la cabeza. Lo miró con curiosidad y dijo:

—Ahh bueno, claro que es un santo para mí, poque me ha cumplido con todo. Por eso le vengo a pagar una manda a "Romualdito", ¡es muy milagroso ¡¿No sabía de él? —

— No, claro que no. Por eso le preguntaba—.

—Esta es la animita más antigua y venerada de Santiago. Los trabajadores, los migrantes del sur, como usted y peregrinos le hacen mandas, y ¡siempre las cumple! —

—Que bien y muchas gracias señora por la información—.

— De nada hijo. ¡Que le vaya bien!

Al darse la vuelta, se encuentra de frente con un hombre de unos setenta y tantos años, de espalda ancha pero algo encorvada por el tiempo. Su piel curtida, mostraba las huellas de una vida entera de esforzado trabajo, cabello completamente canoso, bigote espeso

blanco y amarillento en las puntas, por el tabaco. Le dirige la palabra a Alberto diciendo:

—Oiga amigo — perdone lo estaba escuchando, mire —yo sé toda la historia— Soy maquinista jubilado y hace tiempo que vengo a pagar una manda todos los años.

Alberto sorprendido con una sonrisa le dijo:

—¡Qué bien!, yo vengo llegando del sur y no tenía idea de esta animita. La verdad, soy muy curioso y me gusta saberlo todo … i

EL anciano lo interrumpe: — Entonces está hablando con la persona indicada. ¡Yo se la voy a contar con lujos de detalles! El hombre comienza a relatar:

—La animita de Romualdito, es parte de la Mitología urbana chilena, o sea, un tipo de religiosidad popular. Es una mezcla de culto a ánimas, tradición católica y memoria obrera, o de trabajadores—.

—A Romualdito, se le atribuyen todo tipo de milagros, curaciones, protección laboral y ayuda en situaciones urgentes. Cuando un favor se cumple, la gente coloca placas con mensajes como: "Gracias Romualdito por el favor concedido". Esta animita surgió por los años 30, en este mismo costado del muro de acá, la calle Francisco de Borja, justo y pegadito a la Imprenta de Ferrocarriles del Estado—.

Alberto, que escuchaba con mucha atención, le pregunta: — ¿Quién era Romualdito?

—Mire, la identidad de Romualdito, tiene varias versiones. Una de ellas es que era un joven aprendiz mecánico de Ferrocarriles, de nombre Romualdo Ivani Zambelli, posible inmigrante italiano o hijo de inmigrantes italianos, que un día 8 de agosto de 1933, alrededor de las 20:40 horas, dos delincuentes lo abordaron mientras regresaba a su casa. Se comenta que su muerte fue humillante, porque habría sido violentado sexualmente—.

—Pero hay otra versión, la de un niño o joven con discapacidad mental, confundido como un forastero o un huaso recién llegado a la capital, que andaba a con mucho dinero y que habría sido atacado por dos delincuentes, para robarle su plata y su poncho—.

Alberto quedó sorprendido, pestañó y dijo, haciendo una especie de reverencia: —Muchas gracias caballero, por contarme esta

historia tan desgarradora—.

El anciano movió la cabeza en señal de acuerdo y agregó:

—De nada joven, ha sido un placer—.

Alberto continuó su camino y se subió rápidamente, apenas vio el primer tranvía que le sirviera para su destino. El carro cruzó por la Alameda hacia el norte y luego atravesó el Puente Cal y Canto.

La estación lo recibió como una catedral de hierro y vidrio, con un aire de antigüedad y movimiento perpetuo. Al entrar a la Estación Mapocho, por el sector del Puente Cal y Canto. Como buen observador y conocedor de corrientes arquitectónicas, lo primero que le llamó la atención, fue la enorme fachada de estilo neoclásico francés, ventanales altos y una cúpula central dominando la escena.

Las columnas le daban una sensación de poder, de algo importante, serio. El color ocre de las murallas, se fundía con el polvo de la ciudad y los rastros de los humos de los trenes. En el hall principal, el suelo era de baldosas gastadas y brillantes por el paso de los pies, de miles de zapatos por día.

Un murmullo constante llenaba el aire: pasajeros, altavoces anunciando destinos, locomotoras resoplando a lo lejos y el eco inconfundible de pasos acelerados. El olor era una mezcla de humo de carbón, papeles húmedos, cuero viejo y perfume o colonias baratas. También podía percibir un leve olor a marraquetas recién horneadas, que llegaban de un carrito desde el fondo del andén.

La Estación Mapocho, era más que un punto de partida o de llegada. Era como un mundo dentro de la ciudad. Su estructura de fierro forjado, inspiraba las grandes estaciones europeas. Contrastaba con el constante ajetreo chileno, donde se cruzaban vendedores de sopaipillas, carretilleros que se ofrecían para acarrear las maletas, músicos ambulantes y familias enteras con valijas amarradas con pita.

Prosiguió por un pasillo lateral, bordeando las oficinas administrativas, con puertas altas de madera barnizada. Cada una con pequeños letreros de bronce: “Planificación de viajes”, “Cargas y encomiendas”, “Custodia”. Luego subió por una escalera de mármol con barandas de hierro forjado. Estaba más frio y la luz entraba

tamizada a través de los vitrales empolvados. Las paredes estaban revestidas de placas de madera.

La oficina de Personal de la Sección Imprenta, quedaba al fondo del pasillo, en una zona más silenciosa. Era una sala amplia y sobria con ventanas altas, cubiertas con cortinas pesadas, archivadores carpeteros metálicos de color verde, alineados en las paredes y escritorios de madera gruesa, con tapas de cuero. En la esquina, un perchero sostenía abrigos y sombreros de los funcionarios y un reloj de pared marcaba los minutos con un tic-tac casi imperceptible.

Todo estaba ordenado con rigurosidad, pero no por estética, sino por necesidad. Allí todo debía estar en su sitio: formularios, timbre y carpetas numeradas. Los empleados hablaban en voz baja y no levantaban sus miradas de las tareas. Era evidente que allí no se improvisaba.

Desde una puerta entreabierta hacia el fondo, salía una tenue columna de humo de cigarrillo. Esa era la oficina del jefe de Personal. Desde dentro se escuchaba de vez en cuando una tos seca, el crujido de una silla de cuero y el roce de papeles revisados con precisión.

Alberto le impresionó, pensó que era un mundo de personas formales, de rutina severa y jerarquías incuestionables, pero quizás también, un lugar donde por fin podría encontrar algo que había perdido hace mucho tiempo; su estabilidad.

Una secretaria con un tremendo "moño", en un pequeño escritorio al costado con una máquina de escribir carca "Underwood" que repiqueteaba sin cesar.

Alberto se acercó y le dijo: — Buenos días señorita, vengo a dejar un currículum. Me indicaron esta oficina…para el puesto administrativo en la Imprenta—.

La secretaria lo miró y le señaló una silla—Espere un momento por favor— Entró y salió de la oficina—El jefe está ocupado, pero lo va a recibir—.

Alberto se sentó y cruzó los brazos sobre sus rodillas. Presintió que por fin podría tener una chispa de esperanza.

La espera no fue larga, pero él la sintió eterna. Mientras miraba el reloj de pared que marcaba las diez con diecisiete minutos, repasaba

mentalmente lo que había escrito en el currículum, procurando no haber olvidado algún detalle.

—Puede pasar— dijo la secretaria, sin levantar mucho la vista de su máquina de escribir.

La puerta crujió al abrirse. Adentro de la oficina olía a tabaco. Era amplia, pero sin adornos, excepto una fotografía en blanco y negro, de la primera locomotora del país, colgada en la pared del fondo. El escritorio era de roble oscuro, sólido como quien lo ocupaba. El jefe de personal era un hombre delgado, con el cabello gris bien peinado hacia atrás y un bigote recto como trazado con una escuadra. Vestía un traje de tres piezas gris marengo, con una cadena de reloj colgado del chaleco. No sonrió al verlo entrar, sólo alzó la mirada y señaló la silla frente a él.

—Siéntese por favor—

Alberto obedeció en silencio y dijo — Alberto Valdés Undurraga, señor.

—¿Edad?

—veinticinco años.

Don Mario Ortega, ojeó el currículum con atención, de quien ha leído cientos iguales. No dijo nada durante los primeros segundos. Luego levantó una ceja.

—Dice aquí que trabajó en una fábrica textil Bellavista Tomé, como encargado administrativo de bodega. ¿Qué hacía exactamente?

—Recibía materiales, los registraba a mano, mantenía un inventario al día. También llevaba el control de los vales de salida. Frecuentemente escribía memorándums o informes para el jefe, porque tengo buena letra—.

—¿Sabe mecanografía?

—Sí señor, aprendí en la secundaria y practico cuando puedo—.

—¿Tiene referencias?

— Puedo traerlas, si usted me lo permite— Alberto dudó un instante. Y agregó:

— La mayoría de los que me conocieron, ya no están en Santiago, pero podría conseguir cartas. Don Mario movió lentamente

su cabeza en señal de aprobación—

—Aquí no buscamos secretarios de lujo. La sección Imprenta es ruda. A veces se trabaja harto, sobre todo si hay que despachar folletos, calendarios o boletines para las estaciones. Además, se trabaja con ruido, con olor a tinta, con tipos de plomo. ¿Ha estado alguna vez en una imprenta? —

—No señor, pero me gusta aprender. En la fábrica de Tomé, había mucho ruido. Soy ordenado, puntual y no me asusto fácil. Sé lo que es trabajo duro—.

Por un instante, los ojos del jefe de personal se suavizaron, apenas perceptiblemente.

—¿Tiene familia?—

—Tengo un hijo, vive en el sur con mis suegros. Su madre falleció hace poco y yo…vine a buscar un nuevo comienzo—.

El silencio que se sintió fue denso. Don Mario cerró el currículum. Lo alineo con los dedos y habló en tono seco, pero sin dureza:

—Le voy a dar una oportunidad. No porque su hoja de vida brille. Sino porque se nota que necesita este trabajo. A veces eso pesa más que los títulos—.

—Alberto contuvo el impulso de saltar y gritar de emoción y dijo:

—Muchas gracias señor Ortega, no le fallaré—

— Entonces mañana a las siete en punto, en la Sección imprenta, allá en la calle Borja. Pregunte por don Ernesto que es el jefe de sala. Lleve un lápiz y cuaderno dispuesto a aprender y escuchar más de lo que habla—.

—Así será—. Dijo Alberto.

—Puede retirarse—.

Al salir de la oficina, sintió que los pies apenas le tocaban el suelo. No era el trabajo soñado, ni siquiera lo que alguna vez esperó para su vida, pero era el comienzo y para alguien como él, eso era todo.

CAPITULO XX

El Ingreso a Ferrocarriles, Inicio de Esperanza

Ya había comenzado la tarde y tenía que regresar a casa. Buscó una locomoción rápidamente. Lo único que deseaba era contar a sus amigos, que tanto lo habían ayudado y por mucho tiempo, que había encontrado un trabajo. Habían transcurrido tres largos años de incertidumbre y cesantía. Sentía en su alma una mezcla de tranquilidad y ansiedad, pero también se iba mostrando una pizca de ilusión. Aún no sabía con certeza qué le depararía el exiguo destino, pero tenía la sensación de que, por fin se atrevía a creer, que podría construir una nueva vida.

Estoy contento dijo al llegar. Irma lo recibió con su calidez habitual, secándose las manos con el delantal. Manuel sonrió y lo miró con esos ojos francos y apacibles, que lo habían convencido desde el primer día ¡Amigos …tengo trabajo!, mañana mismo a la 7 de la mañana comienzo, en las oficinas de ferrocarriles de la Estación central

Irma fue la primera en reaccionar, fue hacia él y sin decir palabra lo abrazó con fuerza, un abrazo de hermana, de amiga, largo y apretado.

¡Gracias a Dios, al fin! Dijo con la voz temblorosa. Sabía que esto iba a pasar, sabía que tarde o temprano ibas a encontrar tu lugar.!

Manuel se levantó de la mesa, más pausado, pero con los ojos brillantes. Le dio un apretón en el hombro, firme, y luego lo rodeó con un brazo.

¡Esto se celebra compadre! Lo mereces, no cualquiera se levanta después de lo que has pasado. Tú solito lo lograste, sin ayuda ni recomendaciones y ahora estás empezando otra vez, como los buenos Ja ja Alberto sintió un nudo en la garganta. No sólo por el trabajo, sino también por ellos. Por esa fe sencilla y sin condiciones que le tenían. Habían abierto las puertas de su casa, sin pedir nada a cambio.

Irma interrumpió sus pensamientos cuando dijo animosamente:

El sábado vamos a celebrar esto, con un almuerzo especial. Y ni se te ocurra decir que no.

Los tres rieron. Fue una risa sincera, breve y necesaria. Era para Alberto un primer respiro, después de tanta espera.

Alberto agregó: Bien… estaba pensando quedarme un tiempito más, no quero abusar y también quisiera empezar a aportar un poco, ayudar con algo más.

Manuel levantó la vista y dijo sin rodeos:

Aquí no estás abusando de nada hombre!. Esta es tu casa mientras lo necesites. Además, aunque no te des cuenta, sabemos que tú también nos colaboras con muchas cosas. Las niñas, aprendieron a leer y a escribir, la mayor se luce en la escuela con el inglés. Sales a las compras y regateas para gastar lo menos posible, mientras yo cocino. Te encargas de innumerables otras cosas… y así amigo, somos un equipo, ¿somos como hermanos o no?

Irma agregó: No queremos que te vayas, te has hecho parte de nuestra familia, de nuestra vida, de nuestras conversaciones, ¡hasta de nuestras penas! Uno se acostumbra a tenerte acá. Y ¡las niñas! te echarían demasiado de menos. ¡Adoran a su tío Alberto!

Alberto no respondió de inmediato. Miró hacia la ventana donde el cielo comenzaba a enrojecer anunciando la tarde. No era común en su corta vida, sentirse tan bienvenido, pertenecer a algo, justamente él; que nunca había sido parte de nada desde que había muerto su madre. En el fondo tampoco quería irse, no todavía, pero sabía que tenía que avanzar.

Gracias dijo finalmente. Gracias por no dejar irme todavía.

No se habló más del tema. Como sucede a menudo, lo verdadero importante, queda suspendido en las acciones, gestos y miradas. Recordó al autor del Principito, Antoine de Sant Exupéry y su frase célebre: “lo esencial e invisible a los ojos” .

Manuel interrumpió sus pensamientos: ¡Ven y siéntate a cenar!

Esa noche, mientras cenaban, con rico pan amasado caliente, con queso y té con cedrón; se habló de cosas sencillas, del clima, de unos nuevos vecinos, el precio de las papas. Sin embargo, para

Alberto fue una velada inolvidable, porque en la sencillez de esa mesa y risas compartidas, comenzaba a tomar forma una nueva vida para él.

Al día siguiente, Alberto se levantó antes que todos. Se vistió con una de sus mejores camisas, peinó su cabello con esmero. No quiso esperar a sus amigos para tomar desayuno, tampoco tenía apetito, parecía que la ansiedad se lo había quitado. Cuando llegó a la cocina, vio una bolsita de género con su almuerzo y una nota que decía: "te irá bien Alberto."

Llegó más que puntual, ya conocía el edificio así que ingresó directamente a la Secretaría. Lo estaba esperando un hombre, alto, fornido de voz grave, que tenía un lápiz detrás de la oreja y las mangas arremangadas:

— ¿Usted es el nuevo? ¿Valdés Undurraga? — preguntó, sin dejar de mirar unos pliegos recién impresos.

—Sí, señor. Alberto Valdés Undurraga—.

—Bien. Soy Ernesto Riquelme. Le estiró su mano derecha, a la que Alberto respondió rápidamente.

Lo condujo al segundo piso, se subieron en un montacarga enorme, un tipo ascensor industrial mecánico, diseñado para transportar cargas pesadas entre los distintos niveles de un edificio. A diferencia de los ascensores comunes, no estaba hecho para transportar personas, aunque los trabajadores lo utilizaban cuando estaba desocupado. Este era moderno, de funcionamiento eléctrico y también manual. A través de las rejillas, se veían las cadenas y poleas. Tenía una puerta metálica y un sonido característico: un chirrido de los rieles y un leve temblor al detenerse.

Llegaron a un pasillo y caminaron hasta un salón lleno de mesas largas y tipos metálicos ordenados en cajones. Había una aprensa manual y otra más moderna, que hacía ruido rítmico, casi hipnótico. Sólo trabajaban hombres, la mayoría de mediana edad, mayores que Alberto, con manos manchadas de tinta y rostros curtidos por el trabajo.

Esta es la imprenta, aquí se arman los boletines, formularios de toda clase, calendarios de la empresa, y todo tipo de documentos que se distribuyen en las estaciones. Usted va a ayudar primero en

la clasificación, revisión y embalaje. Cuando aprenda, podrá ponerse en la linotipia o en la prensa, dependiendo de su agilidad.

Alberto escuchaba con atención, tomando nota mental de cada detalle. No quería parecer lento, ni menos poco inteligente.

Uno de los operarios, de bigote grueso y tono bromista, le hizo un gesto amistoso, como una manera de "romper el hielo", al parecer, notaba al joven muy tenso.

—A los nuevos, los ponemos a barrer primero…así les tomamos la medida— dijo: riéndose. Luego le palmeó el hombro:

—¡No te preocupes compadre. ¡Todos partimos así!— Alberto sonrió y lo miró con cara de agradecimiento.

Durante esa jornada, se mantuvo concentrado, dispuesto a aprender sin quejarse. Separó papeles, ordenó folios, dobló formularios. A ratos observaba disimuladamente como los antiguos manipulaban los moldes tipográficos, con una precisión que parecía coreografía. Había algo en ese trabajo que le gustaba: el ritmo, el olor del papel recién impreso y la idea que cada hoja que salía, era parte de una red más grande, enorme.

Al final del día tenía los dedos manchados y el cuerpo cansado, pero con una satisfacción serena, estaba dando los primeros pasos de su nueva vida.

El reloj del tiempo avanzaba y era al año 1960, desde aquel primer día en la imprenta, aunque silencioso Alberto se había encargado de moldear una rutina firme y digna. No sólo había aprendido el oficio, sino que también se había ganado el cariño, respeto y confianza de sus compañeros y jefes. La vida en casa de Irma y Manuel, seguía siendo en una convivencia tranquila y fraterna. Nunca más se habló de que él se marchara.

Cada mes, puntualmente, Alberto se acercaba a la oficina de correos para enviar un giro a Tomé. No era mucho, pero lo suficiente para que su hijo tuviera zapatos nuevos, cuadernos, ropa abrigada. Ya no eran solamente cartas, ahora también se hacía presente en esos pequeños gastos materiales, que son útiles y pesan en la vida de un niño.

Las cartas de Doña Carmen su suegra, llegaban muy de vez en cuando. No respondía todas, pero con un tono siempre respetuoso,

hablando de Alonso, de sus progresos, de su risa y ojos parecidos a él. Aunque esta última misiva tenía un tono distinto. Un ruego disfrazado de ternura.

Estimado Alberto: Alonso ya no lo recuerda del todo. Era muy pequeño cuando usted se fue. Pero a veces lo nombra. Me pregunta por el señor que le manda cartas y que firma papá. Como ahora que tiene un trabajo estable puede viajar. ¿Por qué no viene a velo? Yo entiendo lo que le duelen los recuerdos, pero se lo pido por él. No sabe cuánto bien le haría su visita. Lo Esperamos. Carmen Alberto leyó en silencio la carta varias veces esa noche. No comentó nada a sus amigos. Guardó el papel bien doblado en su billetera. Así al tenerla cerca del pecho, pudiera decidir con más calma lo que iba hacer. Miró hacia la ventana, afuera el cielo de Santiago estaba teñido de un gris oscuro. Quizás el mismo gris, que tantos inviernos cubría el mar de Tomé.

Sabía que no podía postergarlo mucho más. Tal vez había llegado el momento de viajar, aunque fuera por un fin de semana. No sabía cómo iba a enfrentar sus miedos y recuerdos, pero valía la pena intentarlo, por ese hijo que aún tenía sus ojos.

El tiempo había seguido su marcha y tras un par de semanas, tomó la decisión de viajar a Tomé. Por esa razón, se acercó al escritorio de uno de los supervisores de la empresa. Con algo de temor y nerviosismo, hizo un trámite que, en realidad era tan simple y que otros colegas solicitaban constantemente, sin pensar mucho.

Necesito un pase de viaje ida y vuelta a Tomé dijo con voz baja.

El encargado, sin hacer preguntas le entregó un formulario, con la ruta incluyendo el trasbordo en concepción. Alberto lo llenó con letra cuidadosa. Pertenecer a la Empresa de Ferrocarriles del Estado, le otorgaba ese derecho, viajar gratis por el país, una de las pocas ventajas que quedaban, y que la empresa ofrecía a sus trabajadores. Pero para él no era solo un viaje, era un regreso a su pasado.

Cuando recibió los boletos dentro de un sobre con el sello oficial de la empresa, sintió un vuelco en el pecho. Guardó en sobre en el bolsillo interior de su chaqueta. Entonces decidió contar a sus amigos lo que estaba pasando.

Mañana temprano, voy a Tomé a ver a mi hijo.

Sus amigos quedaron en un silencio sostenido, sin saber qué decir. Sabían lo que significaba para él volver a los recuerdos, que le revolvían el alma.

Manuel rompió el incómodo silencio; bien amigo, pucha... yo sé que no va a ser fácil. Pero en la vida tenemos que ir quemando etapas. Irma agregó: Sí, me he quedado sorprendida, pero estamos seguros que vas a superar esa parte de tu vida que, aunque dolorosa, también tiene algo muy hermoso, tu hijito Alonso.

Alberto respondió con un gesto afirmativo y entró a su habitación.

Esa noche no pudo dormir, se quedó despierto mirando el techo, con los ojos abiertos y el corazón apretado. Volver a Tomé era como cruzar un puente que había temido recorrer por años. Era enfrenar el recuerdo de Cristina, el silencio de su hijo, el murmullo del pueblo que quizás ya no lo recordaban…o tal vez lo recordaban demasiado.

CAPITULO XXI

Regreso a Tomé

El día del viaje salió temprano, con su pequeña maleta de cuero, la misma que lo había acompañado cuando salió de Tomé. Se puso una bufanda, que Irma le había tejido como regalo de cumpleaños. En la Estación central esperó la ubicación del tren, con la mirada clavada los rieles, como si buscara respuestas en los durmientes.

Cuando el convoy partió y Santiago comenzó a alejarse, se apoyó contra el vidrio. El paisaje lo fue envolviendo de a poco, los campos, los árboles y cerros, que conocía de memoria. No podía creer que iba camino al sur, camino a su hijo, camino a una aparte de él, que nunca había dejado de doler.

En su bolsillo, la carta de doña Carmen y en su alma, la mezcla insufrible de emoción y angustia.

El tren se detuvo con un silbido agudo y prolongado, sobrepasando el canto de las gaviotas. Alberto bajó lentamente del vagón de primera clase. Sentía que cada paso que daba sobre el andén, lo enfrenaba con los años que había dejado atrás. El aire de Tomé era más tibio que en sus recuerdos y traía consigo un aroma típico de mar, sal y eucaliptus.

Era primavera y el pueblo lucía cubierto de un velo de luz. Las enredaderas en flor trepaban por los cercos y las hortensias comenzaban a abrir sus cabezas moradas y rosadas. En los jardines, un olor dulce húmedo, exhalaba de los patios traseros. Miró los cerros, frente a la costanera y podía observar, que había aumentado la construcción de casitas de madera de diferentes colores, y como la brisa movía con suavidad las ramas de los sauces, los eucaliptus y pinos.

Seguía caminando desde la Estación de Tomé a la casa de sus suegros, cada rincón le devolvía una imagen, un eco, una punzada, Reconoció algunos negocios como la Panadería, la carnicería que

lucía más opaca, el almacén donde compraba galletas y gaseosas cuando era joven, al llegar y ubicarse frente a la casa, el corazón se le aceleró y transpiraban sus manos. Casi no podía avanzar; estaba bloqueado. La señora Carmen lo recibió en la puerta. Tenía el cabello más blanco, la piel más delgada, como de papel, pero sus ojos conservaban ese brillo firme, casi severo, que tanto lo había intimidado en el pasado.

Don Andrés, apareció detrás, algo encorvado, y de pasos más lentos, pero siempre con una expresión noble en su rostro. Ambos estaban más frágiles, con los cuerpos desgastados por los años y por el dolor que habían cargado en silencio. Alberto sintió tranquilidad al ver sus miradas que no tenían reproches contra él, más bien sólo una tristeza mansa y contenida.

El niño lo observaba desde el marco de la puerta de su dormitorio, con un gesto entre la intriga y la desconfianza. Tenía su cabello rubio alborotado como su madre y los ojos grandes y oscuros como los de él. Alberto sintió un nudo en la garganta. Se acercó dando un solo paso, luego otro, en silencio. Se agachó con torpeza para quedar a su altura.

— Hola …susurró Soy Alberto. Tu papá—.

El niño lo miró fijo, sin decir nada como si tratara de encontrar en ese rostro cansado algo que le resultara familiar. Alberto no insistió, sólo le ofreció una sonrisa leve. Entonces la Sra. Carmen rompió el silencio:

—Alonso, él es tu papá. El de las cartas—. Pero el niño no contestó. Sólo miraba con curiosidad a ese caballero, para él totalmente desconocido.

Don Andrés agregó: —Debes venir cansado y con hambre. Carmen tiene una exquisita cazuela de vacuno. Vamos a almorzar mientras—.

Se sentaron a la mesa y Alonso continuaba mirándolo, a veces fijamente y otras de reojo. Escuchaba atentamente lo que hablaban:

—Así que esas trabajando en los Ferrocarriles del Estado— comentó don Andrés.

Inmediatamente, el niño levantó la cabeza y sus grandes ojos comenzaron a brillar con una esperanza que aún no sabía nombrar:

—¿En los trenes?—

Todos lo miraron con una sonrisa. Alberto le respondió:

— Sí, en la empresa de los trenes, aunque yo trabajo en las oficinas, pero puedo viajar en tren por todo el país—.

—¿Me puedes llevar a pasear en tren?—

La abuela agregó: —¡Uff a este chico le encantan los trenes! Si cuando los ve pasar, se pega al ventanal y los mira… hasta que desaparecen—.

Alberto se emocionó. Su hijo había heredado su misma pasión. Miró al niño y respondió feliz.

—Si claro, mira ahora que ya estoy trabajando, te voy a venir a ver un poco más seguido y te prometo que en mi próxima visita, saldremos de paseo en tren. ¿Te parece? —

Entonces Alberto se levantó, caminó directamente hacia su hijo, le extendió sus brazos y se le acercó sin palabras. Al principio, fue un abrazo tímido, pero luego, cálido, apretado y reparador para ambos.

En ese instante supo que valía la pena haber vuelto y que su vida comenzaba a cambiar.

A pesar del ofrecimiento de doña Carmen, para que se quedara a dormir esa noche, Alberto decidió no hacerlo. No quería irrumpir tan bruscamente en sus rutinas. Prefería ir paso a paso, sin forzar nada. Habían permanecido largo rato en la cocina, mientras el calor de una estufa a leña, llenaba la casa de aire tibio y familiar.

Conversó en voz baja con don Andrés de cómo había cambiado la estación de trenes en Tomé, del recién asumido presidente Jorge Alessandri, del aumento desproporcionado en el precio de las papas, tema nacional, que estaba afectando la imagen de su gobierno. Se reían porque en el lenguaje popular le decían "el presidente de las papas". Había silencios entre frase y frase, pero no eran incómodos. Quizás ambos sentían, que también el dolor se podía compartir así, sin decir todo.

Mientras tanto, doña Carmen servía té en unas tazas antiguas que guardaban todavía las flores azules, loza inglesa, escuchaba con atención e intervenía poco. Alberto también aprovecho de jugar con su hijo con un tren de madera, de colores vivos. El niño le preguntó:

— Has andado en una locomotora? —

—Sí, pero solo un par de veces, porque yo no trabajo directamente con los trenes, recuerda—.

— Entonces… como lo hiciste? —

—Bueno, un amigo maquinista me invitó un par de veces para que lo acompañara a Valparaíso. Nos fuimos conversando en la locomotora. El manejaba la máquina y yo tocaba el silbato—.

Los ojos del niño se abrieron con asombro, se incorporó emocionado y comenzó a hacer preguntas:

—¿Tenía chimenea? ¿Tenía fuego? ¿Iba rápido? ¿Era muy grande? — Alberto rio de ganas y respondía todas y cada una de las preguntas a su hijo.

Al despedirse, lo abrazó con fuerza. El tren de regreso salía temprano y volvía a Santiago a su vida de trabajo. Cuando sintió el cuerpecito del pequeño, presintió que poco a poco volvía a la vida.

Esa noche, cuando salió de la casa, comenzó a caminar rumbo a una hospedería cercana a la Estación, el aire fresco de la tarde primaveral, lo envolvió con suavidad. Las estrellas que brillaban sobre el mar, lo hicieron pensar, que no todo era pena y frustración y que aún tenía esperanza para recuperar parte de lo perdido.

CAPITULO XXII

Tiempos inmemorables

El reloj avanza con un andar silencioso. Alberto ya se ha acostumbrado a la capital. Aprendió a moverse por las calles, seguía trabajando en Ferrocarriles del Estado y lo hacía con gran responsabilidad.

Seguía viviendo con sus amigos, colaborando en todo, pero estaba pensando que sería bueno, buscar una pensión o una pieza más cerca de su trabajo. Cada tres meses, viajaba a Tomé. Partía con su maleta pequeña, pero ya no con el corazón apretado. Se quedaba en la casa de sus suegros, salía a pasear y jugar con su hijo. Aunque el sueldo era bajo, le favorecía el sistema de los boletos de libre pago.

Había pasado un tiempo trabajando y ya no era un recién llegado, sino uno más entre tantos hombres que intercambiaban historias de vida, tristes y alegres. A veces salían en pequeños grupos para comer y tomar unas cervezas.

A más de alguno se les pasaba la mano con el alcohol y eso muchas veces terminaba en situaciones incómodas o en chistes, que después, cada cierto rato de trabajo, se transformaba en bromas divertidas que aliviaban la jornada, en especial para Alberto.

Cuando compartía con sus compañeros de trabajo, los días viernes celebraban los cumpleaños, incluso más de alguno, no faltó quien inventaba fechas para celebrar. Otros decían que se habían separado y que había que levantarle el ánimo, un tercero había sido cambiado de sección, o había conseguido un cargo de jefatura. Cualquier motivo servía para juntarse.

—Hoy brindamos por el ascenso del "guatón" Valenzuela— gritaba uno.

—¿Asenso? Si lo mandaron al archivo, castigado porque llegó un día con la "caña" jajaja—

—¡Yap por eso también hay que celebrar entonces!— estallaban todos en risas.

Alberto disfrutaba y le hacía bien esas reuniones. Se reía con ganas, algo que le hacía mucha falta.

Los chistes, las tallas pesadas, las discusiones acaloradas por el fútbol y algunas veces por política, pero Alberto prefería mantenerse al margen. Sentía que había salido hace poco del infierno y no podía darse el gusto de complicarse la vida con la política.

Tenía muy buenos compañeros y amigos de distintas corrientes. Algunos más apasionados que otros y más radicales en sus pensamientos. Pero para él, la persona era lo esencial. Nunca le importó el color político de sus amigos.

No pocas veces lo invitaban a participar en reuniones partidistas, pero siempre las rechazaba con alguna excusa generosa.

Él además de trabajar lo pasaba bien con todos. De cada uno rescataba lo mejor. Fue así como ya era el año 1960 y bajo el gobierno de Jorge Alessandri, había mucho descontento, como gente de acuerdo.

Pero las bromas eran pan de cada día. Uno de los episodios más recordados en la oficina fue la famosa broma que le jugaron a Gonzalo, un joven tímido, no muy bien parecido, de modales educados, siempre con la camisa planchada y bien peinado a la gomina. Tenía más de 30 años y seguía soltero lo que, para ese entonces, ya era motivo de bromas constantes entre sus compañeros de trabajo.

—¡Gonzalito, se te va a pasar el tren, compadrei— le gritaban a veces cuando se cruzaba en el pasillo de la imprenta.

—¡Ya no quedan damiselas ; pura pega y carga Gonzalito!— decía otro y todos se reían.

Una tarde mientras almorzaban, a uno de ellos el famoso "Rucio" Alex, que era el más bromista de todos, se le ocurrió una idea: mandar un aviso al diario Ultima hora, en una sección muy exitosa de esos tiempos "Los corazones solitarios. El texto era el siguiente:

"Hombre trabajador, serio, bien parecido y sin vicios, busca a dama entre 25 a 35 años, con intención de formar familia.

Interesadas escribir a: Gonzalo Fuentes, Imprenta de Ferrocarriles del Estado. Calle Borja 84 Estación Central.”

Gonzalo no tenía idea, siguió con su rutina, como todos los días. Hasta que una mañana mientras revisaba documentos en su escritorio, lo llamaron de Secretaría.

—¡Gonzalo Fuentes! se le necesita urgente en Secretaría. ¿Puede bajar por favor?

Fue con la cara llena de incertidumbre. Pensó que quizás se trataba de algún error en su liquidación o alguna notificación interna. Pero el secretario no podía contener la risa. Sobre el mesón había un cerro de sobres.

— ¿Qué es esto? Preguntó confundido.

—¡Tal cual lo ve!. Cartas, todas para usted. ¡Parece que está causado sensación Gonzalito ehh!—

Había más de cien cartas de todo el país. Mujeres de Chillán, Rancagua, Ovalle, hasta de Punta Arenas. Algunas con fotos, otras con perfumes. Había poemas, declaraciones apasionadas, e incluso una que ofrecía viajar de inmediato a Santiago “si el caballero era serio y respetuoso”.

Los compañeros lo esperaban al salir, muertos de risa y aplaudiendo, como si fuera un artista. Gonzalo rojo como un tomate, no sabía si reír o enojarse.

—¿Y qué vas hacer con tantas candidatas compadre?—

—Te alcanza el tiempo pa´ tanta cita?

—¡Podrías hacer un concurso!—

—¡Que elijan ellas, quién se va a quedar con el galán de Ferrocarriles! —

Gonzalo terminó tomándoselo con humor, incluso respondió un par de cartas, aunque nunca supieron si llegó a conocer a alguna. Desde entonces sus compañeros lo bautizaron como “el Don Juan de la Estación Central”.

Otra de las anécdotas más recordadas del grupo era la del “Fondo de Emergencia”. Una especie de “vaquita” creada por necesidad, con más fe que contabilidad. Como los sueldos eran bajos y las deudas crecían constantemente. Pedro Solís, un antiguo

empleado y más ordenado del grupo se ofreció a administrar un fondo común.

—¡Esto es sólo para emergencias!— dijo solemne, la primera vez.

Y todos asistieron con respeto…hasta que descubrieron cuál era la verdadera emergncia: quedarse sin plata en plena salida. Entonces el fondo pasó a llamarse "el salvavidas del viernes".

Pedro cargaba con su cuadernito de tapas verdes que cuidaba como si fuera el libro mayor del Banco Central. Cada préstamo quedaba anotado con nombre, fecha y monto. Ya no importaba si era cigarros, pagar una ronda de cervezas, o conquistar alguna pretendida con vino dulce. Pedro Solís, anotaba todo.

Pero había una regla sagrada e inapelable, establecida por todos: "El único día que se podía cobrar, era el día 30, cuando llegaba el sueldo". Nada de andar presionando antes.

Un día 30 cualquiera, Pedro se armó de valor y fue a cobrarle a Alejandro Silva, el más endeudado del grupo. Alejandro debía tanto, que ocupaba casi dos páginas del cuaderno, ya se estaban quedando casi sin fondos. Pedro lo fue a buscar con su cuadernito, sonrisa amable y con la firme convicción de recuperar algo.

Pero la silla de Alejandro estaba vacía. Sólo colgaba su chaqueta, impecable, como si en cualquier momento, fuera a volver del baño.

Pedro volvió más tarde. La chaqueta seguía allí, inmóvil. Esperó hasta la hora de salida. Nadie bajó.

Finalmente, le preguntó al secretario:

—Disculpa, ¿qué pasa con Alejandro Silva, No va a salir hoy?

El secretario se rió: — ¿Don Alejandro? ¡Si se fue temprano! Dijo que tenía un problema urgente…se fue volando, antes de almuerzo —

Pedro quedó helado. Había sido víctima de una clásica jugada de Silva. Había dejado su chaqueta de señuelo para despistar.

—¡El muy fresco, dejó la chaqueta para despistarmei— Reclamó Pedro en la reunión del lunes.

— ¡Eso es estrategia ferroviaria compadre! — le respondieron sus compañeros entre carcajadas. Y así Alejandro Silva, se libró del cobro…hasta el próximo mes.

Pedro resignado, solo murmuró mientras revisaba su malogrado cuaderno y dijo:

—¡Esto lo voy a anotar con lápiz rojoi—

Una tarde mientras esperaban la llegada de un nuevo jefe de Sección, ya estaban pensando que nombre la iban a poner. En esos años el ambiente laboral era más extendido en especial en Ferrocarriles, donde la camadería y las bromas, eran parte del día a día.

Cuando llegó al día siguiente, y después de ser presentado a todos, se juntaron, para darle un nombre. La misión de todos, era buscar detalles para asignarle el sobrenombre. El "rucio Alex era el más detallista y dijo: ¡pongámosle "¡El señor corbata" porque usa una, con tremendo nudo muy apretada al cuello! Todos rieron y una agregó: —Si …y como es flaco se ve la más la corbata que éli jajaja.

En aquellos años, sobretodo en ambientes como de Ferrocarriles, nadie se salvaba de tener un sobrenombre. Era parte de la cultura, del compañerismo, y también de una época en que el humor era una forma de resistir la rutina, los sueldos bajos y las vidas llenas de esfuerzos.

Los sobrenombres no se pedían ni se elegían. Aparecían de golpe, como un apodo lanzado al aire que caía justo encima, de quien debía llevarlo y una vez que cuajaba entre las risas del grupo, no había vuelta atrás. Podía ser un pequeño defecto físico, una maña, un mal paso, una frase dicha en el momento menos indicado o hasta una mala suerte acumulada.

Si bien algunos sonaban crueles, entre ferroviarios era otra cosa, era una marca de pertenencia, porque sólo se ponía sobrenombre a quien era parte del grupo, no se burlaban a escondidas de la gente sin que ellos supieran. El sobrenombre, era para quien se había ganado el derecho a que lo molestaran con cariño. Alberto había sido bautizado como "El huaso "porque venía del sur.

Algunos eran más conocidos por su apodo, que por su nombre real. Los jefes nuevos, recién llegados, solían quedar perplejos al escucharlos, cuando en alguna convivencia se los presentaban:

El taza (víctor) porque tenía una sola oreja. Había perdido la otra en un lamentable accidente en los talleres. A pesar de su trágico

apodo a él nunca le molestó, al contrario, era el primero en reírse.—¡Vamos taza, escucha con tu oreja buena! Le decían cuando se distraía.

El péndulo (Gonzalo Silva) por lo hábil que era para desaparecer sin que nadie se diera cuenta. Le pusieron así, después de la broma de la chaqueta.

Las tripas lentas (Rubén) porque comía lento, con calma y en silencio…pero siempre se repetía los platos.

El Loro (Miguel) Hablaba hasta por los codos y tenía la costumbre de interrumpir, cuando otros conversaban.

El Fantasma (Luis) Estaba contratado, tenía escritorio, pero nadie sabía bien qué hacía…ni cuando llegaba.

El Cara de Lunes (Osvaldo) siempre tenía la misma cara de cansancio, incluso los viernes, después del pago.

El freno de mano (Arturo) Porque era muy lento, llegaba tarde y todo lo hacía con calma.

El papel calco (Raúl) Repetía lo que decían los jefes, sin cambiar ni una coma. Era como tener al jefe dos veces.

El Sombra (Ramiro) Porque era flaco, chico, silencioso y siempre detrás de alguien más. A veces, hasta se les olvidaba que estaba ahí.

El Morse (Esteban). Era tartamudo. Porque hablaba a pausas… como en código y nadie le entendía.

El medio paso (Mario) Tenía una leve cojera. Porque nunca daba el paso completo…pero avanzaba igual que todos.

El Globo terráqueo (Daniel). Era de cabeza grande. Porque decían que tenía un mundo sobre la cabeza.

El Fierro caliente (Eduardo) Porque siempre estaba enojado o a punto de estallar "no se le puede tocar ni con un guante", decían.

El Neblina (Don Gastón) Era un jefe muy fumador. Porque su escritorio, siempre tenía una nube encima.

El Blanco y negro (Don Francisco) Tenía las patillas blancas y el resto del cabello negro. También le decían "Película Antigua"

Para Alberto en particular, trabajar en ese lugar, no era sólo tener un empleo, era en cierta forma haber recuperado un lugar en el mundo. Después de tanto andar y tanto perder. Haber llegado a

Santiago con el alma rota, encontrarse con ese grupo de hombres sencillos, pero honestos, educados, llenos de apodos y bromas, fue como un bálsamo en su vida.

El sueldo era modesto, a veces apenas alcanzaba, pero su prioridad era su hijo y tenía que acostumbrarse a vivir con lo justo. Nunca se quejaba porque había aprendido a mirar el valor de pequeñas seguridades. Sus compañeros eran como una familia grande. En esos saludos ruidosos, en las bromas de pasillo, en el almuerzo compartido con pan duro y longaniza fría. Sentía que pertenecía, que, aunque no fuera santiaguino, aunque no hablara tanto, ni riera tan fuerte, sus compañeros eran algo más que eso. Lo habían acogido con respeto y con un apodo, que para él era un Título.

CAPITULO XXIII

Época de Cambios

Alberto había recibido un pequeño ascenso dentro de la imprenta. Nada extraordinario, pero lo suficiente como para sentirse valorado. Ahora está a cargo de una pequeña jefatura, y ese pequeño dinero extra, le permitirá dar un paso importante; arrendar una habitación cercana a su lugar de trabajo.

Una colega ferroviaria, como solía pasar en ese ambiente solidario; siempre alguien conocía a alguien. Fue así como llegó a la casa de una compañera mayor que trabajaba, en las oficinas de la estación Mapocho. La señora "Tina" ya próxima a jubilar, que había decidido irse a vivir con una de sus hijas al norte. Su casa era modesta pero acogedora, y tenía un amplio patio. Con árboles frutales, que daban sombra y silencio.

Pero había dos condiciones especiales: En otra de las piezas pequeñas, tenía un matrimonio joven que le arrenda. La casa de ella con una habitación y baño, era la que le alquilaría Alberto. La otra condición, es que no podía llevarse a su perro. Un hermoso e inteligente pastor alemán, de unos dos años, que le había regalado un carabinero muy joven en ese entonces. Al parecer se dedicaba a los adiestramientos caninos, porque el animal estaba completamente instruido, y respondía claramente a variadas órdenes. Era obediente, protector, guardián y de noble carácter.

— Tiene que gustarle los animales y tratarlos bien— le dijo la señora "Tina" con voz firme.

— Este perro no es cualquier cosa. Me da pena dejarlo—.

Para Alberto que adoraba los animales, aquello era más que un detalle. Era una evidente señal. Tener un espacio propio, con patio, con árboles…y con un perro guardián. Pensó inmediatamente en su hijo. Ya tenía casi diez años y era el momento de intentar algo más estable. Pensaba quizás Dios le pudiera conceder el sueño de vivir juntos.

Al poco tiempo, llegaban las vacaciones escolares, y Alberto decidió dar el paso. Escribió una carta a sus suegros. Les explicó que ahora tenía un lugar tranquilo, digno y un trabajo estable. Que esperaba de todo corazón poder recibir a Alonso. El niño ya era más grande y aunque ellos lo habían cuidado con amor y dedicación, sentía que era el momento de asumir plenamente su rol de padre.

La respuesta tardó, pero llegó. Fue una carta escrita por su cuñada menor, con cuidado, con tinta azul y letra pausada. Le decían que comprendían, que sabían cuando lo quería y que, si sería lo mejor para Alonso, entonces estaban dispuestos. Lo único que le solicitaban, que las vacaciones las pasara en Tomé con ellos.

Alonso tenía unos días libres y fue a buscarlo a Tomé. Se despidieron de los abuelos con abrazos y miradas húmedas.

Cuando hace su partida el tren, el niño se veía feliz porque soñaba con conocer la capital, además le apasionaba conocer al perro.

— ¡Papá, va a ser la primera vez que voy a tener un perroi — ¿Cómo me dijiste que se llamaba?

— "Chitán" se llama hijo—.

—Que nombre tan raro… pero lo importante es que es grande y bonito ¿cierto?

— Sí cierto hijo.

Hasta entonces, Alonso solo había viajado en tren un par de veces, cuando iban a visitar a la tía Rita a Penco. Esos trayectos, aunque cortos era una fiesta para él. Alonso no paró de hablar

casi en todo el viaje. Preguntaba por todo: los pueblos, los ríos, los letreros, las estaciones. Alberto tenía una respuesta para cada cosa y pensaba, lo afortunado que era, al tener todavía la oportunidad de estar con su hijo.

—¿Y cómo es la casa, papá?—

—Chiquita, pero con un patio grande— respondió Alberto

—Y le perro va a cuidar la casa papá? —

—Sí por supuesto. La cuida mejor que yo, y te va a cuidar a ti también—

Los ojos de Alonso se agrandaron, al igual que si le hubieran prometido un tesoro. Desde ese momento, no volvió a hablar de otra cosa que no fuera del perro.

Llegaron a Santiago, cuando el cielo ya se teñía de naranja. El aire era más seco, la ciudad más ruidosa. Cuando por fin llegaron a la casa, el perro salió corriendo a su encuentro. El niño lo abrazó como si se conocieran desde siempre. "Chitán" lo aceptó de inmediato, parecía que lo había estado esperando. Alberto y Alonso se instalaron en la casa. Ambos durmieron juntos y felices.

Verano de 1958 y la ciudad hervía. No solo por el calor del verano ni el bullicio habitual, sino por algo más denso. En cada rincón se hablaba de política, de injusticias, de huelgas que paralizaban fábricas, escuelas y comercio. Aunque en Ferrocarriles, todo seguía funcionando con relativa normalidad, se notaba un ambiente espeso, irritable y lo que nunca había pasado, estaba dividido.

El gobierno de turno, Jorge Alessandri Rodríguez, ingeniero civil y empresario de carácter serio y reservado, era independiente, con apoyo de la derecha y sectores liberales. El congreso no tenía mayoría, lo que dificultaba la aprobación de leyes. Las huelgas eran constantes. Ese año en Chile la moneda cambió de peso ($) a escudo (E°) que buscaba controlar la inflación desde el gobierno anterior, para dar una señal de orden económico. Un Escudo, equivalía a mil pesos antiguos

La inflación tenía múltiples causas, pero algunas razones era el elevado gasto público, sin suficiente respaldo productivo. Aumento de sueldos por presión sindical y sin mejoras en la productividad. Fuerte dependencia del precio del cobre que poco subía y mucho bajaba. Débil control fiscal y falta de políticas estructurales. Como resultado: los precios subían mes a mes y la gente perdía el poder adquisitivo. El cambio de moneda no detuvo la inflación, continuó. La gente vivía, menos que con lo justo, aunque ahora los billetes dijeran "escudos"

La polarización se colaba en todo: conversaciones del almacén, en las páginas del diario, en los pasillos de trabajo. Era como si el país se estuviera partiendo en dos. Algunos defendían al gobierno de

Alessandri, por sobriedad y orden; otros lo acusaban de insensible, con los más necesitados y la clase media.

Alberto, sin embargo, se mantenía al margen. Escuchaba con respeto, a veces con paciencia, y prefería no opinar. No por desinterés, sino por convicción. Había intuido que, en esos tiempos, podía significar enemistades innecesarias y él estimaba a sus compañeros como una familia.

—Lo único que quiero es que este país salga adelante— respondía cuando lo apuraban. Pero dentro de todo, estaba muy preocupado. Le angustiaba ver tanta rabia, tanto desencuentro.

Alonso en cambio llegaba entusiasmado de su colegio, con el delantal algo arrugado y un bolsón de cuero, colgando de uno de sus hombros y que cuidaba como un tesoro. Dejaba sus cosas en la mesa de la cocina. El perro lo recibía meneando la cola y dando saltos como un caballito, contento. Pasaban un rato jugando con una pelota vieja. Después, según lo acordado con su padre, entraba y se sentaba a hacer sus tareas. Quizás porque en su interior, sabía que aquel nuevo hogar era algo valioso, algo que debía cuidar.

Mientras Chitán se echaba junto a la silla, sin moverse, como un centinela paciente. Si Alonso se paraba por un cuaderno, lo seguía con la mirada. Si salía al dormitorio a buscar un lápiz, lo acompañaba hasta el dormitorio y volvía con él. Nunca ladraba sin motivo y jamás se alejaba del niño.

Había días en que Alonso escribía caligrafía, otras en que dibujaba volcanes o copiaba poesías simples. Cuando terminaba sacaba un libro de cuentos y se sentaba en el suelo con la espalda apoyada en la muralla, y la cabeza de Chitán sobre sus piernas.

—¿Sabes lo que es un cóndor, Chitán? — le preguntaba en voz baja—Es un pájaro enorme que vuela por los cerros…algún día vamos a ver uno—. El perro lo miraba sin pestañar, como si entendiera cada palabra.

Cuando por fin escuchaba las llaves de la puerta, salía corriendo. Chitán también. Ambos lo recibían como si hubieran pasado semanas. Alberto llegaba cansado, con el rostro cubierto de polvo y manos entintadas; pero al ver a su hijo contento y al perro moviendo la cola, el agotamiento se disolvía de inmediato.

—¿Cómo estuvo la escuela hoy?—

—Bien papá. Todo bien y ya hice las tareas, también leí. Y Chitán me ayudó a no aburrirme—

—¿Alguna dificultad con algo alguna duda hijo? Tú sabes que yo siempre te puedo ayudar.

—No papá por hoy no.

—Entonces estamos bien—. decía Alberto, lo abrazaba con ternura y Chitán movía su cola con alegría.

En ese rincón sencillo y mientras la ciudad seguía su curso convulsionado, sentía que se abría un paso en la vida, bajo el corazón de un niño que comenzaba a sentirse en casa.

Los fines de semana, por lo general, salían a visitar a Irma y Manuel, sus amigos del alma. Ellos se alegraban mucho y esperaban ansiosos la llegada de Alberto con su hijo. Irma incluso preparaba un almuerzo especial, para la ocasión.

Manuel por fin, había encontrado un trabajo de vendedor en una tienda, como entraba tarde, alcanzaba a dejar a las niñas al Colegio. Irma seguía en el Ministerio y había sido ascendida a jefa una sección importante, eso le permitía también, pagar a una señora para que retirara las niñas de la Escuela y preparara el almuerzo para todos.

Las niñas también disfrutaban con la visita de ambos. Incluso aprovechaban de consultar al "tío biblioteca", como le decían cariñosamente a Alberto, por sus tareas o problemas con matemáticas.

Jugaban con Alonso y él les contaba incansablemente de su perro Chitán.

CAPITULO XXIV

País que se Mueve

Habían transcurrido un par de años y no fue un domingo cualquiera en Santiago, menos en el sur de Chile. El día estaba tranquilo, el cielo despejado. Alberto había salido temprano a comprar víveres para la semana. Alonso y Chitán jugaban en el patio, con una cuerda trenzada, repentinamente se detiene y se pone a labrar sin razón aparente. ¡Cállate Chitán! le decía el niño. El can, insistía y no dejaba de ladrar mientras que, a ratos gemía desconsoladamente.

Era exactamente el domingo 22 de mayo de 1960, las tres de la tarde con once minutos, la tierra comenzó a moverse. El movimiento era ondulante, las paredes crujieron, los vidrios vibraron como si fueran de agua y el suelo pareció respirar por las grietas que se abrían y cerraban.

— ¿Qué pasa papá?

— Es un temblor fuerte, No te asustes. Vamos a quedarnos aquí en el patio—.

La sacudida se extendió por casi dos minutos eternos. Cuando finalmente se detuvo, los vecinos salieron a la calle. Algunos llorando, otros en silencio.

Uno de ellos, dijo: — esto fue un terremoto en el Sur, en Valdivia.

Alberto entró a la casa y se percata que no había luz. Encendió su vieja radio portátil pero no lograba sintonizar. Después de unas horas, comenzó a enterarse de la tremenda tragedia.

Valdivia, una hermosa y próspera ciudad, muy sur de Chile, prácticamente había desaparecido. Un terremoto devastador, que remeció todo el país, y que ha sido considerado el más fuerte en la historia mundial. Tuvo una magnitud de 9,5 en la escala de Richter. Más de dos mil muertos, maremotos, destrucción de pueblos enteros, miles de desaparecidos, dejando al menos dos millones de personas afectadas.

En Santiago fue de 5,5 a 6,0 de magnitud, a pesar de la gran distancia, más de ochocientos cincuenta kilómetros desde Valdivia.

El gobierno debió enfrentar una emergencia humanitaria y reconstrucción masiva. Eso desplazó recursos fiscales, que afectó aún más la economía ya deteriorada desde gobiernos anteriores: rehabilitación estructural de viviendas, escuelas, hospitales, puertos, puentes, caminos, líneas ferroviarias, los servicios eléctricos, agua potable. Levantar la industria maderera, agricultura, ganadería y comercio.

Los costos de reconstrucción fueron alrededor de 500 millones de dólares a través de todo el país. Destinó recursos extraordinarios para la creación de la Corporación de la Vivienda Con las consecuencias económicas de endeudamiento externo, el tiempo había seguido y transcurrido casi cuatro años, y una mañana de junio, al llegar a la oficina, el secretario, le hace entrega de una carta, escrita en tinta azul deslavada.

— Le llegó correspondencia, Sr. Valdés, puede pasar a retirarla—

El destinatario estaba escrito con tinta azul deslavada. Era breve sin firma clara pero el mensaje era directo: su padre estaba enfermo. No se decía mucho más, sólo de semanas o días y que, si quería verlo debía apurarse. Alberto sintió un temblor leve en el pecho. Hacía años que no hablaban. Desde que su padre lo decepcionó con su vida frívola, sus mujeres, sus gastos sin medida… hasta perderlo todo.

A veces le costaba considerarlo un padre, era como un eco lejano de otra época. Pero la sangre, al parecer no olvida del todo.

—Tenemos que hacer un viaje Alonso—, le dijo una tarde, mientras tomaba once.

—Vamos a ver alguien de la familia, tu abuelo, mi padre.

— ¿Y quién va a cuidar a Chitán? —

—No te preocupes, va a estar muy bien con la señora Inés—.

—De todas maneras le voy a explicar, para que sepa y se porte bien—¡porque entiende todo papá!

—Ya lo sé hijo. Ya lo sé. Quédate tranquilo.

Tomaron el tren al sur y cargaban sólo un bolso. El paisaje le resultaba familiar. Alberto llevaba el alma revuelta. Era como si

estuviera entrando a un lugar que alguna vez llamó hogar, pero que ahora no existía y le quedaba incómodo.

Mientras su hijo Alonso disfrutaba del viaje con sus ojos que brillaban como charcos bajo la lluvia. El viaje en tren fue largo y silencioso. Alonso, pegado a la ventana, observando el invierno de la época, cada río, cada estación, era diferente al viaje anterior. Llegando a la Estación de Traiguén, el pueblo natal de su padre, bajó con una mezcla de nervios y emoción.

Entraron a la casa, que estaba a las afueras del pueblo polvoriento, de techos bajos. Allí vivía su padre, en una pieza sencilla, con una cocina de barro y un catre de fierro.

Lo recibió una mujer alta de ojos muy claros y modales suaves. Le decían "la gringa. Aunque había nacido en Chile, tenía un aspecto poco común: la piel muy blanca, casi traslúcida, los ojos celestes como el cielo despejado y el cabello rubio ceniza, largo, ligeramente ondulado. Siempre vestía con sencillez, pero con un aire de dignidad, que la hacía destacar entre la gente del pueblo.

Ya tenía casi setenta y cinco años y a pesar de ello y la huellas que deja la vida, seguía conservando una belleza serena, de esas que no buscan llamar la atención, pero quedan grabadas en la memoria. Había querido mucho a ese hombre.

Desde jóvenes se entendieron con pocas palabras y muchas miradas. Habían compartido, penas, silencios y risas. Cuando él había ya perdido todo, fue ella quien lo acogió, sin pedirle explicaciones. No por lástima, sino por afecto verdadero. Se querían sin espavientos, como se aman las personas que ya han vivido lo suficiente, para no tener miedo a entregarse.

— Está débil, pero lo va a conocer— le dijo ella.

Cuando Alberto entró a la habitación, su padre abrió apenas sus ojos. Estaba envejecido, irreconocible, pero aún conservaba una chispa en la mirada que hablaba de otros tiempos—.

—Viniste hijo, susurró—.

Alberto no sabía que decir, se sentó a su lado y le tomó una mano. En ese instante, no pensó en todo lo les había separado, sino en lo que quedaba: un hombre vencido y un hijo que aún podía perdonar.

Le hizo un gesto a su hijo Alonso para que entrara. El niño caminó lentamente. En la cama su abuelo, apenas levantó la cabeza, pero sus ojos brillaron un instante. Alberto le susurra al oído:

—Papá, mira este es Alonso, tu nieto.

El anciano giró la cabeza lentamente hacia el niño. Al principio no dijo nada, solo lo miró. Alonso, se acercó con curiosidad y sonrió.

—Hola…abuelo.

El aciano hizo un gesto, una especie de sonrisa.

—Así que este es el hijo del último Valdés — murmuró— Tiene tus ojos—.

—El niño se acercó un poco más. No dijo nada, pero se quedó a su lado, quizás ese instante no se repetiría.

Alberto los observó con melancolía. No podía cambiar el pasado, pero al menos, en ese momento, ese pequeño encuentro entre generaciones, quedaría en la memoria de su hijo, como algo limpio y sin heridas.

Mientras su padre parecía dormirse entre frases sueltas, la gringa les ofreció té y pan. Alberto apenas probó bocado, pero su hijo Alonso disfrutaba de ese pan recién horneado pasaron dos días allí. No hablaron mucho, no hizo falta. La gringa cocinaba con esmero, y cada gesto suyo llenaba la casa de dignidad silenciosa.

— ¿Ha venido mi hermana Estela a verlo?

—Sí, como tres veces, pero solo por el día. Respondió la mujer

—¿Y mi hermano? —

—Su hermano Gregorio una sola vez, hace tiempo. Estuvo dos días. Se quedaba en el hotel y venía a ratos, porque aprovechó de visitar a sus amigos del pueblo—.

—Pero yo le escribí a usted, agregó la gringa, porque lo llamaba constantemente y a veces lloraba cuando lo recordaba—.

Antes de despedirse Alberto le dejó algo de dinero, aunque ella se lo negó al principio.

—No es caridad— le dijo él— Es gratitud—.

En el tren de regreso, el niño se mantuvo pensativo, Ya no miraba por la ventana.

— ¿Papá?

— ¿Si?

—Tu papá, no es como tú.

Alberto lo miró sorprendido, no sabía si la frase era una acusación o una observación.

—No, respondió con calma—No lo es—.

—Pero me cayó bien igual —añadió Alonso—Se veía solo—.

Alberto no dijo nada, le tocó su cabeza con ternura. Sintió orgullo por su hijo.

Esa noche, lo primero que hicieron, ver a Chitán que saltaba como si tuviera alas escondidas. Luego se fueron a la cama. Pensaba mientras miraba el cielo de la habitación, que el fin de su padre estaba cerca, pero también, que ese viaje había cerrado todo en paz.

CAPITULO XXV

País Revuelto, Hijo que Florece

La tarde caía espesa sobre Santiago, con un telón de humo, ruido y cansancio. Eran las cinco y media de la tarde. Alberto había llevado su mejor camisa para cambiarse y ahorrar tiempo y su corazón palpitaba de un cúmulo de emociones. Después que procedió a lavarse las manos y rostro para refrescar esa tarde calurosa de diciembre de 1970, salió apurado de la Imprenta de Ferrocarriles.

La ceremonia de graduación de Alonso, estaba programada para las seis en punto, pero el caos en las calles, amenazaba con hacerlos llegar tarde

Recordó que esa mañana, mientras tomaban desayuno, Alonso le había dicho:

—Se rumorea que hoy, otra vez, habrá paro y marchas en el centro.

—Lo sé hijo, pero la graduación está programada desde hace meses. Estaré ahí cueste lo que cueste—

La ciudad parecía desarmarse lentamente. Las micros no se veían por ningún lado. Las veredas atestadas de gente caminando a sus hogares, las murmuraciones políticas flotaban en el aire como moscas.

El tráfico colapsaba de vehículos de todo tipo, camionetas, cuyas partes traseras estaban llenas de personas, que se trasladaban de algún lugar a otro. En la radio desde temprano, se hablaba de huelgas de los camioneros, molinos y hospitales.

Alberto caminaba de prisa, casi trotando, con el saco al hombro y el cuello de la camisa, recién puesta, pegado a la nuca. La había planchado con esmero la noche anterior, sabiendo que ese día era especial.

Por su parte, Alonso se había asegurado con los padres de un compañero de estudios que vivía cerca, y lo iría buscar. Mientras

Alberto no encontraba locomoción, la solidaridad chilena parecía no faltar, porque en una esquina al salir a la Alameda, se acercó una camioneta y el conductor le dijo:

—¡Oiga amigo, voy hasta providencia pero por las calles laterales, si le sirve súbase atrás con los demás! —.

Subió inmediatamente y sin pensarlo. En el camino iba observando una fila de carabineros a caballo. Le preocupada la violencia, que se venía acumulando como pólvora. Pronto se bajó en pleno centro, en la parte más cercana al establecimiento donde estudiaba su hijo.

Cuando llegó al Liceo de hombres, el lugar ya estaba casi lleno. Padres con rostros cansados, madres vestidas con lo mejor que tenían. Algunos hermanos menores corriendo entre las bancas. El rector hablaba con un megáfono, para dar instrucciones organizativas y a lo lejos, se escuchaban cánticos políticos mezclados con el ruido de la ciudad.

Alonso fue llamado al escenario, como el mejor alumno de su generación. El diploma tenía una firma temblorosa y la tinta parecía corrida, pero eso no importaba. Alberto miraba a su hijo con una emoción difícil de explicar. Orgullo y amor por supuesto, pero también un dejo de melancolía porque conocía que ese instante, marcaría el fin de algo. Su hijo había crecido y estaba alejándose suavemente de sus brazos, de cuando lo sostuvo desde niño.

Cuando se abrazaron al final, Alberto le susurró al oído: —Ahora empieza tu verdadera vida, hijo. Y yo voy a estar contigo en cada paso—..

El muchacho no respondió. Solo apretó los ojos y contuvo las lágrimas.

Un par de semanas después, Alberto había llamado desde la oficina a su hermano, para ofrecerle una visita con su hijo, necesitaba hablar algo importante con él. Gregorio aceptó cordialmente que lo fueran a ver. El domingo, tomaron una micro rumbo al barrio alto de la ciudad, donde vivía Gregorio con su esposa e hijo, un poco mayor que Alonso.

La casa conservaba su hermosura, el jardín que tanto le había llamado la atención cuando fue por primera vez, conservaba su

belleza, pese al paso de los años. Su ex suegro, también hombre de investigaciones, se la había dejado de herencia a Eliana su única hija. Un patrimonio, que parecía un tesoro para esos tiempos.

Gregorio los recibió con mangas de camisa, sin corbata y con una taza de té aún humeante en la mano. Abrazó con fuerza a su hermano y luego, con más mesura, saludó a Alonso.

Alberto le dijo inmediatamente: —supongo que ya adivinas por qué queremos hablar contigo—.

— ¡Me imagino… este famoso muchacho, — midiendo al joven con la mirada, —tan destacado, quiere entrar a Institución! —

Alonso, bien parado respondió con fuerza y su voz no tembló: — Sí tío. Quiero ingresar a Investigaciones, me ha interesado desde siempre—.

Gregorio lo observó en silencio, luego le habló a Alberto: —¿Estás seguro?—

—Más que nunca, respondió —no están los tiempos para que los muchachos buenos se pierdan. Tú sabes lo que está pasando con el país, se está viniendo abajo. Huelgas, tomas, violencia por todas partes. Cada día se cierra una puerta. Esta es una, que aún está abierta—

— Si, y que no acepta a cualquiera— advirtió Gregorio, pero su tono no era de rechazo, sino de advertencia honesta.

La conversación continuó en el comedor. Gregorio les explicó cómo eran los exámenes, las pruebas físicas, las entrevistas psicológicas, el entrenamiento exigente. El joven escuchaba con mucha atención, anotando mentalmente cada palabra. Alonso, tenía una mezcla de entusiasmo y madurez. No era el romanticismo de los jóvenes que buscan acción, sino el compromiso de alguien que comprendía el peso de lo que estaba eligiendo.

—Yo puedo hacer una recomendación, — dijo finalmente Gregorio —, pero no lo voy a apadrinar. Tiene que ganarse su lugar—.

—Así debe ser— respondió el muchacho, con mirada firme.

Mas tarde Alberto y Gregorio se quedaron solos en el jardín, mientras el joven se había ido a charlar con su primo Jorge.

—Gracias hermano, — dijo Alberto mientras encendía un cigarrillo.

—No me las des aún— respondió Gregorio— . Este país está al borde de algo muy feo y, no sé si es bueno meter a un muchacho en esta institución justo ahora—.

—¡Por eso mismo, Gregorio!. Justo por eso. ¿Si no lo hacemos nosotros…quién? —

Gregorio abrió los ojos y mantuvo silencio. Ambos sabían que ya no estaban hablando solamente de Alonso, ni tampoco de Investigaciones. Hablaban de Chile, de lo que se venía.

Había transcurrido un tiempo y Alonso había dado todos los exámenes para postular a la Escuela de Investigaciones, solo quedaba esperar.

Chitán ya no ladraba como antes, dormía más, comía poco y pasaba horas tendido al sol con la mirada ida, como si no tuviera nada que perseguir. El joven lo cuidaba con una ternura que sólo se ve entre hermanos del alma. Lo arropaba por las noches, lo ayudaba a levantarse cuando las patas traseras le temblaban, y le hablaba bajito, contándole historias de su niñez, que ambos habían compartido.

Lo habían llevado al veterinario días antes, pero el diagnóstico fue claro: No estaba enfermo, solo se estaba apagando, como se apagan los días de otoño, sin hacer ruido.

—Una tarde, mientras Alonso le humedecía los labios y su nariz, Chitán lo miró con esos ojos nobles, que hablan más que mil palabras y que sólo un ángel lo puede hacer. Luego de un rato apoyó su cabeza, en el brazo del chico y se quedó dormido. No volvió a despertar.

Alonso lloró como no lo hacía desde mucho tiempo, cuando era niño y extrañaba a su madre. Abrazaba incansablemente al animal una y otra vez. Al llegar Alberto su padre, lo encontró con su cara escondida entre las manos sollozando profundamente. Llegó justo a tiempo para abrazarlo.

—Hijo , sé lo que estás sufriendo, créeme—. Tenía que irse, nos acompañó por muchos años, éramos tres. Éramos un equipo.

— Se fue tranquilo papá… como si me hubiera estado esperando —

—Claro que sí, hijo — susurró Alberto, sujetándolo fuerte— Él sabía que ya habías crecido. Que podía partir en paz—.

Lo enterraron esa misma tarde antes de anochecer en el patio, debajo del peral donde solía echarse en verano. Alberto cavó, porque su hijo estaba deshecho. Alonso colocó dentro de una cajita de madera, una fotografía de los tres: el padre, el hijo y el perro. La imagen de una época hermosa, ya irrepetible.

—Gracias por acompañarnos en todo— murmuró Alonso, antes de cubrirlo con tierra — Fuiste más que un perro—.

La noche cayó serena, nadie encendió la radio, ni la televisión, además tenía pocos programas y todavía en blanco y negro. Sólo se podía escuchar un silencio sufrido con una taza de té, compartida y sin apuro.

La mañana siguiente, tocó el cartero. Llevaba unos sobres bajo su brazo medio arrugados y polvorientos.

—¡Telegrama para don Alonso Valdés Canalesi

Alonso lo recibió con nerviosismo, y con una punzada en el estómago. Lo abrió con manos torpes, leyó en voz baja y levantó la mirada. Inmediatamente salió al teléfono público más cercano, para llamar a su padre a la imprenta. Después de esperar un rato, le dieron con él—Papá .. quedé, quedé—

Alberto miró hacia el cielo y dijo en voz muy baja: Cristina… gracias, tu hijo lo ha logrado—.

El chico no escuchó, pero agregó: —acá te muestro el telegrama — me tengo que presentar el lunes.

Cuando Alberto llegó a casa, Alonso lo abrazó fuerte.

—Fue el último regalo de Chitán— dijo el muchacho, mirando hacia el árbol donde lo habían enterrado.

Repentinamente, desde ese rincón del patio, el viento eleva unas hojas secas con aroma a tierra húmeda y recuerdos de la infancia. Entonces ambos entendieron el mensaje: había terminado una etapa, y comenzaba otra.

CAPITULO XXVI

Entre Ruido y Silencio

Pasaban los años y Alberto caminaba por las calles con una bolsa vacía para buscar qué comprar. Miró a su alrededor y vio una fila que doblaba la esquina. Observaba mujeres cansadas, niños y viejos resignados.

La ciudad no era lo mismo, no sólo por la escasez. Era otra cosa. El miedo los susurros, las miradas esquivas en la oficina y comentarios que evitaba responder. Aunque él era educado e imparcial y estaba muy bien informado, aun así, no podía creer lo que veían sus ojos.

El gobierno de Salvador Allende, con su modelo económico, vía al socialismo, intentó controlar los precios y aumentar los salarios para mejorar la vida de los trabajadores. Durante el primer año de mandato había logrado controlar temporalmente la inflación, en comparación con años anteriores, debido al congelamiento de precios y aumentos de sueldos.

Pero estas medidas, tuvieron resultados engañosos, se financiaba imprimiendo más dinero. Esto generó un enorme déficit fiscal y escasez de productos, lo que haría que la inflación se disparara al año siguiente. Los precios estaban artificialmente bajos, pero pronto la economía empezaba a desbordarse.

Nacionalizó el cobre, considerado "el sueldo de Chile". La medida fue muy popular, aprobada por unanimidad en el Congreso. También se nacionalizaron grandes empresas y bancos. El estado pasó a controlar una parte importante de la economía. Esto inicialmente generó esperanzas en el pueblo, pero un gran temor a los empresarios y sectores conservadores, que veían como se les expropiaban sus empresas Alberto analizaba que, sin duda, la utópica y quizás hasta romántica teoría, del Maxismo y Lenilismo, era imposible e irreal en nuestro país, por innumerables motivos, pero principalmente, por la falta de conciencia de clases, déficit de

formación intelectual de la época, escasa preparación social y política, sin mencionar, una tradición cultural, marcada por el individualismo.

Chile estaba dividido en dos grandes bloques: Los que apoyaban el proyecto socialista de la Unidad Popular y los que rechazaban profundamente, compuesta por la derecha y del centro. Hubo un aumento de tomas de terrenos, huelgas y enfrentamientos entre trabajadores y empresarios.

Los discursos cada vez más extremos, y se hablaba abiertamente de "revolución" y "contrarrevolución. Surgieron los grupos armados, tanto de izquierda como de derecha, y se preparaban para un posible conflicto mayor.

Ya hacia 1972, era una verdadera "guerra ideológica" declarada en las radios, diarios, y en los discursos públicos. El desabastecimiento comenzó a notarse fuertemente, se sentía una tensión en el ambiente, como si el país estuviera al borde de un abismo.

El mercado negro comenzó debido a la escasez de productos básicos, eran los mismos productos, pero a precios más altos. Todo se negociaba "por debajo": arroz, azúcar, aceite, leche, neumáticos, repuestos, etc. Otros alimentos que se compraban con libretas de racionamiento, aparecían en casas particulares, calles o almacenes clandestinos.as filas se hicieron parte del paisaje, había que levantarse temprano, para estar de pie durante horas. Muchas veces, después de tanto esperar, se agotaba la mercadería o sólo se vendía a quienes tenían libreta de abastecimiento. Algunas personas, ante rumores de la llegada de un artículo, hacían turnos de noche, para asegurar la compra.

La polarización y la tensión social aumentaba en un país profundamente fraccionado. Los trabajos extremadamente escasos, familias divididas y vecinos que dejaban de hablarse.

Alberto como no se manifestaba: los de izquierda creían que era de derecha, y los de derecha, aseguraban que era de izquierda. Ese punto no dejaba de complicarlo, ya que hubo gente que dejó de saludarlo. En especial cuando salía a trabajar.

Aparecieron los cordones industriales que eran trabajadores organizados, que se tomaban las fábricas. La violencia iba en aumento. Se temía en el aire un enfrentamiento civil abierto.

Esto no puede seguir así—, pensó —estamos al borde de una guerra civil y ya nadie puede detenerlo—. También pensaba en su hijo, nadie debía saber que había entrado a investigaciones, era demasiado arriesgado. Rogaba seguir con trabajo, estaba pagando puntualmente el préstamo solicitado tiempo atrás, para solventar los gastos de su hijo para entrar a la Institución. No vivía con lujos, pero si con austeridad, su orden y disciplina le permitía subsistir sin grandes sobresaltos.

En su lugar de trabajo que era pura alegría, el ambiente laboral ya había cambiado. La camaradería de antaño se había debilitado. Debatían, pero seguían respetándose, aunque las diferencias ideológicas, comenzaban a aflorar con fuerza.

Se acusaban mutuamente de fanáticos y ciegos. Alberto observaba como los mismos compañeros, que antes se trataban con un cariño de hermanos, ahora discutían por política. Le dolía ver como todos ellos, hombres sencillos, buenos, con sus historias y realidades sufridas y de esfuerzo discutían, pero todos deseaban lo mismo: soñaban con un mundo mejor para ellos, para sus hijos y para el país.

Las mañanas de Alberto, comenzaban siempre con un café y diarios. De esa manera se informaba sobre el país y del mundo. Cada vez lo hacía con más frustración, las noticias le parecían de un país, que él desconocía.

La primera noticia que la había impactado fue el 22 de octubre de 1970 el título decía: "Atentado al General René Schneider". El artículo explicaba que era el comandante en Jefe del Ejército de Chile, reconocido por su respeto absoluto a la Constitución. Gran colaborador del presidente Allende, esa mañana, en una avenida de Santiago, su automóvil militar fue interceptado por un grupo armado que intentó secuestrarlo. Schneider se resistió y recibió varios disparos. Murió tres días después en el Hospital militar debido a sus heridas.

Octubre de 1972. Alberto leyó otro titular que marcó la vida diaria del país. :" Paro Nacional de camioneros". El artículo explicaba que la Confederación Nacional del Transportes de Carga, había iniciado una huelga indefinida, en protesta por la escasez de repuestos y el control estatal.

Más de 40 mil camioneros detuvieron sus vehículos en rutas y terminales. Así bloquearon el transporte de alimentos, combustibles y mercancías en todo Chile. La movilización paralizó totalmente el abastecimiento y obligó al gobierno a desplegar las Fuerzas Armadas, para mantener el transporte básico.

Otros titulares: "Muere el Edecan Naval del presidente Allende". Arturo Araya Peeters, Capitán de Navío y Asistente Naval, fue atacado a balazos por un grupo armado en la puerta de su casa. La Renuncia del General Carlos Prat. El diario destacaba que era leal defensor de la legalidad democrática. En su reemplazo, un general de perfil bajo hasta entonces. Asume su cargo Augusto Pinochet Ugarte, como comandante en Jefe del Ejército."

Alberto, no olvidaba nada, tampoco esos nombres, aunque no hablaba de ello, era conocedor de los acontecimientos a través de los periódicos, televisión, radios y de ambas distinciones políticas. Aunque con ello, tenía la certeza que— nadie en este país estaba realmente al salvo—.

Llegó un momento en que Alberto interiormente esperaba que las Fuerzas Armadas, actuaran para establecer el orden. Sentía que el país era un hervidero de odio, desorden, escasez, falta de trabajo— posiblemente no hay otro camino— pensaba.

El país se desangraba y se preguntaba: — Cómo habíamos llegado a esto? — ¿habría algún culpable? Reflexionaba y concluía que quizás, desde muchos años atrás, día a día casi imperceptible, factores externos e internos y cada gobierno de turno, había sumado lo suyo, para bien y sobre todo, para mal.

— Esto fue avanzando como una bola de nieve, y muchos ni siquiera se han dado cuenta— decía en voz baja.

No despertaban su interés los discursos, ni las teorías. Había llegado al convencimiento que aquello no era gobernable y él como tantos otros ciudadanos, creía que solo una intervención podría

evitar un colapso mayor. No era odio, no era venganza, era necesidad. Un deseo íntimo de que todo se calmara. Que el país respirara de nuevo. Por ahora sólo deseaba orden y paz,

—después de arreglará la economía—pensaba.

Eran los primeros días de septiembre y el ambiente político y social estaba cada vez más tenso. En la televisión y radio se hablaba de reuniones políticas urgentes en la moneda y el las Fuerzas Armadas.

Alberto había salido a caminar al parque O'Higgins para relajarse un rato, sin embargo, sintió lo contrario. Con quien hablaba o cruzaba palabra, aseguraba que "algo grande se viene". Él no podía saber exactamente de qué se trataba y esa misma noche la televisión, pero sobretodo las radios opositoras, insinuaban que se preparaba un "movimiento militar". Por su lado, Allende, se reúne con sus asesores y ministros, quizás imaginando que el golpe sería inminente.

La mañana siguiente, un día laboral y normal, pero con movimientos inusuales de tropas en Valparaíso y Santiago. Alberto observó menor presencia de trabajadores en todos lugares, especialmente en oficinas y fábricas.

Al anochecer, barcos de la Armada se encontraban en posición frente a la costa de Valparaíso. Alberto duerme esa noche, sin saber que sería la última de la Unidad Popular.

CAPITULO XXVII

El Día en que se Detuvo el País

Martes 11 de septiembre de 1973. Las 6:00 a.m. Alberto estaba solo en su hogar. Encendió la radio como todas las mañanas, y escuchó unos comunicados militares, que anunciaban que las Fuerzas Armadas, tomaban el control del país.

"—Atención: Se comunica a la ciudadanía que las Fuerzas Armadas y de Orden, han asumido el control del país, se solicita la colaboración de la ciudadanía..."—

La frase lo dejó inmóvil, se sentó en el borde de la cama, con una taza de café entre sus manos. Durante meses se había imaginado que esto podía pasar, incluso hasta lo había deseado en silencio. El país estaba desgarrado, el pan escaseaba, las calles eran un hervidero y nadie confiaba en nadie.

Pensaba que esta acción decidida, traería el orden al país, tan anhelado 8:30 , escuchaba que la Junta Militar, exigía la renuncia inmediata del Presidente Salvador Allende.

"…El presidente Salvador Allende, debe rendirse y abandonar el palacio de la Moneda de inmediato, con las manos en alto y sin armas. Caso contrario, el edificio será atacado por aire y tierra. El ultimátum es claro: rendición incondicional" …

Alberto no escuchó más, solo que después, otra voz irrumpió: Era Salvador Allende, hablando con serenidad. Rechazaba su rendición y afirmaba que permanecería en su puesto, defendiendo el mando, que el pueblo le había entregado.

A las 9:10 de la mañana oyó el último discurso del presidente Allende desde el interior del Palacio de la Moneda…

…" Tengo fe en Chile y su destino… Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas, donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor…"

Alberto permaneció inmóvil frente al aparato, jamás pensó que se llegaría a esta situación, tan extrema. Afuera la ciudad estaba extrañamente callada, no pasaban autos, no se escuchaban voces. Hasta que a las 11:52 un enorme ruido de aviones Hawker Hunter , sobrevolaban la ciudad de Santiago. La Moneda estaba siendo bombardeada.

—Ya no hay marcha atrás— Se dijo interiormente. Desde ese instante, supo que la historia del país y la suya— cambiaría para siempre.

Las calles quedaron vacías; se decretó toque de queda. No salió a trabajar, pensó en su hijo Alonso, funcionario de investigaciones y decidió no hablar de ello con nadie.

El palacio de la Moneda era bombardeado por la Fuerza Aérea, y rodeado por tropas del Ejército.

Más tarde se va enterando que el presidente Allende, se había suicidado. Después de su discurso, habría permanecido a en su despacho, junto a un pequeño grupo de colaboradores y guardias personales. El arma estaba dentro del palacio, un fusil automático regalado por Fidel Castro. Allende lo habría utilizado, justo en el momento en que las fuerzas militares, avanzaban en el interior del edificio.

Al día siguiente, siguió el toque de queda, con patrullas en las esquinas y bandos. Las oficinas permanecían desiertas, muchos militares, decretos por radio y televisión. Alberto permaneció en casa como la mayoría de la gente. Las calles solitarias, los vecinos hablaban en susurros y observaban por detrás de las cortinas.

Ya el jueves, algunos negocios abrieron por horas, filas para el pan y velas. Alberto salió un rato, caminó unas cuadras, soldados en los accesos y locales aún cerrados. Comentarios corrían de puerta en puerta: Detenciones nocturnas de dirigentes y trabajadores de izquierda. Entonces, decidió volver inmediatamente. El miedo se sentía en el aire.

El viernes Alberto inicia su intento por volver al trabajo. La sorpresa fue mayúscula, En la Empresa faltaban muchos compañeros y varios amigos. Esperaba que sólo fuera por problemas para llegar a su lugar de trabajo. Nadie preguntaba en voz alta.

Alberto hizo su turno en silencio, con el radio portátil a bajo volumen.

La ciudad estaba totalmente militarizada, controles de identidad y la gente compraba lo básico y regresaba rápido a sus hogares. Alberto pasó por el mercado de Santiago: había productos, pero el ambiente era de temor y desconfianza. En la noche, seguía el toque de queda.

Lunes 17 de septiembre y en la oficina encontró muchas sillas vacías y rumores: "lo fueron a buscar en la noche", "se presentó voluntariamente", " no se sabe dónde está, ni la familia sabe que pasó con él." Alberto confiaba que sólo fueran ausencias temporales y que pronto volvería a ver a sus compañeros y amigos.

No hubo celebración de Fiestas Patrias, una de las fiestas más populares del país, sin embargo, muchos Actos oficiales y vigilancia. Las familias permanecían dentro de sus casas y decidió mirar por la ventana: Banderas colgadas en edificios públicos y en algunos hogares, pero sin cuecas, ni música, ni juegos, ni asados a la parrilla.

Pasaban lo días y no había explicaciones. Solo rumores, susurros y temor. Se hablaba de campos de detención, de interrogatorios, de camiones que salían por la noche a lugares sin nombre.

Ya su lugar de trabajo era angustiante. En la sala de descanso, donde hace poco las risas, bromas, sobrenombres, discusiones por fútbol y de política abundaban, había sillas vacías que comenzaban a multiplicarse. Nadie se atrevía a preguntar. Cada uno parecía ocupado en no mirar a los lados, como si hablar fuera peligroso, como si el silencio hubiera sido la única forma de seguir con vida.

Alberto continuó con su vida. Había llamado a su hijo y se encontraba bien, terminando sus estudios. Investigaciones, inicialmente, no había tomado parte del golpe militar, por no pertenecer a las Fuerzas Armadas y de Orden.

Los murmullos habían reemplazado las conversaciones, pero las noticias corrían de pasillo a pasillo. Se hablaba de camiones militares entrando y saliendo del Estadio Nacional, no para ver futbol, sino para dejar allí a cientos de detenidos.

Él, aunque era muy inseguro, se armó de valor y acudió al Estadio Nacional, para saber si algunos de sus compañeros de trabajo se encontraban en ese lugar. Después de una larga fila a pleno sol, al revisar las listas con los nombres de los detenidos, descubre que no estaban allí. Otro desencanto, porque había sabido que algunos de ellos, eran liberados. No podía creer lo que estaba sucediendo.

Posteriormente, muchos fueron trasladados a otros recintos, otros fueron liberados o ejecutados. El Estadio Nacional, dejó de ser usado como centro de detención masiva a fines de noviembre de ese mismo año. Aunque continuó recibiendo prisioneros en forma intermitente algunos meses más.

A medida que pasaba el tiempo, por las noches, la ciudad siempre cambiaba de rostro. El silencio era tan denso, que cualquier ruido, parecía un aviso. Alberto ya había aprendido a conocer el sonido de los motores, golpes secos en alguna puerta, voces firmes ordenando abrir y luego pasos apresurados. En menos de cinco minutos, los vehículos arrancaban y las calles volvían a quedar mudas.

Alberto como todos los vecinos, fingía que no escuchaba, aunque cada vez le costaba más conciliar el sueño. Creía como muchos, que el golpe militar traería orden y calma. El país como estaba, era absolutamente ingobernable, no tenía pies ni cabeza y también había sentido miedo de ello. Pero nunca imaginó que se iba a pagar un precio tan alto.

En lo más profundo de sí mismo, conservaba la esperanza de que todo aquello era temporal. Que un día sin previo aviso, vería regresar a esos rostros conocidos, tal vez cansados, tal vez más viejos, pero vivos. No podía aceptar la idea, que se fueran por siempre.

CAPITULO XXVIII

Un Atisbo de Esperanza

Con el paso del tiempo Alberto seguía padeciendo cada vez más la ausencia de sus compañeros de trabajo, pero pocas veces se atrevía a hacer comentarios. Ya habían transcurrido dos largos años desde el Golpe Militar. En un par de ocasiones visitó a familiares de ellos — los más cercanos, los más amigos— pero pronto comprendió que no era prudente insistir. Le advirtieron que no regresara más porque sus casas estaban vigiladas.

Agradecía el orden, el control callejero, la economía parecía más nivelada y una señal de pequeño respiro, comprendía que habían existido grupos armados que buscaban desestabilizar el país y adueñarse de tierras, industrias y propiedades y tal vez, con ellos habría que ser drásticos. Pero también sabía con esa misma certeza, de quien conocía el corazón de sus colegas que ellos no formaban parte de esos grupos.

Por su historia de vida, lo que verdaderamente marca a las personas, no podía evitar sentirse abandonado nuevamente, y las heridas del pasado volvieron a abrirse. Tanto padecimiento y desamparo, y sus compañeros habían sido un pilar fundamental en la recuperación de su estado anímico. Lo habían acogido desde el principio con respeto, cordialidad y después con un cariño, casi familiar. Estaba muy apesadumbrado y decepcionado.

Se estaba asomando la primavera, pero él estaba viviendo otro de sus muchos inviernos. Un invierno interior, frío y desolado, sin flores, que no se medía por calendario, sino por las pérdidas, los silencios forzados, la desesperanza del día a día, al no ver llegar a sus compañeros de trabajo.

Una tarde, mientras descansaban después del almuerzo, uno de sus colaboradores nuevos lo enfrentó. Habló en voz muy alta, casi gritándole para que todos los demás escucharan:

—Oiga amigo…¿usted de qué parte esta?—

—¿Cómo que de qué parte?— respondió Alberto, sin perder la calma.

—Si, pues…¿de la izquierda o del gobierno militar?

Alberto lo miró fijo, respiró hondo y contestó con voz pausada:

—No estoy ni del lado de la izquierda…tampoco del gobierno actual.

—¿Entonces?— insistió el otro.

—Ya que insistes tanto, te voy a decir: no me interesan los partidos menos el fanatismo—.

—Yo estoy, y siempre estaré del lado de la vida… donde laten los sueños, reside la verdad, las esperanzas, y donde palpita la fragilidad y la fuerza del ser humano…— No sé si te queda claro.

El hombre lo observó, sin saber qué más decir, ante el concepto tan profundo, lúcido y esclarecedor de Alberto. En seguida volvió a su oficina, dejando detrás de él, un reflexivo y profundo silencio.

Con el pasar del tiempo la Empresa de Ferrocarriles del Estado, estaba haciendo notar su decadencia que se arrastrada desde muchos años. Hubo un plan de ajuste y pasó a ser administrada por interventores del gobierno militar.

El objetivo era ordenar la empresa, pero en la práctica se congeló la inversión pública y se priorizaron las carreteras. Dentro de esto, se implementaron políticas de reducción de personal y de costos. El número de trabajadores cayó de 25.000 a 15.000 en pocos años. Hubo necesidad de cerrar ramales, debido a deterioro constante de las líneas, durmientes, estaciones y material rodante, como carros y locomotoras, que no fueron renovados. Esta política favoreció a camiones y buses interurbanos. El transporte de carga ferroviaria se mantuvo, pero con una inversión mínima.

En las mañanas leía todos los periódicos que, por suerte, siempre llegaban a su lugar de trabajo y por las noches, Alberto encendía la radio; era una costumbre que tuvo desde niño. Ya no le llamaba la atención las contradicciones y discrepancias entre lo uno y lo otro.

Encontró estaciones extranjeras que llegaban con un leve zumbido de interferencias. Allí escuchaba las crónicas de periodistas y corresponsales extranjeros y chilenos que relataban la llegada de

compatriotas exiliados a tierras lejanas. Las voces narraban diferentes situaciones:

El régimen había dictado decretos de expulsión para opositores a quienes, se les prohibía el reingreso al país.

Argentina había sido el principal destino inmediato, algunos se quedaron en ese país, pero muchos, continuaron sus viajes hacia otros países como: Suecia, Canadá, Francia, México, Cuba, Italia España y la RDA (Alemania Oriental) quienes habían ofrecido asilo inmediato.

El primer año después del golpe fue el más extenso, con decenas de miles de salidas. Se había intensificado la salida clandestina por pasos fronterizas hacia Perú y Bolivia.

Habían surgido programas humanitarios y redes internacionales, que asistían con la documentación, pasajes y contactos con el exterior.

La comunicación con Chile era limitada, como cartas censuradas y llamadas telefónicas vigiladas.

En los controles, el silencio y la tensión aumentaban al pasar por el Aeropuerto Pudahuel. Los soldados miraban los pasaportes con mirada fría, hojeaban papeles y no pocas veces demoraban a familias enteras. Mientras los demás pasajeros contenían el aliento.

Alberto escuchaba con los codos apoyados en la mesa y una taza de café que se enfriaba entre sus manos y daba gracias a Dios, por nunca haberse inclinado por un bando político. Quizás era timidez extrema de su parte, y pensaba en su caso y quizás de muchos chilenos, esta neutralidad le había permitido seguir en su país, conservar su trabajo. Aunque no era mucho lo que ganaba, le había servido para educar a su hijo, sin miedo a ser constantemente vigilado o perseguido. No obstante, no podía estar ajeno al dolor y la desesperanza de aquellas historias: ¿ Y si su vida y la de su único hijo hubieran estado en peligro? Es muy probable, que hubiera hecho lo mismo. Eso era parte de su empatía y formación.

Valoraba que las calles ya no estaban en ebullición como antes. Aunque el toque de queda impuesto, no se levantó de inmediato, se fue acortando progresivamente según la época y la zona. La tranquilidad en las calles daba una sensación de orden para quienes

no estaban involucrados con la política. Era común ver patrullajes mixtos de carabineros, militares y en algunos sectores, de investigaciones.

Las esquinas claves tenían retenes móviles o puestos de control, en horarios cercanos al toque de queda. La gente se acostumbró a mostrar su cédula de identidad o a responder preguntas rápidas en controles nocturnos al azar. Era una sensación ambigua, para quienes no vivían la represión, era tranquilidad, pero para otros esa calma era inquietante, las calles parecían seguras, aunque demasiado vigiladas y silenciosas.

La vida cotidiana y social se desarrollaba más temprano. Los cines, restaurantes y pubs cerraban anticipadamente, para que sus empleados y clientes pudieran regresar a sus hogares, antes del toque de queda. Las familias se reunían en casas de conocidos y regresaban juntos, a veces caminando por calles tranquilas, con pocas luces y mucho espacio vacío.

El gobierno implementó un Plan de Recuperación Económica, inspirado en los "Chicago Boys" aplicando medidas de libre mercado. Aunque inicialmente seguía subiendo la inflación, luego comenzó a bajar. Pero el impacto cayó en el desempleo, que llegó entre el 18% al 20% por el quiebre de algunas industrias y por la apertura a productos importados.

Años más tarde la inflación bajó a un rango de 60%, lo que fue percibido como un logro y el comercio importador floreció. Comenzaron a llegar electrodomésticos, ropa y autos extranjeros.

La economía se ordenó para quienes tenían un trabajo estable, como Alberto y Alonso, aunque el costo social fue alto y se notaba más la desigualdad y la precariedad laboral.

Alonso, su hijo, había tenido su primer asenso en Investigaciones debido a sus altas calificaciones, y obtenido el cargo de Detective Inspector. Además, siempre estaba pendiente de su padre y le ayudaba económicamente en la medida que podía. Afortunadamente para su padre, no le había tocado participar directamente en situaciones riesgosas como allanamientos o traslados de detenidos.

Investigaciones, inicialmente había mantenido su estructura formal como policía civil, pero bajo una estrecha vigilancia.

Prontamente con una dirección asignada, para nadie era desconocido, que hubo participación de algunos funcionarios de la Institución que integraron organizaciones extremas, como agencias encubiertas, servicios de inteligencia, organismos de espionajes, entre otras, creadas por el régimen.

Mientras para Alonso, sus labores eran mayoritariamente, realizar trabajos de investigación dentro de las oficinas, aunque había aprendido a moverse entre informes y patrullajes. También le quedaba algo de tiempo para compartir y hacerse de amigos en la institución. Uno de sus compañeros más cercanos, lo invitó a una exposición universitaria en donde también su hermana expondría sus pinturas.

—Podrías ir a darte una vuelta amigo… hay música en vivo y algún vinito para degustar, no es tan aburrido— bromeó Rafael

Alonso fue más por cortesía que por curiosidad. La exposición se montaba en una casona antigua del centro de Santiago, con tejas coloniales y olor a óleo fresco. Entre las paredes cubiertas de lienzos, la vio. Era una joven de piel dorada, de mirada intensa, el cabello castaño recogido en forma descuidada contextura mediana y las manos manchadas de pintura.

Rafael se acercó —que bueno que viviste amigo. Te voy a presentar a mi hermana Claudia, ella es una de las expositoras de esta galería—.

—Así que tú eres el famoso detective Alonso, que tanto habla mi hermano— dijo ella, sonriendo con un leve dejo de picardía.

Alonso estrecha su mano algo incómodo por el halago — Famoso no sé. Pero detective, sí. Y tú la artista.

Claudia con un gesto divertido —artista en formación, por favor… todavía me queda mucho por aprender—.

Alonso mira un cuadro con tonos azules y rojos — ¿es tuyo? Mmm me hace pensar en una calle en invierno, pero con algo escondido—.

Claudia Sorprendida —Eso es justo lo que quería transmitir. Una calle vacía, pero con historias detrás de cada ventana. No pensé que un policía tuviera ojo para eso—

Alonso con un tono conquistador —entonces tenemos algo en común—

Rafael interrumpe diciendo —bueno, yo voy a seguir atendiendo invitados y Alonso, cuida a mi hermana, que no te interrogue demasiado—

Ambos ríen de buena gana. Luego un breve silencio.

Claudia toma una copa de vino y se la ofrece—.¿brindamos? Por las calles vacías que tienen historias—

Alonso choca su copa con la de ella — Sí, por eso y por el placer de conocerte—

Habían pasado tres días después de la exposición, Alonso sentado en su escritorio, ojeaba un informe, sin leerlo. Estaba distraído con la imagen de Claudia en su mente, su cabello, su manera de mirar, su estampa se le cruzaba en cada párrafo. Entonces decidió llamarla. Sacó un papel arrugado en donde había anotado su teléfono.

—Claudia, hola soy Alonso, ¿me recuerdas? —

—Claro que sí, el detective que sabe leer cuadros, jaja—

—¡Ese mismo!. ¿Estaba pensando… te gustaría tomarte un café uno de estos días?

—¿Uno de estos días? ¿Y si mejor hoy? Conozco un café pequeño en Lastarria, siempre voy allá.

—Perfecto, lo conozco. ¿A las seis?

—Sí, a las seis—.

Alberto colgó el teléfono con una sonrisa, que no intentó ocultar. Por primera vez desde mucho tiempo tenía una cita que realmente le interesara. Era sólo él y una mujer que lo había sorprendido desde el primer minuto.

Esa tarde para Alonso fue memorable, después del café pasaron al cine. Habían visto una comedia romántica francesa. Claudia estaba de muy buen humor, pero Alberto no dejaba de mirar el reloj. Sabía que aunque aún no era tan tarde, el toque de queda comenzaba a media noche y había que llegar a casa con algo de margen.

La Alameda estaba tranquila, pero los autos ya pasaban de vez en cuando, la gran mayoría de los negocios tenían sus cortinas

bajadas. Caminaron, el aire estaba tibio, aunque húmedo. A lo lejos un jeep militar avanzaba despacio, sus faros iluminaban las fachadas y es asfalto mojado. Cuando el vehículo pasó frente a ellos. Alonso tomó la mano de Claudia, ella apretó la de él y siguió hablando como si nada. Un soldado les dio una mirada rápida y continuó su camino. Desde ese instante, Alonso no soltó más la mano de Claudia y ella tampoco lo intentó, parecía muy feliz.

Al llegar a la puerta del edificio donde vivía, ella sonrió:

—Mañana te invito yo al café, pero esta vez ¡sin mirar tanto el reloj ehh!

Alonso dijo —acepto—. Sonrió y pensó, que eso era imposible en esos tiempos, pero…le gustaba imaginarlo.

Desde esa noche comenzaron a encontrarse en cafés pequeños, pasear por el parque forestal y compartir largas conversaciones. A claudia le intrigaba el mundo silencioso y reservado de Alonso, tan distinto a sus compañeros de la facultad de Artes. A él le fascinaba su libertad, la forma que miraba la ciudad, buscando colores.

Meses después, el sorpresivo fallecimiento de su abuela materna, obligó Alonso a viajar de urgencia a Tomé. Claudia ya era su novia y lo acompañó hasta la estación de trenes.

Antes de despedirse, Claudia tomó su mano:

—Anda tranquilo Alonso, y no te olvides que hay alguien esperándote aquí—.

En Tomé una brisa salada lo recibió como un viejo amigo. Su abuelo lo abrazó con fuerza. Pronto llegaron los recuerdos de aquellos veranos en la casa familiar, los juegos en la playa, las conversaciones de sobremesa llena de valores y consejos que ahora parecían más vigentes que nunca.

La casa de su infancia estaba igual y distinta al mismo tiempo: el corredor largo, las paredes pintadas de un blanco gastado, el olor a madera y eucalipto, mezclado con el pan amasado recién hecho por las vecinas y familiares, que ayudaban en esos días de duelo.

El abuelo se acercó — Tu abuela siempre te esperaba los veranos y te vigilaba desde acá en la playa, cuando nadabas. ¿te acuerdas? — le dijo con un brillo húmedo en los ojos.

—Claro que sí abuelo, nunca lo voy a olvidar—

Entre el velorio y el funeral, se reencontró con viejos amigos de la juventud, compartiendo historias que mezclaban risas con melancolía. Lo invitaron a caminar por el hermoso puerto, a compartir una cerveza, mirando las lanchas balancearse en el agua. En cada esquina encontraba un pedazo del pasado. Él amaba Tomé, además, era el pueblo que lo había visto nacer.

Cuando regresó a Santiago, el tren entró lentamente a la estación Central. Alonso buscó entre la multitud, con el corazón latiendo un poco más rápido. Y ahí estaba Claudia, apoyada en una de las columnas, con un hermoso vestido y su cabello suelto, sonriendo como si el resto del mundo no existiera.

Alonso hasta entonces, había visto en ella una linda compañía, cálida y divertida, pero sintió algo distinto en ese instante. No podía explicarlo, era como si en su abrazo hubiera una historia, que él no había sabido leer antes. Claudia lo amaba y él recién comenzaba a darse cuenta.

En los días siguientes, Alonso comenzó a dedicarle más tiempo. La invitaba a un pub de moda donde sonaba música en vivo, otras veces se sentaban en el pequeño café de la calle Lastarria; él con su café y ella con su té de jazmín, conversando de todo o simplemente salían a caminar por la alameda en esas tardes tibias. Para Alonso que vivía rodeado de casos, sospechas y papeles oficiales, ella era una ráfaga de aire fresco, recordándole que la vida también podía ser luminosa.

CAPITULO XXIX

Cambios y un Ángel en el camino

La noticia le llegó en una carta muy breve, los familiares de la antigua dueña — ya fallecida— le pedían a Alberto que dejara la casa que lo había acogido durante tantos años.

Aunque lo había presentido, sintió un vacío extraño. Eran tantos recuerdos: Alonso de niño, Chitán, el pastor alemán que había heredado de su dueña, la cercanía a su lugar de trabajo y esas paredes gastadas, habían sido testigo de gran parte de su vida en Santiago. Sin embargo, no podía darse el lujo de lamentarse demasiado. Necesitaba actuar.

Alberto pensaba y se informaba por diferentes medios, antes de tomar una decisión tan radical como comprar o adquirir un bien propio.

Por las noches, cuando no llegaba tan cansado, se ponía a escuchar la radio para ir informándose los últimos acontecimientos: El gobierno militar estaba consolidado, es decir Augusto Pinochet seguía gobernando, sin congreso ni partidos políticos, ya que estaban suspendidas las elecciones. Continuaba el Estado de Sitio y Censura, con el toque de queda y control de los medios de comunicación.

Por otro lado, a pesar de algunos repuntes económicos años anteriores, el país estaba en una profunda recesión. La causa principal, producto interno bruto, cayó cerca del 13% en 1975.

La inflación extremadamente alta, rondaba en 340% anual; en ese momento, una de las más altas del mundo. Uno de los acontecimientos más impactantes llamado comúnmente el "Paquetazo, cuando el dólar fue devaluado fuertemente, a través del "shock" del 24 de abril de ese mismo año.

La cesantía alrededor de un 20% obligó al gobierno a dar inicio a Programas de Empleo Mínimo POJH, para dar trabajos básicos, a miles de personas desempleadas.

Aunque ese año era un año duro y difícil para la gran mayoría de los chilenos, marcó el inicio del viraje neoliberal radical, con fuertes medidas económicas, que más tarde sentaron las bases del modelo económico, que caracterizaría al régimen de Pinochet en los años siguientes.

Ese mismo año con el Decreto de Ley N° 1.123 el gobierno de Pinochet eliminó el Escudo y volvió a restaurar el peso ($) como moneda nacional.

Alberto se sentía privilegiado, el mantenía su trabajo y su hijo también. Parecía que en su ambiente, eran pocos los que podían afirmar lo mismo. Aprovechó en Ferrocarriles como empresa estatal, le permitía postular a un subsidio habitacional, a través del Banco del Estado.

Gracias a su austeridad, mantenía una cantidad de ahorros más que aceptable, fruto de años de renunciar a lujos y pasatiempos, había administrado su dinero con mucho cuidado. Alonso, ya trabajando, insistió en ayudarlo con una suma adicional, convencido de que ese nuevo hogar, sería también el suyo. Entre el subsidio, el ahorro y el crédito, empezó a vislumbrar la posibilidad de un departamento bien ubicado, donde padre e hijo pudieran construir una vida sin la sombra de un desalojo inesperado.

El barrio elegido fue el Parque Almagro. Sus calles amplias y arboladas ofrecían un aire señorial, con fachadas color crema, balcones y buganvilias trepando hasta los pisos altos. Disfrutó mirando el parque, con senderos de gravilla y bancos de madera que parecía un respiro dentro de la ciudad.

Era un lugar que le recordaba los árboles de sus paseos con Mariana, camino al río. Se puso a pensar ¿qué será de ella?, quizás me recuerde como yo, o simplemente había hecho una vida feliz. Pero las campanas lejanas de una iglesia, lo trajo de vuelta de sus pensamientos.

Su hijo Alonso acababa de llegar al lugar, justo en la esquina cuando Alberto se había detenido un instante para contemplar el edificio.

—Papá— dijo Alonso: —No es ostentoso, pero si trasmite cierta elegancia sobria. Me gustó— .

Entraron por un portón de madera maciza; el zumbido leve de las bisagras y el aroma de cera del piso le dieron la bienvenida. El conserje, un hombre mayor de chaleco de lana, dijo:

— Estos departamentos no son nuevos, pero están en excelente estado y la ubicación es ideal— Mientras indicaba el acceso al ascensor.

Pero Alberto con su sensibilidad extrema, prefirió subir por las escaleras de mármol, para sentir bajo sus pies, la solidez de cada peldaño.

El departamento se abría con una puerta alta, de doble hoja. Al cruzarla, una luz dorada entraba por las ventanas grandes del salón, iluminando el piso de parquet. Alonso corrió hacia el balcón y se asomó; desde allí se veía la copa de los árboles del parque y las torres de la Iglesia—.

—¿Te gusta?— preguntó Alberto

—Es como vivir en una película— respondió Alonso con los ojos brillantes.

Alberto sonrió. Era la primera vez, desde mucho tiempo que no lo hacía. Sintió que el futuro, se estaba abriendo frente a ellos, sólido, luminoso, como aquella escalera de mármol que acababa de subir.

Al año siguiente, nuevamente una sorpresa. No estaba en los planes de Alberto ni de Alonso, pero tenían que viajar urgente a Tomé. La noticia llegó con el peso inevitable: el abuelo había fallecido y, en el testamento dejaba a su nieto Alonso, la parte de la herencia que le correspondía.

Padre e hijo tomaron un bus temprano, atravesando una carretera que parecía estirarse, interminable hacia el sur, hasta que el olor a mar traído por el viento, les anunciaba que se acercaban a Tomé. Aquel hermoso puerto que había marcado sus vidas.

Al llegar al pueblo, Alberto sintió que el tiempo se había detenido. La silueta de la Fábrica Bellavista seguía allí. Habían transcurrido algo más de 25 años, en que él había llegado, lleno de ilusiones a buscar un trabajo a ese lugar. Esto había marcado su vida, y hoy, junto a su hijo estaba observándola, imponente y silenciosa como un gigante dormido.

Extrañaba ver los jóvenes corriendo por las calles con las viandas para el almuerzo, el sonido de las maquinarias imparables, las conversaciones y saludos en los cambios de turnos entre los trabajadores. Detrás de estas imágenes se escondía una realidad, la ausencia total de fábricas activas en el puerto. Se preguntaba ¿dónde había quedado ese pueblo del ayer, conocido casi en todo el mundo y que exportaba y abastecía las mejores telas, en las más elegantes tiendas en Estados Unidos y Europa? Las respuestas eran múltiples y fáciles de adivinar.

En seguida pasaron a la Estación de Trenes, ahora abandonada, con sus rieles oxidados y maleza asomando entre los durmientes. Recordaba el bullicio de los viajeros de otras épocas y el silbato de las locomotoras a carbón.

Esa tarde y después de firmar los documentos en la Notaría, padre e hijo, caminaron en silencio hacia la playa. El cielo se teñía de tonos rosados y anaranjados y el sonido constante de las olas tomecinas, marcaban un compás tranquilo, muy distinto al ruido de Santiago.

Alberto llevaba las manos en los bolsillos y disfrutaba esa conocida brisa húmeda sobre su rostro. Mientras que Alonso, con los zapatos en las manos, dejaba que la espuma del mar mojara sus pies, mientras miraba hacia la Isla Quiriquina y el horizonte.

— ¿Sabes papá? — dijo de pronto Alonso—Me alegro que el abuelo me haya dejado esto… pero lo más valioso no es la herencia. Es todo lo que tú has vivido en este lugar, mi madre, mis raíces, la tierra, el mar, las calles…todo eso es parte de lo que somos. Eso no se hereda en los papeles—

Alberto miró a su hijo con una mezcla de orgullo y ternura e hizo una pausa, observando como una gaviota cruzaba el cielo.

— Qué bien hijo y …ahora es tu turno de decidir qué haces con eso—

Caminaron un rato más, dejando que las huellas se marcaran en la arena húmeda. Para Alberto no era solo una playa; era el mismo lugar donde había recorrido de joven, donde había compartido con amigos que ya no estaban, donde había soñado con un futuro, que había tomado caminos inesperados. Sintió que, de algún modo,

compartir ese hermoso paisaje con su hijo, cerraba un círculo invisible entre generaciones.

Cuando el sol terminó de esconderse, se dieron media vuelta. Miraron hacia los cerros, antes salpicados de pocas casas, ahora estaban cubiertos de techos y fachadas de colores, el pueblo había trepado montañas arriba en busca de espacio. Las luces de Tomé comenzaban a encenderse, como si la ciudad los despidiera con un guiño silencioso.

Al día siguiente decidieron terminar unos trámites y después a dar un paseo por la plaza que conservaba su hermosura intacta: los jardines bien cuidados, la pileta con los tritones lanzando agua clara y los bancos donde la gente aún se reunía a conversar. Mientras caminaban, Alberto escuchó que alguien lo llamaba, desde uno de los bancos de madera.

—Disculpe…usted es Alberto…¿Alberto Valdés Undurraga? — Preguntó una mujer de aspecto sencillo, pero prolijo y de cabello canoso recogido en un moño.

Él se detuvo sorprendido—Sí— respondió— ladeando la cabeza— ¿Nos conocemos? La mujer sonrió, como si hubiese encontrado un tesoro olvidado.

—Soy hija de Matilde la cocinera. Vivíamos con mi madre en la hacienda…hasta que su papá la vendió—.

Por un segundo evocó su infancia, y atravesando su memoria, recordó el olor a la cocina, el ruido de las ollas grandes, y una niña muy joven corriendo por el patio y por la tierra, mientras su madre trabajaba.

—Han pasado tantos años…— murmuró él todavía sorprendido.

—Sí, pero hay cosas que no se olvidan. Usted era el más chico… yo ya era más grande y siempre lo veía, siguiendo a su mamá por todos lados— dijo ella con mezcla de melancolía y cariño.

Conversaron unos minutos sobre el pasado, cómo había cambiado la vida de todos desde la venta de la hacienda. Ella le contó que se había casado con un tomecino, que los caminos del trabajo eran cada vez más escasos en Tomé, pese a seguir tan hermoso como siempre, ya no ofrecía las mismas oportunidades. Fue entonces cuando la mujer, bajando un poco la voz, comento:

—Supe también lo que pasó con la hacienda de los padres de la señorita Mariana…Se la expropiaron en el tiempo del presidente Frei. Tuvieron que dejarlo todo y se fueron a vivir con su hija a Osorno, pero ya fallecieron… parece que no se pudieron recuperar de la pena de perderlo todo—

Alberto escuchaba con atención, de pronto sintió un leve temblor en sus manos, pero no dijo nada.

La mujer lo observó, como midiendo si debía continuar.

—Una criada amiga de mi madre, me contó que la señora Mariana, no había hecho buena suerte en su matrimonio. Al final… quedó viuda—

El corazón de Alberto, dio un salto. Miró hacia la plaza para ocultar su expresión, pero en su mente se agolparon imágenes antiguas, como si se hubiera abierto una puerta sellada por años.

Continuaron conversando, le relataba que su madre la cocinera, había fallecido, y antes de despedirse, la mujer apretó una de sus manos con fuerza, como si quisiera transmitirle algo más que palabras y le susurró al oído:

—La hacienda se llama Esperanza. Ahí la va a encontrar—

Alberto quedó inmóvil unos segundos, viendo como la mujer se alejaba entre los árboles de la plaza. Siguió caminando junto a su hijo con la mirada perdida y paso lento. Tomé no sólo le devolvía recuerdos, sino que también señales de un pasado y dijo en voz alta —Es cierto, los ángeles existen y son de carne y hueso—

Alonso lo escuchó y entendió a qué se refería. Su padre había recibido una gran noticia.

Ya de vuelta a Santiago la rutina volvió, pero no con la misma calma de antes. Ya instalados en su departamento, en las tardes de regreso, se servían un café y compartían con su hijo disfrutando el paisaje y el entorno.

Alberto miraba por la ventana hacia las luces de la ciudad y aunque trataba de convencerse, de que su vida ya estaba hecha allí, con su hijo y su trabajo, se repetía cada vez más y más un pensamiento: la voz de esa mujer, tan clara como el primer día: “ahí la va a encontrar”.

Cumplía sus jornadas en Ferrocarriles, conversaba un poco más con sus compañeros. Intentaba concentrarse en su trabajo, pero cada minuto de relajo o descanso, parecía empujarlo hacia ese recuerdo. Pasaron varias semanas, en que seguía su rutina con la misma disciplina de siempre, pero con la mente en otra parte. Cada vez que alguien mencionaba el sur, sus oídos se agudizaban como si esperara escuchar aquella palabra que lo perseguía: "Esperanza".

No sólo era el nombre de una hacienda; para él sonaba como una promesa, un llamado. En las noches, soñaba despierto, imaginando caminos de tierra bordeados de eucaliptos, una casa antigua con corredor y Mariana esperándolo en el umbral, con sus ojos brillantes, hermosos. Pero la fantasía se mezclaba con dudas:

—¿Y si no quería verlo? ¿Y si el tiempo había borrado lo que alguna vez sintió por él? —

Sabía que tarde o temprano, tendría que decidir si obedecía a ese llamado, o si lo dejaba perderse en el implacable tiempo.

Una tarde, se acercó a un viejo colega que había trabajado mucho tiempo en el sur y le preguntó con aire casual:

—Oiga…¿Ha escuchado hablar de una hacienda llamada Esperanza en la zona de Osorno? El hombre frunció el ceño, como escarbando en su memoria.

—Puede ser… pero hace tiempo, no sé si todavía existe. La mayoría de esas tierras han pasado de una mano a otra, sobre todo con lo de la famosa reforma agraria. Al final, los que se quedaron con las tierras, la mayoría se dedicó a parcelarla. Algunos no hicieron nada útil con ellas. Pero es fácil llegar y hay unos buses que van al sector rural de la ciudad.

—¿Por qué me pregunta colega, tiene algún familiar por allá?—

—Nada…pura curiosidad— respondió Alberto tratando de disimular.

Esa tarde, de regreso al departamento, abrió un cajón en su mesita de noche, sacó una caja de madera donde guardaba cartas y fotografías antiguas. Entre ellas, una imagen amarillenta de Mariana sonriendo, junto a un rosal en flor. Se quedó mirándola un largo rato, quizás en esos ojos, pudiera encontrar la respuesta a todas sus

dudas. Sabía que no podía lanzarse bruscamente, pero tampoco era capaz de olvidar. Realmente, no sabía qué hacer.

CAPITULO XXX

La Gran Decisión

Habían transcurrido cinco largos años desde el encuentro con Rosita, la hija de la cocinera de la hacienda de su padre. Aunque él no percibía, su timidez y falta de seguridad, debido a su historia de vida, le jugaba en contra para tomar decisiones, en especial si las emociones estaban involucradas en ello.

—No era cobardía, se repetía una y otra vez—

Desde que lo pensó por primera vez, ir tras los pasos de Mariana, había reunido una caja entera de recuerdos: cartas amarillentas, una bufanda deshilachada, que alguna vez olió a lavanda, unas piedrecillas pulidas que habían tomado del río.

A veces en las noches frías con una tasa de café entre las manos, se quedaba mirando la ventana, algún camino que fuera hacia el sur. Soñaba y reconstruía la primera vez que la vio, bajando la escalera, con ese vestido verde que le hacía resaltar sus bellos ojos.

Su vida emocional había sido un largo invierno, como el día en que nació: La muerte de su madre, la soledad, el fallecimiento temprano de su esposa, las derrotas y la pérdida de sus amigos, y las renuncias que no dejaban de pesarle sobre sus hombros.

Hasta que una tarde su hijo lo observó en silencio. Alberto estaba sentado a la mesa con la mirada perdida.

—¿Papá, aún piensas en Mariana? Dime la verdad—.

Alberto levantó los ojos, tan sorprendido como si lo hubieran descubierto en la mitad de un crimen y no supo qué decir. Su hijo se acercó, apoyó una de sus manos en el hombro de su padre y con esa seguridad que adquieren los hijos, cuando han dejado atrás la infancia, le dijo en voz baja:

—Usted me enseñó que, en esta vida, uno no puede dejar lo importante para después…porque a veces, el después no existe—.

Alonso ya estaba a punto de casarse, maduro, con otros sueños y urgencias propias, comprendía al instante que su padre ya había hecho su tarea y era el momento de cumplir una meta que estaba pendiente de años. Ir detrás de Mariana.

Esas palabras lo sacudieron, más que cualquier recuerdo. Entendió que ya no podía seguir escondiendo ese anhelo. Alonso pronto levantaría su propio hogar y tendría otros afectos alrededor, y él se quedaría completamente solo.

Recordó que tenía unos días pendientes de vacaciones, que no había tomado. Solía guardar siempre una semana, para situaciones imprevistas o urgentes. Al día siguiente hizo la solicitud, que le fue concedida y al día siguiente se dirigió al terminal de buses al sur.

—Un pasaje a Osorno por favor— dijo con voz firme. El corazón le golpeaba, como si fuese a cometer una locura.

Esa frase tan simple, a pesar de sus 50 años, lo había dejado temblando como un adolescente. Mientras el bus seguía el camino, él pensaba y repasaba mentalmente, mil veces lo que iba a decirle a Mariana… si ella estaría bien, si acaso querría verlo, si recordaría sus promesas o si él ya no era más que una sombra para ella.

Al amanecer llegó a Osorno, preguntó inmediatamente en el terminal, por un transporte que lo llevaría hacia los campos del interior. Un campesino fornido que lo escuchó, le señaló:

—Allá, ese que va a Las Lomas, pasa por la hacienda Esperanza— de dijo. El hombre no sabía que sólo el pronunciar ese nombre, no fuera suficiente para alterar aún más el mundo de Alberto.

Subió al pequeño bus rural de color amarillo y se aferró al asiento con el alma en vilo. Cada kilómetro era un latido desbocado. Mientras, las ruedas avanzaban por un camino de tierra roja, salpicado de sauces y corrales. De repente la voz gritona del conductor lo estremeció:

— El caballero que va a la hacienda Esperanza…—

Alberto se puso de pie, el bus se detuvo y descendió despacio. Miró a su derecha y vio un letrero de madera, casi borrado por la lluvia y el tiempo: “Hacienda Esperanza”. Se alisó el traje, tragó saliva, respiró hondo y apoyó su mano sobre un viejo portón. Estaba a punto de cruzarlo.

Al abrir el portón caminó unos pasos. Los único que escuchaba eran sus zapatos sobre la gravilla y de repente vio una mujer. Ella estaba de espaldas agachada entre las matas de hortensias, limpiando con delicadeza unas hojas secas.

Al sentir el ruido de unos pasos, Mariana se incorporó lentamente, sacudió la tierra de sus manos y al girar su cabeza, lo vio. Se quedó inmóvil. Por un instante sus ojos se entrecerraron, como dudando de lo que estaba viendo. Su rostro no mostró ni sorpresa ni ternura, al contrario, pareció mostrar una entereza orgullosa, como queriendo ocultar el temblor que le nacía desde su pecho.

—Alberto! ¡Qué hace usted acá? — preguntó casi como un susurro, intentando mantener la compostura.

Alberto totalmente desconcertado por esa reacción, apenas se atrevió a contestar:

—Tenía que verte… Mariana—

Ella dio un paso atrás, negando lo que estaba viendo con la cabeza. Abrió levemente sus labios y sus ojos se humedecieron. Cubrió su boca con una de sus manos, luchando para no romper en llanto.

—! No puede ser… ¡susurró con la voz hecha cristales.

Y entonces, sin poder disimular más su entereza, corrió hacia él. Se aferró a su cuello como si otra vez, temiera que fuera a desaparecer ante sus ojos. Su llanto, ahora era desatado, mojaba la solapa del traje de Alberto, mientas repetía una y otra vez :

—Pensé que no volverías… pensé que me habías olvidado—

Él la apretó contra su pecho, cerrando los ojos con fuerza. Allí en medio de ese jardín, comprendió que todo había valido la pena.

Mariana conservaba una elegancia natural que siempre la había destacado. Su cabello con ligeros reflejos plateados en las sienes, le daba un aire de distinción, más que de vejez. Sus ojos brillaban con la misma intensidad, aunque ahora acompañados de una madurez serena, en su andar había seguridad y en sus gestos una dulzura reposada, que realza la belleza de su edad.

Alberto por su parte, traslucía lo de un hombre que había trabajado duro y marcado por la adversidad, pero no había perdido

la firmeza en su postura. El cabello comenzaba a mezclarse con hebras grises. Sus rasgos más marcados revelaban fortaleza y sensibilidad. Su mirada se había vuelto más profunda, por la experiencia, pero sin perder la ilusión. No era el joven impetuoso de antaño, sino un hombre en plenitud, dueño de sí mismo.

Con el paso de los meses, Alberto renunció oficialmente a la Empresa de Ferrocarriles que lo había acogido durante tantos años. Acordó con su hijo, quien estaba por contraer matrimonio, que se quedara con el departamento.

En la hacienda, junto a Mariana, trabajaban y dirigían la pequeña lechería y sus trabajadores. Se contaban detalladamente lo que habían vivido durante el tiempo sin verse, junto a una taza de leche recién ordeñada.

Alberto volvió a sentir, lo que siempre había perdido: el calor de hogar. Compartían amaneceres, con olor a pasto mojado, el trajín de los trabajadores y la paz que sólo se instala, cuando el alma se sabe a salvo.

Para él ya los inviernos no eran lo mismo, porque había aprendido que la vida también tenía primaveras y había dejado de ser “el último hijo del invierno”.

EPILOGO

Hacienda Esperanza, primavera en flor

La casa desbordaba risas, colores, pétalos danzando al viento. El jardín cubierto de hortensias, margaritas y rosales abiertos por la primavera y se celebra el bautizo de Tomás, el primer nieto de Alberto Valdés Undurraga.

Mariana, radiante con un vestido color marfil, entrelazaba su brazo con el suyo, mientras recorrían en sendero de gravilla, rodeados de mesas vestidas de blanco, botellas de vino y niños corriendo descalzos entre los árboles. Levaban años viviendo juntos en la hacienda Esperanza, como si la vida estuviera devolviendo todo lo que les arrebató. Se miraban cada mañana cono si fuera la primera vez.

Frente a ello, Alonso, de traje claro y mirada emocionada sostenía en brazos al pequeño bautizado, mientras su esposa, la pintora, con una sonrisa amplia acomodaba los detalles de un hermoso retrato familiar, que había pintado especialmente para la ocasión.

Más allá cerca de las hortensias azules, la única hija de Mariana, conversaba alegremente con su esposo, atendiendo también a la nietecita, ya de cinco años, que jugaba a recoger flores para su abuela Mariana. Brillaban las copas, brillaban los ojos. Todo era fiesta de vida nueva.

Alberto levantó en alto su copa de vino y con voz temblorosa pero llena de orgullo dijo:

—¿Salud por este niño, que no solo es mi nieto…es mi recompensa—

—¿Salud! —dijeron todos.

Mariana lo besó suavemente en la mejilla

El milagro verdadero era haber llegado juntos al final, enamorados, en paz y en primavera.

BIOGRAFIA

Gigi Saa, cuyo nombre verdadero es Gilda Toro Saavedra, nació en Tomé, un puerto al sur de Chile. Aunque realizó sus estudios y desarrolló gran parte de su vida en Santiago.

Profesora de profesión, dedicó décadas al mundo de la educación, mientras en lo más profundo, conservaba intacto el verdadero sueño que la ha acompañado desde niña: convertirse en escritora.

Ganadora de diversos concursos de cuentos durante su época de estudiante, su pasión por las letras se mantuvo viva a lo largo de los años, aún en medio de la rutina laboral y la vida cotidiana. Sólo al jubilar ha podido darse por completo a la escritura, su vocación más íntima.

El mar es su fuente de inspiración, que disfruta junto a su marido y sus dos cachorros.

Apasionada lectora, siente una profunda inclinación por las novelas de época, género en que ha encontrado su verdadera voz creativa.

El último hijo del invierno es la consolidación de ese anhelo: su primera novela, escrita con el corazón, la memoria y una profunda sensibilidad acumulada por el amor, el tiempo y emociones humanas. Actualmente Gigi Saa, se está proyectando en una segunda inspiración.